



Te odiaré

HASTA QUE

te quiera

PRISCILA SERRANO



Bookit



Te odiaré
HASTA QUE
te quiera
PRISCILA SERRANO



Bookit

Te odiaré hasta que te quiera

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Priscila Serrano 2018

© Editorial LxL 2018

www.editorialxl.com

04240, Almería (España)

Primera edición: noviembre 2018

Composición: Editorial LxL

ISBN: 978-84-17516-76-5

A ti, Rocío, por ser más que una amiga.

*Sentirse libre no es una opción;
ser libre sí lo es.*

Prólogo

Año 2002

Mi padre me estaba apurando desde hacía más de media hora y mi pequeña maleta no cerraba. ¿Sería que tenía tantas cosas o más bien era que estaba retrasando el viaje?

Nos íbamos a Madrid. Mi padre era arquitecto, y allí tenía a su mejor amigo de la universidad, quien le ofreció un puesto más interesante que el que tenía en Tenerife. No me hacía mucha gracia eso de tener que irme lejos de mi tía, de mis amigos y de mi colegio, pero, claro, solo era una niña pequeña que tenía que hacer caso de papi. Contaba con trece años y vivía sola con él, ya que a mi madre ni siquiera llegué a conocerla, pues una noche cogió sus cosas y se marchó cuando yo tenía un año. Así que no, no recordaba nada de ella. Lo único que me quedó de ella fue mi tía Lidia, su hermana. Y bueno, eran idénticas, así que podría decir que sí, que sabía cómo era mi madre.

—Noelia, ¿necesitas ayuda, cariño? —me preguntó mi tía, entrando en mi habitación.

Suspirando, me di la vuelta y me senté en mi cama. Mis lágrimas no tardaron en hacerse visibles, y mi tía se acercó y me estrechó entre sus brazos para darme ese calor que a veces una niña necesita porque no tiene a una madre que se lo haga. Aunque mi padre siempre estuviera pendiente de mí, trabajaba demasiado, y claro, allí estaba ella, cuidándome día y noche e incluso quedándose conmigo hasta una semana.

—No quiero irme, tía Lidia —sollocé sin parar—. Te voy a echar mucho de menos. Me harás mucha falta.

Sentí que alguien se acercaba y miré para ver quién era. Mi padre, con lágrimas en los ojos, nos miraba desde su gran altura.

—No tendrás que echarla de menos porque se viene con nosotros. ¿Aceptas vivir conmigo? Bueno, con nosotros —le preguntó él, nervioso.

Siempre supe que ellos tenían algo, pero jamás demostraron nada delante de mí, y lo agradecí, ya que, aunque no me hubiese importado esa relación, lo habría visto extraño.

Mi tía se quedó muda, no sabía qué decir, pero al final, viendo mi cara de felicidad, asintió.

—¿Te gusta tu nueva habitación? —me preguntó mi padre mientras me enseñaba mi nueva casa.

Era enorme, demasiado para mi gusto, pero si él era feliz, yo también, y más ahora, que no me separaría de mi tía nunca.

Asentí, mirando todo a mi alrededor. Mi padre se había esmerado tanto en arreglar mi dormitorio para que se pareciera a la de Tenerife que incluso lloré de alegría. Todo era igual: la cama de madera blanca, el ropero y las mesillas de noche del mismo color, los cuadros de Londres... Ese era mi sueño, viajar allí y a muchos sitios más, pero Londres era mi lugar favorito y, sin duda, uno con el que soñaba para quedarme a vivir.

Todo era igual, incluso tenía la misma colcha, esa que mi abuela tejió con todos los parches que yo coleccionaba. Esos parches eran de los países que quería conocer, y tenía una gran colección. Antes de morir la terminó y me la dio en mi doceavo cumpleaños. Meses después, nos dejó.

—Me encanta, papá. Muchas gracias —le respondí, abrazándolo.

Me alzó y me dio un beso en la frente.

—Venga, arréglate un poco, que vamos a cenar en casa de mi amigo Mauricio. ¿Sabías que tiene un hijo dos años mayor que tú? Puede que os hagáis amigos —mencionó, y yo asentí nerviosa.

Me había dicho tantas veces lo de ese chico que ya no sabía cómo iba a reaccionar cuando estuviera delante de él. Me hacía la loca, como si no me hubiese enterado, y es que, realmente, nunca había tenido un amigo masculino, siempre amigas, y tener uno ahora era nuevo para mí.

Salió de mi habitación y me cambié de ropa, poniéndome unos vaqueros anchos y una camisa más holgada que la que llevaba. Me calcé mis deportivas y recogí mi melena rubia en una coleta alta. Parecía una alemana, y eso era raro, pues mi padre era de Tenerife y yo había salido a mi madre, que sí lo era. Ellos se conocieron en unas vacaciones que disfrutó mi madre con su familia, y desde entonces se enamoraron. Pero cuando yo nací todo cambió, y si no hubiera sido por mi tía, no sabría dónde estaríamos los dos.

Cuando estuve arreglada, salí de mi habitación, bajé las escaleras y ya me esperaban en la puerta de la gran mansión. Sonreí al verlos tan juntos, y ellos se dieron cuenta de mis cejas alzadas y mi nariz arrugada. Eso solo significaba que los había pillado, por eso el motivo de mi gesto. Siempre lo hacía cuando me ponía nerviosa, y en ese momento lo estaba.

—¿Vamos?

Asintieron y salimos de la casa. Nos montamos en el coche de mi padre y arrancó. Minutos después, ya estábamos en la casa de su amigo Mauricio, y digo «minutos después» porque realmente éramos casi vecinos. Vivíamos tan cerca que podía espiarlos a todos desde mi balcón.

Salimos del coche. Un hombre de la misma edad que mi padre, junto con una mujer bastante guapa y un niño que me miraba con una cara muy graciosa, nos esperaba en las escaleras. Nos acercamos. El niño no dejaba de mirarme. Me estaba poniendo nerviosa, y mi padre lo sabía.

—Hola, Mauri —saludó a su amigo con un efusivo abrazo. Se separó de él y saludó a la mujer—: Susana, ¿qué tal estás? —Después de separarse de ella, vino a por mí y me puso justo delante de esos tres desconocidos—. Esta es mi princesa. Noelia, ellos son Mauricio, Susana y su hijo Marcos.

Al decir su nombre, sonreí. Después de saludar a sus padres, me acerqué al pequeño pijo y le dije:

—¿Dónde está tu mono Amedio?

El niño, en vez de cabrearse, soltó una carcajada, descolocándome por completo. Ese día comprendí que seríamos amigos, los mejores amigos.

En la actualidad

—Noelia, vamos de una vez. ¿No ves que llegamos tarde? —me apremió mi tía Lidia, parada en la puerta.

Yo iba caminando arrastrando los pies. No tenía ganas de ir a esa maldita fiesta en la que un señorito que ni siquiera recordaba cumplía veinticuatro años. ¿Qué más me daba? Ni que fuera alguien importante para mí; aunque, según mi tía, lo fue muchos años atrás, cuando éramos unos críos. Por lo visto, siempre estábamos juntos, pero yo no me acordaba, o eso quería aparentar. Con decir que no recordaba su nombre... A ver, era... Carlos. No, ese no. ¡Ah, sí! Marcos.

—Que sí, que ya voy —le respondí, parándome justo delante de ella—. ¿De verdad tengo que ir? —le pregunté, arrugando la nariz. Siempre lo hacía para salirme con la mía, aunque últimamente no me servía de mucho.

—Ya sabes que sí. Ese chico fue tu mejor amigo y ha estado fuera mucho tiempo. Lo más normal es que vayas tanto a recibirlo como a su fiesta de cumpleaños —me explicó, poniendo sus manos en mis hombros—. Además, no sé de qué te quejas. Cuando erais unos adolescentes con las hormonas descolocadas, contabas las horas para que se hiciera de día para volver a verlo. Querías un día sin fin, ¿recuerdas? —expresó, intentado hacer que entrara en razón.

Era complicado recordar algo que quise olvidar, que me obligaron a olvidar, porque él se fue sin despedirse de mí, como si no le importara nuestra amistad, por eso no quería ni siquiera verlo. No se merecía mi presencia en su cumpleaños.

Mi tía seguía mirándome con cara de perro abandonado y bufé exasperada. Ya lo había conseguido.

—Está bien, iré, pero no me pidas que le hable —le dije.

—Pero... —Levanté un dedo y lo moví de un lado a otro, indicándole que no—. Está bien. ¡Hay que ver el carácter que tienes! Te pareces a tu padre. —Habló y calló al mismo tiempo, pues hizo que recordase a mi padre.

Una lágrima resbaló por mi mejilla y me la sequé enseguida. Me había prometido que no iba a llorar más, que se quedaría en un bello recuerdo. Él

murió cuando yo tenía diecisiete años, y de mi madre no sabía nada, así que solo tenía a mi tía, y la verdad es que con ella era muy feliz. Se preocupaba por mí en todo momento y siempre fue la madre que nunca tuve. Con ella nunca sentí el vacío de no tener una. Por eso la quería tanto.

Me acerqué a ella y le di un fuerte abrazo.

—¿Y esto? —Su voz sonó temblorosa.

—Nada, solo que te quiero —le respondí, y me dio un beso en la mejilla.

Después de eso, salimos de casa, nos montamos en su coche y pusimos rumbo a la casa de Marcos y su familia. No vivían muy lejos de nosotras, pero como no sabíamos hasta qué hora estaríamos en la fiesta, fuimos en coche. Vivíamos en Madrid, aunque éramos de Tenerife. Nos mudamos a la capital cuando yo tenía trece años, por el trabajo de mi padre, y nos quedamos. Nos gustaba vivir allí, ya estábamos acostumbradas, y teníamos una buena casa que nos dejó. Ya teníamos nuestra vida hecha allí.

En el coche íbamos en silencio. No hubo mucho que decir ni tampoco mucho tiempo, ya que vivíamos tan cerca que no nos dio tiempo de escuchar ni una canción de la radio.

Minutos después estábamos delante de la casa en la que pasé horas y horas. Nos abrieron la cancela y metimos el coche en el interior de la parcela. Era grande, como un chalé con un gran terreno delante, donde tenían el parque en el que jugábamos. No podía decir que no lo recordaba, puesto que algunas cosas sí que me venían a la mente.

Cuando mi tía aparcó, nos bajamos del coche y el padre de Marcos fue a recibirnos. Mauricio nos trataba como si fuéramos familia. Para él siempre fui su sobrina, pues era el mejor amigo de mi padre y le juró que me cuidaría.

—Hola, mi niña. Pensé que no vendrías. No sabes las ganas que tiene Marcos de verte. No ha parado de hablar de ti...

—No exageres, papá —habló alguien detrás de Mauricio sin dejarlo terminar.

Su padre se apartó y me dejó ver al hombre en el que se había convertido Marcos. Mi cuerpo se quedó anclado al suelo. No podía articular palabra, no podía dejar de mirarlo, ni él tampoco a mí.

Marcos se acercó y me abrazó. Sentí sus brazos rodear mi cintura y yo continué en trance.

—Tenía muchas ganas de verte, Noe —susurró en mi oído, haciendo que mi cuerpo se estremeciera por completo. No sabía qué me pasaba. Jamás

había sentido eso.

—Yo... Yo no... —balbuceé, separándome de él.

Me sentía abrumada y cabreada; cabreada conmigo misma, porque no quería verlo. No quería acordarme de él, y mucho menos sentir lo que estaba sintiendo como si me hubiera enamorado a primera vista. Marcos me miró con el ceño fruncido y la mandíbula desencajada. Lo ignoré y caminé hasta el interior de la casa. Escuché cómo mi tía se disculpaba con él y me cabreeé con ella por ser tan tonta. No tenía que darle explicaciones a ese niño mimado.

Cuando entré, la madre de Marcos, Susana, se acercó a mí con una tierna sonrisa y besó mi mejilla. Hacía bastante que no la veía, pero como a todos. La verdad es que yo pasaba mucho tiempo metida entre las cuatro paredes de mi habitación estudiando. Quería terminar la carrera de Filología, pues quería ser escritora. Ya tenía varias novelas escritas, pero no me había atrevido a mandarlas a ninguna editorial por miedo al rechazo de estas. Eran novelas muy bonitas, de las que te enamorabas al instante, o por lo menos era lo que me pasaba a mí.

Salí al jardín una vez que Susana me dejó, pues se ponía a hablar y no había quien la parase. Allí había bastantes personas, y a la mitad ni los conocía. También había chicas de mi universidad, y me asqueé al verlas. Eran las típicas que van a lo que van. Entre ellas, mi amiga Celia estaba cohibida y con necesidad de ayuda para poder salir de entre ellas, quienes parecían unas cotorras que no la dejaban ni hablar siquiera.

Me acerqué y, disculpándome con sarcasmo, agarré del brazo a mi amiga y la saqué. Me sonrió agradecida y nos fuimos a una de las mesas para poder sentarnos, charlar y tomarnos algo.

—Gracias. No las aguantaba más. Son muy estúpidas y sin cerebro. ¿Te puedes creer que Daniela ha venido solo para tirarse a Marcos? Es una estúpida que se cree mierda y no llega ni a peo. Desde luego, lo que hay que oír... —me explicó, haciéndome reír, aunque la idea de Daniela y Marcos no me hacía ni puñetera gracia.

—Que haga lo que quiera. Total, Marcos está soltero, o eso me han dicho.

Celia asintió, reprimiendo una sonrisa de arpía, y nos echamos vino en las copas que había en la mesa. A mí no me gustaba demasiado, pero a falta de pan, buenas son tortas.

Mi mirada viajó hasta la puerta, donde estaba Marcos, tan reluciente como siempre, con su típica sonrisa de chico malo y esos ojos pícaros que siempre

me volvieron loca. Sin embargo, antes era diferente. Antes éramos amigos, y ahora... Ahora no sabía qué me pasaba.

Sus ojos se clavaron en los míos y tuve que girar la cara para que no se diera cuenta de que estaba babeando mientras lo observaba. Celia miró hacia donde mis ojos habían estado clavados durante unos minutos y suspiró, viendo cómo él caminaba decidido hacia nosotras. Me levanté para irme. No quería ni tenía ganas de hablar con él, y mucho menos de discutir, que era lo que seguramente íbamos a hacer.

—Noe, por favor, ¿por qué no quieres hablar conmigo? —me preguntó.

Pero no le respondí, sino que salí corriendo en dirección al otro lado de la casa, donde había una piscina enorme. Me senté en una de las hamacas y apoyé la espalda en el respaldo. Mi mirada subió al cielo. Quería hablar con mi ángel, con ese ángel que desde arriba me cuidaba y me escuchaba siempre: mi padre. Lo echaba mucho de menos y lo necesitaba demasiado.

—Papá, ¿me oyes? —dije, suspirando—. ¿Te puedes creer que después de tanto tiempo vuelve como si nada? —Cualquiera que me hubiese visto habría dicho que estaba loca, pero me daba igual. Yo sabía que mi padre me escuchaba.

Mis ojos seguían clavados en el cielo oscuro de la noche. Estaba lleno de estrellas, y eso me hizo recordar cuando mi padre me dijo que, si él faltase algún día, solo tenía que mirar hacia el cielo y buscar la estrella más resplandeciente, y ese sería él.

—Después de tantos años, viene y pretende que sigamos como cuando éramos niños. Pero yo no puedo. Yo... Yo no sé qué me pasa.

—Te pasa lo que a mí —escuché a mi espalda.

Sobresaltada, me di la vuelta. Era Marcos. Se acercaba a mí sigiloso, despacio, como si tuviera miedo a que lo dejara de nuevo con la palabra en la boca. Sus ojos azules brillaban bajo la luz de la luna, y no había cosa más bonita que hubiera visto en toda mi vida. Negué, echando la mirada al frente, y cuando vio que no me iría, se acercó y se sentó en la hamaca justo a mi lado, como siempre, como no tendría que haber cambiado.

Estábamos en silencio, y mis suspiros hacían que él sonriera. Lo miré por un momento y me deleité repasando su perfecto perfil, sus labios carnosos.

«Tengo que dejar de pensar así», me regañé en silencio.

—Noe, yo... Lo siento por todo. No quise irme así, pero tenía que hacerlo —se disculpó, pero no me creía ni una palabra.

—¿No pudiste despedirte? No te creo —le respondí cabreada—. ¿Sabes?, te llamé. El día que te fuiste, te llamé, y no me respondiste al teléfono. Y, luego, ni un mensaje ni una llamada. Y ahora vuelves y pretendes que sigamos igual que antes.

Marcos abrió los ojos, sorprendido, como si acabara de enterarse de aquella llamada que le hice ese día. Lo llamé porque mi tía me dijo que se iba, que sus padres lo mandaban a estudiar fuera. Ese día sufrí demasiado. Él era mi único apoyo, el único que me escuchaba en mis largas noches de insomnio mientras repasaba el día en el que mi padre murió; esas noches, por teléfono, en los que no podía salir de casa porque estaba enfermo. El mismo que perdí a mi padre, también lo perdí a él, y eso me dolió aún más.

Antes del accidente, íbamos a la cabaña que nuestros padres construyeron para que tuviéramos esa intimidad de «hermanos» que ellos creían o, más bien, querían que tuviéramos. Pero yo nunca vi a Marcos como a un hermano. Para mí siempre fue mi amigo, mi mejor amigo. Y ahora lo tenía delante, después de cinco años. No sabía cómo mirarlo, sobre todo después de irse días después de la muerte de mi padre, así, sin decirme nada y en aquel momento en el que tanto lo necesitaba.

Mi cuerpo reaccionó completamente diferente al tenerlo cerca, como si mi amigo no estuviera y en cambio tuviera delante a un hombre, a ese que me negué a ver cuando éramos adolescentes. ¿Sería porque me gustaba? No lo creía, y de ser así, no creía que yo le gustase a él.

—Yo no tenía ni idea de que me habías llamado —me comentó después de unos segundos de silencio, en los que nuestras miradas seguían clavadas la una en la otra—. Mi padre nunca me dijo nada, aunque realmente la culpable de mi partida fue mi madre. Pero eso es otra historia.

Mi nariz se arrugó a raíz de mi ceño fruncido y lo vi sonreír con nostalgia.

—¿De qué te ríes? ¿Tengo monos en la cara? —le pregunté, fingiendo cabreo. Exacto, fingiendo, porque ya ni siquiera sabía por qué estaba cabreada.

—Sigues arrugando la nariz, y ahora te ves mucho más hermosa que hace años —declaró, poniéndome nerviosa al mismo tiempo que mis mejillas se teñían de rojo—. Eh, lo siento. No he querido importunarte.

—No pasa nada.

Me levanté con la intención de largarme de una vez de su lado, pero él no me dejó y me cogió del brazo, provocando que mi cuerpo cayera justo encima

del suyo.

«Joder con el vino», pensé.

Nos miramos y nos quedamos en silencio; no hacía falta ni una palabra más. En ese momento no éramos Marcos y Noelia, «los amigos inseparables». Éramos un hombre y una mujer que, por motivos inexplicables, se atraían. Pero ¿hasta dónde íbamos a llegar?

Y como si Marcos estuviera esperando esa pregunta, pegó sus labios a los míos, besándome por primera vez en los labios y llevándome al mismo cielo, pero también al infierno, porque me quemaba. Sus labios ardían, y eso no era posible.

Me separé de él y, levantándome bruscamente, lo golpeé, dándole un puñetazo en su perfilada nariz y provocando su caída de espaldas al césped recién regado. Se levantó hecho una furia, pues el señorito se había empapado la ropa bien planchadita que llevaba. Yo reí alocada al verlo así. Ni que lo hubiese tirado a la piscina.

«No es mala idea», pensé.

—¿Qué haces? —me preguntó fuera de sí.

—¿Yo? No, ¿qué haces tú? Que sea la última vez que tus labios se pegan a los míos. ¡Dios, qué asco, pero si somos como hermanos! —exclamé, fingiendo que no me había gustado, aunque en realidad me había encantado el puñetero beso.

—Somos como hermanos, pero no es así. Y no ha parecido que te haya dado tanto asco cuando estábamos besándonos. Te ha gustado tanto como a mí... —Se calló de pronto.

—No tienes remedio... —Me di la vuelta para irme, pero me giré antes de largarme de una vez. Tenía que decirle cuatro cosas bien dichas—: Te fuiste sin decirme nada, en el peor momento que estaba pasando, y ahora vienes y me besas. ¿Qué coño te pasa, Marcos? ¡No eres el mismo! —alcé la voz.

—Tú tampoco eres la misma. Y... perdóname por irme así, pero no tuve más remedio que hacerlo.

—¿No tuviste más remedio? ¡Dime de una puta vez por qué no tuviste más remedio! —grité más cabreada.

—No puedo decírtelo —me respondió, y se dio la vuelta.

Caminó hasta su casa y se metió en el interior, dejándome sin saber qué hacer ni qué más decir. Me senté de nuevo en la hamaca, y allí, eché de nuevo la cabeza hacia atrás y miré las estrellas. Necesitaba tanto hablar con mi

padre... Necesitaba tanto a mi amigo... Pero él no lo era. No era el mismo Marcos, y ese beso que me había dado era algo que nunca habría hecho aquel niño. ¿Qué le había pasado para cambiar tanto?

2

La fiesta la pasé en el mismo lugar toda la maldita noche, o por lo menos hasta que me cansé de mirar las estrellas. Casi me quedé dormida, y si no hubiese sido por mi tía que fue a buscarme, aún seguiría allí recostada.

En toda la noche no volví a ver a Marcos. Según mi tía, no lo vio nadie más desde que entró en su casa. Por lo visto, se metió en su habitación y no salió, cosa que en parte me preocupó, porque, al fin y al cabo, lo quería demasiado. Era mi mejor amigo, aunque ahora nos mirásemos de otra manera. Nosotros jamás podríamos tener nada, ya que siempre habría algo que nos recordase que éramos solo eso: amigos.

Por la mañana me levanté a las siete. Tenía que estudiar para los exámenes finales y después tenía clases a las once. En poco tiempo terminaría y solo me quedaría la graduación. Por fin terminaba mi carrera, aunque después haría algún máster u otro curso más. Quería estar preparada para el mundo editorial, que era el que yo buscaba. ¿Me atrevería alguna vez a enseñar alguna de mis novelas?

Tenía concretamente cinco. Era una saga, y me había costado mucho terminarla. Esos años, en los que había tenido tanto tiempo libre gracias a que mi mejor amigo me dejó tirada, habían ayudado a que mis novelas cogieran vida propia, dejándolas preparadas para dar ese salto.

Estaba en mi habitación, con los ojos pegados al libro, y escuché cómo tocaban a la puerta. Mi tía asomó la cabeza y le sonreí al verla con el pelo recogido en un coco alto y mal hecho.

—¿Ya estás despierta? —me preguntó, y señalé el libro.

—Tengo examen en cuatro horas, y sabes que son los últimos —le respondí.

Entró, se sentó en mi cama y me giré en la silla del escritorio. Sus ojos me miraban con un sarcasmo extraño, cosa que era raro hasta para ella. Mi tía no era de las que hacían bromas o sarcasmos. Si tenía que decirte algo, lo soltaba sin más, y en ese momento me extrañaba que estuviera mirándome así, como si quisiera decirme algo pero no se atreviera, así que me levanté y me senté a su lado.

—¡Venga, suéltalo ya! —exclamé, encogiendo mis hombros.

—¿Te besó anoche? —me preguntó de pronto, y mis mejillas se pusieron rojas sin poder evitarlo.

—¿De qué estás hablando?

—De Marcos, y no te hagas la loca, que tus mejillas te han delatado.

—¿Quién te lo ha dicho? —Me levanté de la cama y caminé hasta mi ventana, nerviosa. Mi nariz no paraba de arrugarse en todo momento y mi tía soltó una gran carcajada—. ¿Y ahora de qué te ríes? Desde luego que estás loca.

—Me lo ha contado Susana. Por lo visto, anoche fue a la habitación de Marcos para saber qué le pasaba y se lo contó, pero no sé nada más, así que no me preguntes —declaró—. Una cosa sí te voy a decir. —Asentí y me acerqué a ella de nuevo—. ¿Te gusta?

¿Me gustaba? No sabía qué responder a eso. Y si me gustaba, era algo que primero tenía que averiguar, pero no dejaría que llegara a más. Ya había perdido a mi amigo, pero ahora que estaba allí de nuevo, quería volver a tener lo que tuvimos, y el beso de la noche anterior lo había complicado todo, por lo menos para mí; aunque, por lo que me tía estaba contándome, para él también.

—No, no me gusta —le dije, autoconvenciéndome.

—¿Y por qué has tardado tanto en responder?

—No saques conclusiones equivocadas, tía —le respondí. Cogí mi bolso, metí el libro en él y le di un beso.

—¿Ya te vas? —me preguntó extrañada.

—Sí, aquí no puedo concentrarme —le respondí, y salí de mi habitación.

Ya abajo, salí de casa y me dirigí hasta el coche de mi tía. Antes de entrar, sentí una presencia detrás de mí. Me di la vuelta y estampé mi bolso en su cabeza, sin darme cuenta de quién era. Cuando se levantó del suelo y vi su cara, me reí a carcajadas. Desde luego, con el puñetazo de la noche anterior y el bolsazo de ahora, lo tenía amoratado.

—¿Te has propuesto dejarme sin cara? —Señaló su rostro mientras se aproximaba lentamente hacia mí.

—Y como sigas acercándote, te dejo sin pelotas —lo amenacé, alzando una ceja insolente.

—No te recordaba tan bruta, Noe.

Su sonrisilla me estaba poniendo de los nervios.

—Ni yo a ti tan gilipollas, Marquitos.

Me di la vuelta, abrí el coche y me metí. Antes de arrancar, se sentó en el asiento del copiloto, cabreándome aún más. ¿Por qué era tan estúpido? Parecía que no me conocía, y mi carácter por las mañanas era el de la niña de *El exorcista*. Lo miré incrédula y él alzó las cejas de manera despectiva. Así que, si el niño quería jugar, pues jugaríamos. Arranqué el coche y pisé a fondo, haciéndole recordar nuestras escapadas a las carreras de motos.

Estaba acostada en mi cama. La noche estaba siendo muy larga y mi padre había salido a cenar con mi tía, aunque ella iba de acompañante. Tenía una cena de negocios y, claro, no iba a ir solo, así que le propuse que se lo pidiera a ella y aceptó. Se creían que era tonta y que no me daba cuenta de que estaban juntos. Ya no era una niña pequeña. Tenía dieciséis años para que estuvieran con engaños.

De pronto, escuché el silbido de Marcos. Me levanté como un resorte y corrí hasta mi balcón. Y allí estaba, vestido con sus vaqueros ajustados y rasgados, su cazadora negra y una camiseta blanca simple. Parecía un chico malo, y en cierto modo sí lo era, pero solo para las personas que no lo conocían, porque él solo enseñaba su verdadero yo conmigo.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —le pregunté sonriendo como una tonta.

Mi amigo cada vez estaba más guapo. Rubio, ojos azules, cara de chico malo, actitud de chico malo y un cielo de amigo. Era el prototipo que podría hacer que me enamorase locamente, y si no fuera porque éramos los mejores amigos, ya habría caído rendida ante él, y él lo sabía.

—Vengo a rescatarte, mi bella princesa.

Me carcajeé y entré en mi habitación. Segundos después, salí de mi casa y me abracé a él. Me agarré como si fuera un mono. Le cantaba la canción de «El mono Amedio», de los dibujos de Marco. Él se reía a carcajadas por mis ocurrencias y besaba mi cabeza mientras me alzaba. Marcos era un chico bastante alto, y por eso me cogía cual muñeca de trapo, pues yo era bajita y delgada. Desde luego, era toda un hada.

Me llevó hasta su moto y me subió en ella. Luego se subió él y arrancó la burra, como él la llamaba. La ponía a muchos kilómetros, tantos que los árboles pasaban por nuestro lado y ni siquiera los veía. Me llevaba a las carreras ilegales de motos. La verdad es que yo no corría, pero sí iba detrás de él.

Esas carreras me daban mucho miedo. Marcos era muy bueno en ello y

por eso me daba tanto pánico, porque había chicos que lo odiaban ya que siempre ganaba. Me decían a mí que yo era su talismán, puesto que los días que yo no iba, perdía.

Llegamos y nos bajamos para ver a quién le tocaba en ese momento. Me cogió de la mano, fingiendo para todos esos chicos que yo era su novia. Mayormente lo hacía para que las chicas no se acercaran a él, pero aun así lo hacían. Incluso había veces que me abrazaba o me daba besos en el cuello, pero nunca en los labios. Hubo un momento en el que me metí tanto en el papel que, cuando vi que una chica se acercó a él, la cogí del pelo y la separé de mi hombre, gritándole. Ese día juramos que no nos pegaríamos tanto, pues no queríamos confundir nuestra amistad.

—Menos mal que habéis llegado —nos dijo mi amiga Celia cuando se acercó a nosotros. Era la única que sabía que Marcos y yo no éramos más que amigos.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —le preguntó Marcos, extrañado.

—Porque el gilipollas de Daniel está apostando a que te ganará esta noche, pero haciendo trampas. Eso no lo ha dicho en alto claramente, pero ya sabéis que su hermano pequeño y yo somos amigos, y me lo ha dicho —nos explicó Celia.

—¿Qué te ha dicho exactamente? —le pregunté, mirando hacia el cobarde de Daniel.

Ese chico se la pasaba molestando a Marcos, y todo porque un día me pidió salir, y como me negué y Marcos le pegó un puñetazo, nos la tenía jurada. Pero ese día le daríamos su merecido y ganaríamos la carrera, costase lo que costase.

—Quiere entretener a Marcos para que, mientras, su amigo Román os corte los frenos.

—Será hijo de puta. ¿Pretende que tengamos un accidente? Esto no se va a quedar así —dijo Marcos, soltándose de mi mano. Se acercó a Daniel y se tiró encima de él.

Celia y yo corrimos a su encuentro e intentamos separarlo de él. Marcos estaba ciego de furia, y no era para menos, pero aquella no era la salida.

Cuando conseguí separarlo, hice que me mirase, y vi algo en sus ojos que nunca había visto. El miedo recorría su cuerpo entero, y me sentí mal, muy mal. Tiré de él y me subí en la moto. Marcos lo hizo detrás y arranqué. Yo sabía manejar, pero nadie lo sabía, y esa noche lo iba a demostrar.

Conduje hasta Daniel y le grité:

—¡Venga, cobarde, arreglemos esto como sabemos!

—¿Tú me vas a ganar? No me hagas reír, pequeña —escupió, incorporándose.

—¿Qué pretendes, Noe? —susurró Marcos en mi oído.

—Ganarle —le respondí a mi amigo, y volví a mirar al malnacido de Daniel—. Venga. ¿No me digas que tienes miedo? Te reto, Daniel, y te voy a ganar.

Después de decirle eso, se subió en su moto y condujimos hasta la raya de salida. Mi amiga Celia cogió el pañuelo de su cabeza y nos dio paso para comenzar la carrera. Al principio dejé que Daniel se confiara y pensara que me iba a ganar. Marcos estaba que trinaba cada vez que en la curva dejaba que Daniel me pasara, pero yo sabía lo que hacía, y cuando menos se lo esperase, allí estaría yo para acelerar y ganar esa puta carrera.

Minutos después, yo iba perdiendo aposta, claro está, y Daniel me sonreía con suficiencia, así que ya era hora de acelerar y dar paso al truquito que había aprendido viendo las carreras de motos por las noches. Aceleré y, justo en la curva, me tumbé casi en el asfalto, pasando por el lado izquierdo de Daniel, que me miraba incrédulo. Marcos me apretó tanto la cintura que pensé que me dejaría una marca. Lo pasé, claro que lo pasé, y ese desconcierto por parte de mi contrincante fue el que me hizo ganadora. Llegué a la meta después de cuatro vueltas y todos vitorearon mi nombre. Me bajé de la moto y Marcos lo hizo después de mí. Me cogió en brazos y me apretó contra su pecho, asustado.

—No vuelvas a hacerme esto sin avisarme, por favor —me dijo con la cabeza escondida en mi cuello, y asentí.

—La próxima vez te avisaré con tiempo.

—¡¿Quieres bajar la velocidad de una vez, Noelia?! —gritó con notable miedo en su voz.

—¡No!

—Pero ¿qué coño te pasa? ¿Pretendes que nos matemos?

Y con esa pregunta, aflojé la velocidad. Los recuerdos del accidente de mi padre me dieron de lleno, haciendo que soltase el volante. Marcos lo cogió como pudo, pero no pudo evitar que nos estampáramos contra un árbol. Por lo menos ya no iba a tanta velocidad y no nos hicimos nada, pero el coche habría que mirarlo.

—¡Joder! —gritó, bajándose.

Yo me quedé sentada, con la mirada perdida y sin dejar de recordar.

—Papá, papá —susurré mientras Marcos abría la puerta y me sacaba del coche entre sus brazos. Me apretó contra él y acarició mi pelo acunándome.

Recordar el día en el que mi padre murió me descolocaba. Lo vivía como si hubiera pasado el día anterior. Os preguntareis por qué lo vivía así. Pues porque yo estuve allí. Yo tuve el accidente, y fue el peor día de mi vida, porque lo tuvimos por mi culpa. Mi padre murió por mi culpa, por mi maldita culpa, y eso era algo que no podría borrar de mi mente jamás.

Me sentí en paz con sus brazos rodeando mi pequeño cuerpo, y así mi corazón dejó de palpar al borde del colapso. Los malditos recuerdos de aquel día y todo lo de después hacían que odiara mi vida. ¿Cómo podía estar entre sus brazos después de su abandono? No lo sabía, pero lo necesitaba. Necesitaba a Marcos tanto que dolía, y aquel día, cuando lo perdí a él también, perdí mi vida.

Necesitaba saber por qué no me dejaban verlo, por qué no fue a verme al hospital. Estuve ingresada durante una semana, y él, mi mejor amigo, no fue. Solo hablábamos por teléfono. Me decía que estaba enfermo y que por eso no iba a verme. Entonces, días después, se fue sin decir adiós, sin darme una explicación. No lo entendía, y no me entendía a mí misma por estar juntos de nuevo y dejar que siguiéramos igual, como si nada hubiera pasado entre nosotros, como si esos años solo hubieran sido días, horas, minutos o segundos en nuestra vida.

Me separé de él, cabreada conmigo misma por ser tan estúpida, y Marcos intentó acercarse a mí, pero me alejé. No iba a dejar que entrara en mi vida otra vez como si nada, y mucho menos iba a dejar que entrara en mi corazón como pretendía y estaba consiguiendo.

—No te alejes, por favor —me suplicó con la voz entrecortada.

—Déjame en paz, Marcos, y vete. Vete de nuevo, y esta vez no vuelvas —sollocé cabreada.

—No me iré. Esta vez no me iré, y nunca más lo haré... Ya te he pedido perdón. ¿Qué más quieres que haga? —se sinceró muy cerca de mí.

—Que me digas por qué te fuiste. ¿Acaso es algo tan fuerte que ni a mí puedes decírmelo?

—No puedo, Noelia, no puedo siquiera recordarlo. Y, por favor, te pido que no insistas —me respondió. Se dio la vuelta, dando por terminada esa absurda discusión.

—Está bien... A partir de hoy, olvida que existo, olvida que fuimos amigos. Olvídame, como tú me obligaste a olvidarte, y eso seguiré haciendo.

Mi corazón latía temeroso, y todo porque deseaba que se diera la vuelta y negara todo lo que le estaba diciendo. Pero no lo hizo, así que me metí en el

coche y conseguí arrancarlo.

Miré a Marcos antes de salir del campo, dándole la última oportunidad, y al ver su negativa, me marché de allí sin ganas de hablar más, sin ganas de vivir siquiera. Él había vuelto a su hogar, pero yo había muerto con su llegada.

Conduje sin dejar de pensar en él y seguí dándole vueltas al asunto, intentando comprenderlo, pero no llegaba a ningún punto; simplemente, no entendía el porqué de su secreto. ¿Cómo de fuerte sería para que no confiara en mí?

Tenía que averiguarlo, y si para eso tenía que hablar con su madre, lo haría, pero me enteraría de ese maldito secreto.

Llegué al taller que había cerca de la universidad y dejé el coche allí antes de que mi tía se enterase de lo que había pasado. El mecánico se encargaría del coche mientras yo estuviera en la universidad.

Después de dejarlo, me fui caminado hasta la biblioteca, ya que me faltaba aún una hora para el examen. Estaba loca por terminar de una vez y comenzar las prácticas en alguna editorial. Mis deseos de ese futuro era lo único que me ayudaba a levantarme por las mañanas, porque, si no, no saldría de mi casa nunca.

Por el camino, le mandé un mensaje a mi amiga Celia para decirle que iría antes a la biblioteca, y me respondió que ella ya estaba allí. Era una empollona y la que me ayudaba a estudiar.

A veces, mi mente no me dejaba concentrarme. A veces, mi mente volaba y me ponía a escribir, plasmando cada pensamiento, cada recuerdo, cada sueño, todo lo que a mí me gustaría que me pasara. Pero con la llegada de Marcos, todo mi mundo, ese que yo sumergí en una oscuridad aplastante, ese que nadie sabía que tenía, ese que quise dejar pero que no pude por su maldita culpa, por su abandono, por todo lo que en tan poco tiempo me pasó, se estaba volviendo asfixiante y quería resurgir de entre mis cenizas.

Llegué a la biblioteca y entré en silencio. Le bajé el sonido al móvil y busqué con la mirada a mi mejor amiga. Cuando la vi, caminé arrastrando los pies hasta ella. Estaba tan cansada que mis piernas no respondían como deberían. Me senté a su lado y se asustó al verme.

—Hola —me saludó en voz baja—. Tienes mala cara. ¿Te ha pasado algo?
—me preguntó preocupada.

—Después te cuento —le respondí mientras sacaba el libro de mi bolso.

—¿Pretendes dejarme así hasta después? —me cuestionó Celia con cara de cabreo, y asentí con una sonrisa.

Bajé la mirada al libro de Historia y me perdí en cada línea. Me encantaba esa asignatura, y aprobaría seguro. Mi amiga seguía mirándome, como si así consiguiera que le hiciera caso o le contase algo, pero la ignoré, y no tuvo más remedio que ponerse con sus estudios y dejar que yo misma se lo contase cuando quisiera.

Llevábamos casi una hora estudiando y poco había entrado en mi mente, ya que no pude concentrarme por culpa de un rubio de ojos azules que había regresado para volverme loca. Marcos estuvo en todo momento en mi cabeza. Me levanté cabreada, metí mi libro en el bolso y resoplé exasperada. Celia me miró con el ceño fruncido e hizo la misma acción que yo. Salimos de la biblioteca y le pegué una patada a la primera papelera que vi, importándome muy poco si la rompía o me hacía daño en el pie.

—¿Qué haces, tarada? —me preguntó Celia.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Mierda y más mierda! —grité enfurecida.

No podía dejar de pensar en él, en el beso, en todo. Mis pensamientos no se centraban en la amistad, sino en el hombre. Me gustaba Marcos, me gustaba demasiado, y sabía que siempre me gustó, pero nunca lo reconocí o simplemente no me di cuenta. Pero ahora que estaba de vuelta, que me había besado y que estaba más guapo que nunca, sabía que podría enamorarme de él, y no quería. No quería sufrir por culpa del amor. No quería volver a sufrir por él.

Me senté en un banco cercano y mi amiga fue detrás de mí. Estaba claro que había perdido los papeles, y hacía tiempo que no me pasaba. La única manera de relajarme era con Daniel. Cogí mi teléfono y marqué su número. Mi amiga Celia, al ver lo que estaba haciendo, negó, pues ella odiaba que me fuera con ese delincuente. Pero yo, en ese momento, lo necesitaba. Necesitaba la libertad que ese tipo me daba.

—Hola, nena, ¿cómo estás? —me saludó Daniel al otro lado de la línea.

—Hola, guapo. ¿Me recoges en una hora? —le pregunté melosa.

—Allí estaré, preciosa.

Después de despedirme, colgué. Ahora tenía que lidiar con una Celia muy cabreada. Se suponía que habíamos dejado esa vida, aunque, en realidad, la que la había dejado había sido ella, no yo.

Me levanté del banco para ir al taller. Tenía que ver si ya estaba arreglado

el coche, o al final tendría que contarle a mi tía lo que había pasado.

—¡Noelia, ¿por qué coño lo has llamado?! ¡¿Es que has perdido la cabeza?! ¡¿No te acuerdas de lo que pasó la última vez?!

La voz de mi amiga retumbaba en mi cabeza, y estaba a punto de cabrearme y mandarla a la mierda. Conté hasta diez y la miré.

—Celia, deja que haga con mi vida lo que me dé la real gana, ¿vale? —le respondí con enfado—. Necesito despejarme y olvidar, y el único que me puede ayudar en eso es Daniel. Así que mejor te callas y me dejas en paz.

—Como quieras, pero luego no vengas llorando cuando el muy cerdo te meta en otro lío o, peor, cuando estés colocada hasta las cejas y no sepas ni dónde coño estás. Cuando eso pase, ¡no me llames! —me reprendió a pleno pulmón, y se fue dejándome allí más cabreada que nunca.

—¡Vale, vete! ¡No te necesito para nada! —grité, y seguí mi camino.

No entendía por qué se había puesto así. Era verdad que Daniel no era precisamente un ángel, pero me lo pasaba bien con él. Llevaba saliendo con ese «delincuente», como Celia lo llamaba, desde que Marcos se fue, dejándome más sola que nunca. Daniel fue el único que estuvo ahí, el único que entendió lo que me pasaba y el que hizo que me olvidase de todo, tanto del accidente como de él, de Marcos. Pero con su llegada, todo estaba más vivo que nunca. Los recuerdos venían a mí como una gran ola, ahogándome en ella y perdiéndome en el fondo.

Llegué al taller y el mecánico estaba arreglando el coche de mi tía.

—Aún no está, y creo que hasta mañana no lo tendré —se excusó.

Me encogí de hombros. No me quedaba otra: tendría que decírselo a mi tía.

—Está bien. Mañana vendré a por él —le respondí, y me fui.

Tenía un examen, pero no iría. No estaba preparada para suspender, que era lo que seguramente me iba a pasar. Pensar tanto en Marcos no me ayudó en nada a estudiar. Además, necesitaba irme, desconectar, y Daniel me iba a ayudar en eso.

Caminé hasta la parada del autobús, donde había quedado con él, y después de unos minutos, Daniel llegó hasta mí, en su moto. Al llegar, se bajó, se quitó el casco, me guiño un ojo y se acercó a mí para besar mis labios con posesión.

Daniel era el típico guaperas que con solo una sonrisa hacía que todas las mujeres cayeran rendidas a sus pies. Alto, moreno, ojos verdes, carita de ángel, pero también del tipo chico malo; del que las maltrataba, del que se

metía en líos: drogas, alcohol, carreras de motos ilegales... Y sí, me gustaba él y su libertad, esa que yo quería y no tenía, esa que se llevó Marcos cuando se fue, porque él era el que me la daba antes.

—Hola, nena. Hacía mucho que no me llamabas —me saludó al despegar nuestros labios.

—Hola. Lo sé, pero tenía mucho que estudiar —le respondí, intentando recuperarme del beso.

No estaba enamorada de él. No podía negar la potente atracción que existía entre ambos cada vez que nuestras miradas se cruzaban. El sexo era genial; saltaban chispas entre los dos cada vez que nos rozábamos. Nos entendíamos a la perfección. Tanto él como yo sabíamos todo lo que nos gustaba, lo que nos excitaba... El problema era que no sabía cómo parar.

Su vida eran las carreras, siempre siendo el ganador, y si por el contrario fallaba, acababa metiéndose en cualquier lío con tal de desahogar su frustración de alguna manera. Solo competía por el simple placer de superarse a sí mismo. Lo único por lo que yo rezaba era por acabar la maldita carrera y bajarnos de esa moto, y si era posible, ilesos. Y una vez que eso pasaba, tras una victoria o derrota, acabábamos en cualquier bar de mala muerte bebiendo hasta quedarnos ciegos, drogados y tirados por las esquinas. Mis negativas lo ponían furioso, ya que no quería llevar su mismo camino, sin embargo, con sus besos y promesas, me hacía claudicar como una maldita sumisa. Caía en su red cada vez que su bonita y ronca voz susurraba en mi oído.

Entonces era cuando las palabras de mi buena amiga Celia cobraban más sentido que nunca. Sin embargo, necesitaba esos escapes, como también el amparo de un ángel guardián que me salvara de esas locuras.

4

El camino en moto hasta el descampado donde se competía en esas carreras fue un poco raro. Había sido la primera vez que no sentía esa libertad que ese chico malo me daba. Era la primera vez que en mi mente solo estaba una persona. Pasé mis brazos por la cintura de Daniel, provocándolo para que parase y me besara hasta dejarme sin aliento, pero ni eso ayudó.

Cuando llegamos, ya estaban todos esos estúpidos que no tenían nada que hacer en su vida o, más bien, que no les daba la gana hacer otra cosa que no fuera la que ya hacían; esa vida llena de peligros, esa que yo tanto odiaba pero que tanto me ayudaba. La odiaba por el mero hecho de que, por culpa de un motorista, mi padre ya no estaba conmigo, por culpa de un desalmado que esa noche se cruzó en nuestro camino, provocando el accidente mortal de mi padre.

—Noe, Noe, ¿te ocurre algo? —me preguntó Sonia. Era la prima de Daniel y la única chica que consideraba una amiga en ese lugar.

La miré y negué para no preocuparla, pero ella de igual forma lo haría. Desde que habíamos llegado estuve callada y con la mirada perdida. No podía dejar de pensar en Marcos, y ya estaba enfurecida. Me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla.

—No te preocupes. Solo estoy un poco distraída... Ya sabes, los exámenes.

Sonia asintió no muy convencida, y yo sabía que más tarde me preguntaría.

Nos quedamos hablando durante unos minutos, hasta que Daniel fue a buscarme para comenzar la primera carrera. Sinceramente, no me sentía con ganas, pero no podía decirle que no cuando yo misma lo había llamado para ir, aunque en ese momento lo que deseara fuera volver a mi casa y ver a ese estúpido «amigo mío» que no salía de mi cabeza. No lo haría y me subiría a esa maldita moto.

Cogió mi mano y tiró de mí bruscamente.

—Eh, eh, ¿qué coño te pasa? ¿Ya estás colocado? —le pregunté, soltándome de su agarre.

—No comiences con tus gilipolleces. No sé para qué coño me has llamado

si vas a estar todo el tiempo con mi prima —me soltó de pronto—. ¿Has venido para estar conmigo sí o no?

—Yo...

—¡¿Sí o no?! —gritó, asustándome. Agaché la cabeza y asentí como una tonta—. Pues entonces sube tu maldito culo a mi moto y no te muevas de ahí a menos que yo te lo diga.

Caminé con la cabeza gacha hasta la moto. No me entendía a mí misma. ¿Cómo era posible que dejara que me tratara así? Yo no era así, no aguantaba ninguna humillación, pero con Daniel era diferente. Aun con todo lo mal que me trataba a veces, después no era así. Jamás me había golpeado, siempre me trataba bien, pero cuando se drogaba, cambiaba y parecía otra persona. Yo tenía la esperanza de que, algún día, dejara esa mierda y pudiéramos llevar una relación normal, pero esas esperanzas se iban a la basura en momentos como aquellos.

Minutos después, se subió en la moto y miró de reojo a su contrincante, Albert. Era uno de los hombres que más odiaba por el simple hecho de no poder ganarle. Nunca ganó una carrera frente a ese tipo, pero nunca perdía las ganas de correr contra él, y si perdía, se cabreaba, le buscaba la boca y terminaban a puñetazos. Claro que, después, las drogas y el alcohol eran los protagonistas de toda esa mierda.

Me quejaba demasiado de algo que yo quería hacer, sabiendo que Celia tenía razón y que Marcos, cuando se enterase de que yo seguía en aquello, y más con quién, se cabrearía, aunque me daba igual todo. Únicamente quería dejar de pensar en todo, olvidar todo.

Daniel colocó la moto justo en la salida, miró a Albert y, con chulería, le gritó que esa vez sería el vencedor, cosa que provocó la risa del otro. Sonia se puso entre ambas motos, haciendo que me pusiera nerviosa, ya que la carrera estaba a punto de comenzar. No es que me diera miedo, no; al contrario, me gustaban las carreras. Y estaba segura de que si fuera yo la que condujera, le ganaría al gilipollas de Albert. Pero Daniel jamás me dejaría su moto, y mucho menos le gustaría que yo ganase esa carrera en la que tanto quería vencer.

Las motos comenzaron a rugir y Sonia dio pase a la salida. Albert salió a toda prisa, tanto que a Daniel le costó alcanzarlo. Me abracé a su cuerpo, miedosa por primera vez. En otras ocasiones, levantaba los brazos, sintiendo la libertad y el aire chocar en mi cara. Pero aquel día no era yo, no era la

Noelia alocada de siempre.

Después de tres vueltas sin poder alcanzar a Albert, llegamos a la meta. Daniel, cabreado, se bajó de la moto, provocando mi caída por no poder agarrarla, ya que pesaba demasiado. Cayó encima de mi pierna derecha y escuché un grito de alguien que corría hacia mí. Estaba tan dolorida que no me di cuenta de quién era la persona que gritaba mi nombre, hasta que estuvo lo bastante cerca para verle la cara y quedarme completamente perpleja. Un Marcos muy preocupado y a la vez furioso había llegado hasta mí junto con mi amiga Celia.

—¿Estás bien? —me preguntó mi amiga mientras con la ayuda de Marcos levantaba la moto y liberaba mi pierna, ya morada e inflamada por el fuerte golpe.

Los miré de hito en hito, confundida, y Marcos clavó sus azules ojos en los míos. Tragué saliva y me sentí avergonzada por dejar que se enterase de lo que seguía haciendo y con quién. Después miré a mi amiga.

—Me gritaste que no te buscara cuando me pasara algo. ¿Por qué has venido entonces? ¿Eres masoquista? —le pregunté, y ella sonrió, aunque cabreada.

—Es verdad, no quería que me llamaras, pero no podía dejar que siguieras cometiendo las locuras que hacías, ¡y mucho menos podía dejar que siguieras viéndote con ese energúmeno y drogadicto de Daniel! —Eso último lo dijo alto y claro para que mi acompañante lo escuchara, y la odié por tener una amiga tan bocazas.

Daniel nos miró y vio a Marcos. Sonrió con malicia y se olvidó completamente de Albert. Comenzó a caminar en nuestra dirección, hasta que llegó y se puso justo detrás de Marcos. Mi «amigo» sabía que lo tenía detrás, y también había maldecido al escuchar a Celia. Pero qué íbamos a hacer. Mi amiga era así y la queríamos después de todo.

—Pero serás bocazas... —susurré.

—Mira a quién tenemos aquí, pero ¡si es Marquitos! —exclamó Daniel, tocando su hombro con fuerza para provocarlo.

—Déjalo en paz, Daniel —escupí, levantándome con la ayuda de Celia.

Marcos me miró con cara de pocos amigos y se levantó, para después darse la vuelta y encararlo.

—No tienes que defenderme, Noelia. Sé hacerlo solo. —Me habló con una mirada fría, tanto que parecía que tenía dos témpanos de hielo en vez de ojos.

Me quedé anclada al suelo, como si sentir sus ojos mirándome de esa manera tan dura fuera peor que el trato de Daniel cuando se drogaba. Claro que aquello no venía del estúpido con el que me acostaba cuando me sentía agobiada, sino de mi mejor amigo, ese que se largó dejándome tirada cuando murió mi padre. No sé ni por qué me preocupaba. Ya era mayorcito y podía defenderse solo.

—Eso, Noelia, tú no tienes por qué defender a este capullo, ¿verdad, Marquitos?

La expresión de Marcos al escuchar la voz de Daniel cambió, siendo incluso más tensa de lo que normalmente era. Sus ojos estaban tan oscuros que parecían un cielo nublado, y yo, en parte tenía miedo; miedo a que Daniel le hiciera algo malo, miedo a volver a perder a Marcos después de su regreso. Aunque, realmente, no sabía si lo había recuperado. Sabía que no, que ese Marcos no era mi mejor amigo, sino otra persona muy diferente.

Daniel se acercó a él, casi rozándole la nariz, y podría jurar que sentí pavor, el miedo recorrer mi cuerpo al presenciar cómo esos dos hombres se miraban como si quisieran matarse a golpes. Sabía que Daniel era muy peligroso y sobre todo tramposo, por lo que no iba a pensárselo dos veces si tenía la oportunidad de sacar su navaja, esa que cuidaba con tanto mimo, lo haría.

—¿Qué cojones quieres, Daniel? —escupió Marcos con los ojos inyectados en sangre.

—¡Vaya! Pero si el pijo se ha vuelto gallito.

—Déjate de gilipollecés.

Daniel puso una mano sobre su hombro y ahí sentí morir. Tenía miedo por él, por lo que pudiera hacerle Daniel, sin importarle nada.

—¡No me toques, hijo de puta! ¿Qué pasa? ¿Te crees muy inteligente? ¿Te haces el chulo para que todas se abran de piernas? —manifestó, empujándolo.

Mi compañero de carreras se puso como un loco, asustándome, pues de un momento a otro se abalanzaría sobre Marcos y no dejaría de él ni el polvo. No quería ver nada más ni quería que pasara nada con ninguno de los dos, pero ¿qué podía hacer? Entonces, hice lo más acertado en ese momento: intentar que no se liaran a golpes. Caminé hasta ellos, soltándome del brazo de Celia, y me interpose entre ambos cuerpos, sintiéndome pequeña, pues ellos eran demasiado altos a mi lado. Daniel, que no se esperaba que me pusiera frente a él y pensando que era Marcos, me propinó un puñetazo que hizo que cayera

encima de mi amigo.

—Au, joder. ¿Qué coño haces, Daniel? —lo increpé, tocándome la nariz.

Me dolía horrores, y al tocarme, noté la sangre en mis dedos. Solo esperaba que no me hubiera roto la nariz. Entonces, cuando pensé que todo había acabado, conmigo en el suelo y con la nariz llena de sangre, Marcos saltó por encima de mí y se abalanzó sobre Daniel, pegándole puñetazos en su rostro.

—¡Detente, Marcos! —grité asustada.

—¡Eres un jodido hijo de puta! —exclamó Marcos encima de él.

—¡Quitadme a este capullo de encima! —bramó Daniel.

Uno, dos, tres, cuatro y hasta diez puñetazos en menos de dos minutos. Jamás había visto así de loco a Marcos, ni cuando éramos unos adolescentes a los que nos encantaba meternos en líos. Celia me ayudó a ponerme en pie, pues estaba algo mareada, y con la ayuda de Albert y Sergio conseguimos quitar de encima a Marcos. Casi no podíamos con él. Estaba loco, ni siquiera podía mirarme a los ojos. Su gesto estaba endurecido, lleno de odio, como si me odiase a mí también.

—¡¡¡No vuelvas a ponerle una mano encima!!! —gritó enfurecido.

—Marcos, Marcos. Tranquilo, estoy bien —lo calmé, tocando sus mejillas llenas de sudor.

Intenté que me mirara y, tras dos intentos, lo conseguí; conseguí que mi amigo volviera, que dejara atrás ese odio que había llenado en un instante su cuerpo, para que se centrara de nuevo en mí, aunque ya no sabía si era odio lo que sentía. Ya no lo conocía como antes. Ese no era él, y debía haberle pasado algo muy grave para cambiar tanto.

Lo cogí del brazo y comencé a caminar con él. Celia iba detrás. Lo único que quería hacer era salir de allí, sacarlo de ese lugar, donde podría ser mucho más peligroso ahora que Daniel estaba más cabreado. No quería que le hiciera nada, pues yo lo conocía y sabía lo vengativo que era, y aquello no lo olvidaría fácilmente.

—¡Noelia! ¿Dónde coño vas? —me preguntó Daniel, alzando la voz.

Me di la vuelta y lo miré con el ceño fruncido.

—¿En serio te importa? Me has pegado, Daniel, y eso es algo por lo que no voy a pasar.

—Ni se te ocurra irte con él, porque...

—¿Qué?! Qué me harás, ¿eh? ¿Volverás a pegarme? Mejor cállate y

olvídame de una puta vez.

Me di la vuelta y caminé hasta el coche de Celia. Me subí, sin apartar la mirada de Daniel, y cuando arrancó unos segundos después, perdí mi mirada en la oscuridad de aquel descampado.

5

El camino a casa cada vez era más incómodo. Yo me senté en el asiento delantero, junto a Celia, y a cada segundo escuchaba los resoplidos de Marcos. Me tenía bastante harta, y en cualquier momento lo haría callar a mi manera.

Celia puso música para intentar liberar un poco la tensión que se había creado en cuestión de segundos, pero ¿en serio pensaba que a mí se me quitaría el cabreo con una cancioncita? Parecía que no me conocía, aunque realmente no me conocía ni yo en ese momento. ¿Cómo pude irme con Daniel? ¿Como dejé que me pegara? No, aquello ya había llegado al límite, y aunque no fue intencionado, lo creía capaz de hacerlo en cualquier otro momento, y más después de haberlo dejado en ridículo delante de sus amigotes.

Uno, dos, tres, ¡diez resoplidos! ¡Joder!

—¿Quieres parar de una vez? —le pedí, intentando parecer calmada, pero me estaba costando horrores.

—¿Qué, ahora también te molesta que suspire? —me respondió con chulería.

Quería ignorarlo para no patearle las pelotas de una vez y que suspirara con razón. Era exasperante.

—No me molesta que suspires, pero si lo haces cada dos segundos, llega un punto en el que me dan ganas de...

Me callé; era lo mejor. Quería tener la fiesta en paz hasta que llegásemos a casa y no echar más leña al fuego. Celia se mantenía al margen, y lo agradecí. Después de todo, ella era la culpable, ¿no? Podría haber mantenido la boquita cerrada y así no estaría escuchando al estúpido de Marquitos.

—¿Por qué siempre huyes?

—No lo hago.

—Sí que lo haces, y a menudo. En eso no has cambiado.

Pasé mis dedos por el puente de mi nariz, cerrando los ojos, contando internamente hasta diez, aunque necesitara hacerlo hasta mil, si fuera posible.

—Noe, si no lo hicieras en este momento...

—¡Déjame de una puta vez! —dije, alzando la voz—. Celia, para el coche.

Mi amiga me miró con el ceño fruncido, pues ya me conocía. Si no lo

paraba, me tiraría con él en marcha.

—No seas tonta, Noe —expresó preocupada.

—Para el maldito coche o me tiro, y sabes que lo haré.

Al ver mis ojos llenos de furia diciéndoselo tan seria, lo hizo. Paró y, sin decir nada más, me bajé, cerrando de un portazo. Comencé a caminar cuando escuché que se cerraba otra puerta, pero ni siquiera me di la vuelta para saber quién era, puesto que ya lo sabía. Seguí caminando, importándome muy poco que él viniera detrás de mí. Ya no estábamos tan lejos de casa, y la suya estaba antes que la mía. Con suerte, en menos de cinco minutos dejaría de verlo.

—¡Noe, espera! —me pidió, y agaché la cabeza.

—¡Lárgate a casa, Marcos! —exclamé sin parar mi ritmo.

Entonces sentí su cálida mano agarrar mi brazo, obligándome a parar, y bufé cabreada, agotada del día nefasto. Estaba deseando llegar a casa, darme una ducha y meterme bajo mis mantas, escondiendo la cabeza y olvidándome de todo, incluso de aquel día.

Me di la vuelta y lo miré. Su cara de asombro no pasó desapercibida para mí, y ya sabía el motivo; seguramente, tendría un buen morado en la nariz. Me toqué y solté un gruñido de dolor. Él se acercó e intentó tocarme, pero me aparté, me alejé lo máximo posible, sintiendo esa tensión que albergaba en mi interior bullir como si fuera lava, teniendo tantas ganas de besarlo como de patearle el culo.

—Mira cómo te ha dejado ese hijo de puta —murmuró.

—No es nada. —Me di la vuelta para irme de nuevo y volvió a coger mi brazo—. ¡Joder! ¿Qué quieres, Marcos? ¿No ves que no quiero estar cerca de ti?

Mi corazón comenzó a latir con frenesí al ver sus ojos llenos de tristeza, una que jamás había visto, aunque, a decir verdad, hacía tanto tiempo que no lo veía que ya no sabía quién era el hombre que tenía frente a mí. Ya no nos conocíamos, éramos distintos, no éramos esos adolescentes que se morían de ganas por volver a verse.

—¿Qué ha pasado con lo nuestro? —me preguntó sin mirarme—. ¿Qué ha pasado con nuestra amistad, Noe?

—Te la cargaste —escupí llena de dolor, intentando hacerle ver todo lo que sentía, provocando que él sintiera lo mismo.

—Lo siento, no quise hacerlo...

—Pero lo hiciste. ¿Y sabes qué? —Me miró y negué—. Va, déjalo. Ya no

importa.

—Sí que importa. A mí me importa, Noelia. Tú me importas —declaró, y yo me reí con sarcasmo.

No podía creer que estuviera diciéndome eso. ¿Cómo se le ocurría mentirme así? No iba a dejar que se burlara de mí y me apartara de él, como hizo hacía años.

—¡No! Si eso fuera así, no te habrías marchado, o al menos me dirías por qué lo hiciste —hablé, reprimiendo las ganas de llorar—. Por qué te fuiste, ¿eh? ¿Qué fue tan fuerte para que no puedas ni contármelo?

Vi cómo se ponía nervioso, moviendo las manos y tocándose el pelo mientras caminaba de un lado al otro. Miré hacia arriba, al oscuro cielo, sintiendo que en cualquier momento perdería los estribos y le gritaría todo lo que esos años había guardado en mi corazón, en ese corazón que él se encargó de destrozar.

—No puedo decírtelo —dijo sin poder mirarme.

—¿Por qué?

—Porque no, y no vuelvas a preguntarme —sentenció.

Pero no lo dejaría pasar, no esa vez.

—No, no dejaré que vuelvas a huir, no antes de que me digas de una maldita vez por qué cojones te fuiste cuando más te necesitaba. ¿A qué tienes miedo?

Estaba nerviosa, al igual que él, y cansada de tanto secreto. Necesitaba saberlo para entenderlo, para poder pasar página de una vez y volver a tener esa relación que tanto añoraba. Aunque, a lo mejor, él no quería recuperar nuestra amistad. A lo mejor, él solo estaba de paso y se marcharía de nuevo. Claro, todo tenía sentido, era por eso por lo que le daban igual mis sentimientos, porque se iría de nuevo, me abandonaría.

Al ver su negativa a responder, me di la vuelta y emprendí mi camino sin mirar atrás, igual que él hizo. Entonces escuché lo último que dijo, pero lo ignoré para no desmoronarme frente a él:

—¡Tengo miedo a perderte! ¡Noe!

Escuché sus gritos y los de Celia al ver que no regresábamos. Lo único que podía hacer era largarme y no seguir con esa conversación que tanto daño me estaba ocasionando, haciendo que dudara si él también sentiría lo mismo.

Tardé más de la cuenta en llegar a mi casa, y todo porque no dejaba de darle vueltas a lo último que había escuchado de sus labios. ¿Por qué tenía

miedo a perderme? ¿Acaso lo que hizo fue algo que podría hacer que lo odiase? No entendía nada, y tenía que averiguar qué era eso tan fuerte que no podía contarme.

Subí las escaleras hasta llegar a mi habitación y fui directa al baño. Me miré en el espejo y pude comprobar por mí misma cómo tenía la nariz. Tendría que ir al hospital para saber si no la tenía rota y, con suerte, no se me desfiguraba. Resoplé, dejando al fin caer esas lágrimas que estaba reprimiendo para que él no me viera. Mientras me quitaba la ropa, caían por mis mejillas a borbotones, haciendo que desahogara toda la presión del cuerpo que él se había encargado de llenar. Caminé hasta la ducha y, tras abrir el grifo y comprobar que no estaba fría, metí mi cuerpo bajo el agua, mojando mi rostro, mezclando las lágrimas para así eliminar todo rastro de dolor. Pero fue algo imposible, pues el dolor lo sentía en mi alma, y eso, ni con agua se quitaba.

El sonido del despertador martilleó mi cabeza como si realmente lo tuviera golpeándome con fuerza en las sienes, provocándome un fuerte dolor. Me levanté con la sensación de dolor, sin darme cuenta de que era la nariz la que me latía, y seguramente la tendría mucho peor que cuando me acosté. Fui corriendo al baño para mirarme en el espejo y, efectivamente, la tenía muchísimo peor. Sin poder darme tiempo a reaccionar, escuché cómo mi tía entraba en el baño y gritaba al verme:

—Pero ¿qué cojones te ha pasado?! ¿No me digas que ese malnacido te ha puesto una mano encima, Noelia? —Me encogí de hombros a modo de respuesta—. ¿Eso es todo lo que me vas a decir? Ahora mismo me vas a contar todo. Bueno, mientras te llevo al hospital. Dios, está fatal.

—Vale, vale, tranquila. Te iba a pedir que me llevaras, pero no dejas de hablar —me burlé, y ella bufó—. En cinco minutos estaré lista si me dejas vestirme. —Iba a hablar, pero no la dejé—: Sí, sí, y te contaré todo, tranquila.

—Mas te vale. Y me da igual lo que pienses o digas; voy a denunciar a Daniel por agresión. ¿Te crees que esto lo voy a pasar por alto? Puedo permitir en cierto modo «tu rara relación» con él, pero esto... —Señaló mi nariz—. Lo siento, pero no voy a consentirlo.

Asentí, agachando la cabeza.

—No te preocupes, no volverá a pasar.

—Mas te vale... Por cierto, ¿y mi coche?

Al recordar el coche, suspiré. Me había olvidado completamente de que tenía que recogerlo del taller.

—No te enfades, por favor. Tengo que recogerlo del taller que hay al lado de la universidad —le expliqué con la voz entrecortada.

—¿Por qué? Espera, no me lo digas. Te has estrellado de nuevo, ¿verdad? Asentí avergonzada.

—Pero esta vez no fue culpa mía, sino de Marcos. Él provocó el golpe.

—Bueno, ya hablaremos de eso en otro momento.

Sabía que estaba enfadada; solo me llamaba Noelia cuando lo estaba. Salió de mi habitación y me aseo y me vestí en tiempo récord. Cogí el bolso y fui en busca de mi tía para que me llevase al hospital. Sinceramente, me dolía mucho más que hacía unas horas, y estaba segura de que estaba rota.

Cuando cerré la puerta de casa para ir hasta el coche, me encontré con él, otra vez con él. Lo miré y él hizo lo mismo que yo. Mi cuerpo se tensó al instante, sintiendo su mirada recorrerme entera, erizándome sin tocarme siquiera. Agaché la mirada sin hablarle y pasé por su lado, rozando nuestras manos. Hubo un momento en el que sentí la necesidad de parar y mirarlo a los ojos, dejando que me abrazase. Pero no, no lo hice. Y sin cruzar ni una palabra, entré en el coche y cerré la puerta.

—¿No le hablarás? —Negué—. Está muy preocupado por...

—Tía, será mejor que no te metas en esto —le respondí cortante.

—Está bien.

Arrancó y emprendió camino hasta el hospital.

El trayecto transcurrió en completo silencio, casi incómodo, y sabía que no era el momento de entablar conversación con mi tía, porque estaba segura de que estaba muy cabreada conmigo. Aunque no la culpaba. Tuvo que pedirle el coche a Mauricio para llevarme al hospital porque el suyo lo había estrellado yo. ¿Cómo pude dejar que pasara? Y todo por culpa de Marcos.

Cuando llegamos, me dejó y fue a aparcar, quedándome sola a la espera de que un médico me llamara. Me lo merecía. Merecía que me trataran así por ser una irresponsable que se dejaba llevar por un tarado que lo único que hacía era drogarse y golpear a todo el que se negara a seguirle la corriente.

Mientras seguía maldiciéndome por ser así con todo el que me quería, sentí la presencia de alguien sentándose a mi lado. Me giré para comprobar quién era. Mis ojos se clavaron en los suyos, mirándolo con rencor a la vez que con ese deseo que no sabía que existía hasta que lo vi después de tanto tiempo. No

entendía muy bien lo que provocaba en mí, pues jamás había sentido eso por nadie, ni siquiera por Daniel, y no podía permitirlo. No podía dejar que Marcos entrara de ese modo en mi vida para que siguiera destrozándola. Jamás dejaría que lo hiciera.

No podía apartar mi mirada de la suya, no podía dejar de clavar mis ojos en los de él, aunque quisiera negar todo lo que provocaba en mí con tan solo eso. No podía. Y si no paraba, al final se daría cuenta y me vería vulnerable ante él.

—¿Se puede saber a qué has venido? Creo que te he dejado claro que no quiero estar cerca de ti —le dije, obligándome a mí misma a no mirarlo.

—Estoy preocupado por ti y... —Suspiró—. Por mucho que me pidas que me aleje, no lo haré, Noe. Nunca me iré de tu lado.

Siempre provocaba una risa irónica en mí cada vez que me decía esa estupidez, cuando la realidad era otra. Estaba cansada de seguir recordando eso que tanto daño me hacía, pero me era imposible no hacerlo, y menos si lo tenía pegado a mí cada dos minutos. ¿Acaso no se cansaba de mi rechazo? Tendría que ser un poco más dura para conseguir que me dejase en paz.

—Mira, Marcos, esta será la última vez que te lo diga —le hablé, volviendo a mirar sus ojos, pero inconscientemente fueron hasta sus labios y mi boca se secó.

Me quedé durante unos segundos que parecieron horas sin poder apartar la mirada. Una necesidad que no sabía que existía en mi interior se apoderó de mí, deseando besar sus labios de nuevo, perderme en su boca, morderla y saborearla, mientras sus manos recorrían mi cuerpo. Me tensé al tiempo que me di cuenta de lo que mi mente calenturienta me estaba mostrando. Mis mejillas ardían, anunciándome lo rojas que estaban, y no había que ser un lince para darse cuenta, pues Marcos sonrió de lado a la vez que comenzó a acercármeme.

Mi corazón latió frenético, desbocado, a punto de salirse por la boca gracias a su cercanía. Su olor entró en mis fosas nasales, haciéndome recordar momentos vividos años atrás, momentos bonitos y también horribles, tan horribles como el día en el que mi padre murió y mi amigo no estaba.

La fiesta de cumpleaños de Celia era en una hora. Mi padre no había llegado aún de trabajar y mi tía no sabía conducir. ¿Cómo iría? No podía perdérmela, no cuando el primo de mi mejor amiga iba a ir, y era el chico más guapo que había visto en mi vida. No, definitivamente, no me la

perdería.

Comencé a arreglarme para que, cuando mi padre llegase, saliéramos directos a casa de Celia. Me atavié con mi vestido rojo corto, entallado en la parte superior, resaltando mis pechos, y con vuelo en la falda. Me encantaba ese vestido. Me lo regaló mi tía en mi anterior cumpleaños, y estaba deseando mostrárselo a Héctor.

Bajé las escaleras y, después de ponerme la chaqueta, salí de la casa para esperar a mi padre en la puerta. El tiempo pasaba y no llegaba, y cuando ya pensaba que no lo haría, llegó y se bajó del coche. Se le veía cansado, demasiado, aunque ¿cómo no estarlo si había viajado al menos cinco horas hasta llegar a casa? Aquel día había tenido una reunión en otra ciudad, de la cual no recuerdo el nombre, y desde que se había ido de madrugada, no había llegado hasta las nueve de la noche.

—Hola, princesa. ¿Dónde vas tan linda? —me preguntó cuando estuvo frente a mí.

Me levanté y le di un beso en la mejilla, recibiendo por su parte uno en la frente junto con un tierno abrazo.

—Es el cumpleaños de Celia, ¿no te acuerdas? Te estaba esperando para que me llevaras.

Mi padre puso los ojos en blanco, suspirando, dándome a entender que lo había olvidado completamente. Se sentó en las escaleras del porche y yo lo imité sentándome a su lado.

—Lo siento, cielo, pero estoy agotado y no puedo llevarte. ¿No se lo has pedido a Marcos?

Negué, haciendo pucheros.

—Marcos hoy tenía planes y me ha dicho que no iría a la fiesta. Y ya sabes que mi tía no sabe conducir ni el carro de la compra. —Se carcajeó—. Por fi, papi, eres el único que puede llevarme. Además, después no tendrás que recogerme porque me quedaré a dormir allí —le expliqué.

Pero mi padre negó con cariño.

—Noelia, cariño... De verdad que no tengo cuerpo para conducir ahora media hora más. Bueno, una hora. Intenta que Celia pueda recogerte.

Comencé a ponerme nerviosa y a pestañear eufórica para conseguir mi propósito, sin entender el cansancio de mi padre. Me abracé a su brazo mientras un «por fi» más salía de mis labios, provocando que, mientras bostezaba, se levantara y me llevara al cumpleaños.

El camino lo hizo despacio, y la verdad era que ya llegaba bastante tarde. Tenía que darse prisa, si no, en vez de ser media hora de camino, sería una hora.

—Papi, ¿no puedes correr un poco más? Ya voy tarde —me quejé.

—Noelia, no puedo correr más, así que tendrás que esperar.

—¿Qué te cuesta acelerar un poco? Así llegarás antes a casa —le insistí. Mi padre se estaba cabreando y estaba a punto de gritarme; lo notaba en sus manos.

—Hija, no seas caprichosa y deja que conduzca a mi manera, ¿vale?

—No sé ni por qué te he pedido que me lleves. Tendría que habérselo pedido a Celia. Seguro que ella me habría recogido en solo diez minutos.

—Estoy cansado.

—Siempre lo estás para mí. Siempre estás trabajando y no me prestas atención. Todo lo que te pido tengo que rogártelo para que lo hagas —bufé cabreada—. Estoy harta de todo.

Mi padre aceleró sin responderme. ¿Estaba cabreado? Sí, y mucho, tanto que por un momento se le fue el acelerador, pasándose de lo permitido. Me miró con los ojos llenos de furia, una que no conocía en él.

—¿Contenta? ¿Así está bien para la señorita que lo tiene todo y se queja de todo? —me preguntó sin dejar de mirarme.

Mis ojos estaban clavados en la carretera, rezando porque no hubiera ningún atasco, hasta que, de pronto, una moto se cruzó en nuestro camino.

—¡Cuidado con la...! —grité.

Mi padre dio un volantazo, provocando que el coche girase sobre él, dando vueltas, poniéndose bocarriba y bocabajo sin parar. Aún tenía los ojos abiertos y pude sentir cada golpe, cada cristal clavándose en mi piel. Miré a mi lado para ver a mi padre y él me miró a la vez que un golpe seco hizo que nos parasemos, provocando que su cabeza se golpeará en el asfalto. Quise moverme para ayudarlo, pero mi brazo estaba encerrado entre la puerta y el asiento. De pronto, mis ojos comenzaron a cerrarse y lo vi todo negro.

No me había dado cuenta de que estaba llorando hasta que sentí los dedos de Marcos secar mis mejillas. Me aparté de él, levantándome de la silla, y caminé hasta el otro extremo de la sala sin poder siquiera mirarlo a la cara. ¿Cómo se suponía que podría hacerlo si cada recuerdo hacía que lo odiase más?

Él, cómo no, fue hasta mí, y yo lo sabía. Su presencia era poderosa, y provocaba que mi piel se erizara con solo tenerlo a varios centímetros. No lo miré, no pude, pero, de pronto, sentí sus brazos rodear mi cintura, pegando su duro torso a mi espalda. Quería salir corriendo, apartarme, pero no me quedaban fuerzas para hacerlo, y en ese momento lo necesitaba. Necesitaba el abrazo de mi amigo, el abrazo de alguien.

La muerte de un padre es dura, y se pasa muy mal. Pero más duro es recordar una y otra vez cómo lo viste morir, como se sintió tu cuerpo entumecido, intentar moverte para ayudarlo, aun sabiendo que es imposible, que esa vida ya no existe.

—Fue mi culpa —murmuré, dejando caer las lágrimas nuevamente por mis mejillas.

—¿Qué fue tu culpa? —se interesó, y me estrechó aún más, como si no pudiera alejarse de mi cuerpo.

—La muerte de mi padre. Fue mi culpa.

El cuerpo de Marcos se tensó, apretando más los brazos, dejándome ver las venas marcadas en ellos.

—No digas eso.

El agarre cada vez era más fuerte y prácticamente me estaba haciendo daño.

—Marcos, ¿estás bien? Me haces daño. —No respondía—. ¡Marcos! —lo llamé, alzando la voz mientras mi codo golpeaba su estómago.

Se separó quejándose, mirándome cabreado, pero me dio igual. No podía llegar a entender por qué cada vez que mencionaba el tema, él se ponía así. ¿Por qué jamás tendría respuesta a esa simple pregunta?

—Joder, Noe, ¿siempre estarás golpeándome? —se quejó, tocándose la zona.

—Estabas haciéndome daño.

Caminé decidida a alejarme de una vez de él. Fui hasta el mostrador para preguntarle a la recepcionista cuándo se personaría un médico para mirar mi nariz, pues cada vez me dolía más. Cuando me puse frente a ella, escuché que me llamaban, y Marcos ya me esperaba al lado de la puerta número ocho, la consulta del doctor. Pasé por su lado agachando la cabeza, negando a la vez que rezaba para que no entrara conmigo, pero rezar no se me daba bien, y entró a la consulta.

El doctor comenzó a mirarme y me mandó directamente a que me hicieran

una tomografía computarizada para comprobar —más bien, afirmar— sus sospechas de rotura. Tendrían que ponerme una escayola, o eso creí.

Salí de la consulta con Marcos pisándome los talones. No había manera de quitármelo de encima.

—En serio, Marcos, vete a casa... Estoy bien —expresé saturada.

—No, me quedaré por si me necesitas —me respondió, cabreándome.

Era un terco.

—Si no te he necesitado en cinco años, ¿qué te hace pensar que ahora sí? En serio, será mejor que te vayas de una vez —insistí, y me senté para esperar a que me llamasen para la tomografía.

Hizo oídos sordos y se sentó a mi lado. Cogió mis manos, prácticamente obligándome a mirarlo, y sin previo aviso besó mi frente, quedándose más tiempo del permitido ahí. Me tensé al instante en el que sus labios besaron mi piel, dejándome completamente descolocada y sin argumentos para echarlo de nuevo. Cerré mis ojos, disfrutando de ese momento, disfrutando de su beso, aunque habría preferido sentirlo en los labios.

Escuchamos un carraspeo que provocó la caída de culo de Marcos al separarse de mí bruscamente. Mi tía y yo nos miramos a la vez que soltamos una carcajada que se escuchó en toda la sala de espera del hospital. No podía ser más gracioso. En eso, él no había cambiado.

—Deja que te ayude.

Me acerqué a él y cogí su mano para ayudarlo a ponerse en pie, aunque no le hiciera falta. Mi tía se acercó a nosotros y se sentó en la silla que yo había dejado libre, provocando que la mirase de mala manera por quitarme el sitio. Y yo que pensaba sentarme dejándola a ella en medio de los dos... Pero, claro, mi tía era más «lista», y lo hizo a propósito, para obligarme a ponerme de nuevo a su lado.

—¿Estás bien, Marcos? —le preguntó, y él asintió con esa sonrisa de canalla que tanto lo caracterizaba—. ¿Qué te ha dicho el doctor?

—Me harán una tomografía, pero ya me ha asegurado que está rota. Solo tienen que ver si con cuidados en casa se me quitará o ya pasan a realinear manualmente. —Mi tía abrió los ojos—. No me pongas esa cara, que me muero de miedo. ¿Sabes lo que me duele? Si el médico tiene pensamiento de moverme los huesos para ponerlos en su sitio, espero que me ponga anestesia.

Estaba muy asustada. Solo esperaba que no tuvieran que hacerlo y que solo con hielo y analgésicos se me quitase. Desde aquel día odié a los médicos. No

me gustaba ir al hospital para nada. De hecho, no recordaba haber ido desde el accidente.

Sentí en mi cadera una vibración y saqué mi móvil del bolsillo. La llamada de un número privado saltaba en mi pantalla, y no sabía si responder o no. Mi tía me instó a cogerlo y así lo hice.

—¿Quién?

—Pero qué borde eres —me dijo mi tía, mirándome de mala manera mientras intentaba escuchar la voz del llamante.

—¿Eres Noelia?

—Sí. ¿Quién llama?

—Soy el mecánico. Puedes venir a por el coche cuando quieras... Son trescientos euros.

Mis ojos se abrieron descomunalmente al escuchar la cifra que me estaba pidiendo. No podía decirle a mi tía lo que tenía que pagar por el arreglo porque se cabrearía tanto que no volvería a dejármelo. Tenía que conseguir dinero de alguna manera, y ya sabía cómo. Miré a Marcos a la vez que me despedía del mecánico. Mi amigo me observó también y asintió, entendiéndome a la perfección. No sabía cómo, pero él sabía lo que mis ojos le decían sin necesidad de pronunciar palabra. Él me ayudaría a conseguir el dinero, de eso estaba segura.

7

Después de haber pasado en el hospital más de tres horas y tras haberme hecho las pruebas pertinentes que descartarían una rotura más grave, salimos de allí por fin. Mi tía quería llevarme de vuelta a casa. Supuestamente, ella necesitaba descansar. Pero no, no me fui con ella, y cuando conseguí despedirme, se marchó. Marcos y yo necesitábamos hablar, y aquel era el momento. Aunque él se negase, teníamos una conversación pendiente, y no se iba a escabullir como llevaba haciendo desde que había regresado.

Comenzamos a caminar sin decir ni media palabra, prácticamente sin mirarnos, pero, aunque pareciera mentira, no era incómodo estar con él de esa manera que tanto había extrañado. Era como antes, como si jamás se hubiera ido dejándome sola y desconsolada.

—¿Quién te ha llamado antes? —me preguntó, exaltándose.

Había estado tan metida en mis recuerdos que no me esperaba el fin del silencio.

—El mecánico.

Frunció el ceño y sonreí al ver su cara. Era muy cómico ver su expresión cuando quería saber algo y yo no le era clara.

—¿No recuerdas el choque que tuvimos? —Asintió—. Pues me ha llamado el mecánico para decirme la cantidad que tengo que pagar.

Entonces me di cuenta de que realmente no se había percatado del mensaje secreto que le enviaron mis ojos cuando lo miré. Antes era muy fácil comunicarnos entre nosotros sin tener que hablar, pero ahora eso había cambiado y ya no nos entendíamos. Me cabreeé al instante, tras ver que nada era igual, y aunque me muriese de ganas porque mi amigo volviera, no había sido así. Marcos aún no estaba conmigo.

Resoplé mientras aceleraba el paso, intentando alejarme de él de nuevo, y volvió a hacer lo que llevaba haciendo desde que había regresado: agarrarme para evitar mi huida.

—Espera. ¿Qué he hecho mal? No entiendo nada. Pensé que al aceptar venir conmigo, me estabas dando una tregua, pero veo que no —expresó apenado.

Puso los ojos en blanco y agaché la cabeza.

—Pensé que entendías mis señales.

—¿Qué señales?

—Va, déjalo, Marcos. Creo que nuestra amistad se ha enfriado y no es la misma —me quejé, sentándome en un banco cercano y él a mi lado.

Perdí mi mirada al frente, donde una fuente adornaba el centro de un parque, uno lleno de flores preciosas. Cerré los ojos y respiré profundamente, llenando mis pulmones de esa fragancia, intentando calmar mis nervios. Los abrí de nuevo y giré mi cabeza hacia la derecha para poder ver a Marcos. Realmente quería poner de mi parte para que nuestra relación fuera la de antes, pero cuando intentaba encontrar en mi interior ese sentimiento que me recordaba lo mucho que quería a mi amigo, algo se encendía dentro de mí, algo que jamás había experimentado. Era una mezcla de odio, deseo y... ¿amor? Aún no entendía qué significaba esa palabra, pues nadie me había enseñado cómo se sentía al estar enamorada, al ser amada, y no creía que Marcos fuera esa persona.

—Noelia..., quiero que volvamos a mirarnos a los ojos y entender cada mensaje, así, como antes —me pidió en un susurro—. Necesito a mi mejor amiga. Te necesito a ti, Noe.

—Yo... Yo... —Suspiré, reprimiendo las lágrimas—. Cada recuerdo hace que te odie, Marcos, y no sé si algún día volveré a ver en ti a ese chico que venía de madrugada a buscarme para sacarme de mi castillo. Eso ya se acabó.

Me levanté para escapar de él, del momento que se estaba creando entre nosotros. Tenía miedo a gritarle a la cara que lo odiaba con la misma intensidad con la que lo deseaba, porque ¿y si eso complicaba más las cosas entre nosotros? Así como estábamos, era lo máximo que podía soportar.

Caminé hasta la fuente y me senté en el borde, viendo a mi alrededor cómo correteaban los niños tras los pájaros, intentando alimentarlos con pan, mientras sus madres miraban algo en sus móviles o simplemente hablaban con otras madres. Los abuelos estaban a un lado, sonriendo al ver a sus pequeños hacer lo que ellos hicieron alguna vez. Me encantaba esa estampa, y me dolía porque yo no tenía a mi padre conmigo. Supuse que alguna vez hice lo mismo mientras él me observaba desde algún banco.

Metí la mano en la fuente y la moví, provocando ondas en el agua. Mis lágrimas se hicieron las protagonistas de ese día, y con la otra mano sequé algunas. Sabía que Marcos estaba detrás de mí, y lo sabía porque sentía su presencia. Eso no había cambiado del todo.

—Noe —murmuró, tocando mi hombro. No lo miré—. Por favor —suplicó—. Habla conmigo, desahógate.

¿Que me desahogara? Como si fuera tan fácil. No recordaba cómo se hacía eso, cómo era hablar con alguien que te escuchaba con atención comprendiendo lo que te pasaba y te ayudaba con un simple abrazo.

—No puedo.

—Sí puedes.

—No... No, Marcos.

—¿Qué puedo hacer para que me perdones? ¿Qué puedo hacer para que volvamos a ser «los amigos inseparables»? —me preguntó angustiado. Lo notaba en su voz.

Me levanté y me puse frente a él para decirle lo que haría que volviéramos a ser los de antes, aprovechándome.

—Hay algo que podemos hacer. —Su boca se curvó en una sonrisa, mostrándome su perfecta dentadura—. Volvamos a las carreras ilegales.

Su expresión cambió y arrugó su frente a la misma vez que cerraba la boca.

—Estás loca. ¿De verdad me estás pidiendo eso? —Asentí—. No, no volveré a correr, Noelia. Haré lo que quieras, pero eso no.

—¿Por qué? ¿Acaso tienes miedo? —Negó—. Entonces, ¿por qué no quieres? No entiendo que te niegues a algo que te gustaba tanto.

—Tú lo has dicho, me gustaba. Ya no.

El que se negara a hacer lo único que nos podía unir hacía que quisiera alejarme aún más de él, porque si dejábamos el pasado atrás, así como si nada, todo se iba a la mierda, pues él era parte de mi pasado.

Negué cabreada y emprendí mi camino hasta la parada de taxis para largarme de una vez a mi casa, donde sí pensaría en qué hacer para reunir el dinero antes de que mi tía me preguntara por el coche de nuevo.

Me monté en el taxi, pensando que no me había seguido, pero me equivoqué de nuevo, y ya lo tenía sentado a mi lado. Bufé cabreada mientras le daba la dirección al taxista y este arrancaba.

—Vuelves a estar cabreada —afirmó, mirando por la ventanilla—. ¿No puedes entender que dejé eso en el pasado?

—No, no puedo entenderlo, no cuando sé que adorabas hacerlo. ¿Qué te ha hecho cambiar?

—Nada.

—Sé que mientes, Marcos. ¡Te conozco bien! —exclamé, abriendo la

ventanilla. Necesitaba aire.

—No sabes nada de mí, Noelia. Ya no soy el mismo, y todo desde el acci...

Se calló de pronto, tensando su cuerpo. Vi cómo cerraba los puños tan fuerte que pude ver sus nudillos coloreados de blanco. Miré sus antebrazos y sentí la necesidad de acariciarlos, de calmar su furia, de hacer que esa furia me la mostrara de otra manera. Mordí mi labio inferior y cogí su mano, entrelazando los dedos. Me miró, y sin saber por qué ni qué hizo que yo actuara así, me acerqué y besé sus labios con fervor, con ese deseo que quería seguir guardando en mi interior y que tanto me estaba costando retener.

Marcos cogió mis mejillas, acariciándolas, mientras su lengua pedía permiso para entrar en mi boca. Yo la abrí gustosa, deseando que por fin se conocieran y se adoraran. El beso estaba siendo apasionado, rebelde, de esos que van acompañados de sexo. Justo lo que necesitaba, justo lo que en ese momento necesitaba de él, aunque me costase reconocerlo.

Escuchamos un carraspeo y nos separamos casi sin aliento. El taxista nos miró por el espejo retrovisor y mis mejillas se tiñeron de rojo. Marcos le pagó y nos bajamos. Nos quedamos estáticos, esperando a que desapareciera de nuestra vista, y cuando lo hizo, pensé que él se iría, que no me miraría, pero no fue así. Se dio la vuelta y, como si estuviera leyéndome la mente, cogió mi cintura con fuerza y volvió a inundar mi boca con esa lengua que ya me encantaba, con una mano apretando mi cadera y la otra bajando a mi culo. Lo apretó y gemí en su boca. Mi gemido provocó que un gruñido se escapara de entre sus labios. Podríamos pasarnos horas así, allí. Pero no. Necesitábamos más. Y buscaríamos la manera de seguir.

Marcos se separó unos milímetros y cogió mi mano para después tirar de ella. Caminábamos deprisa, y cuando nos metimos por la parte trasera de mi casa, ya sabía a dónde me llevaba.

La cabaña que nuestros padres construyeron estaba intacta, tal y como la dejamos la última vez que estuvimos allí. Miré a mi alrededor, observando cada rincón de la estancia. Unas fotos nuestras adornaban las paredes de madera y un par de marcos con foto de nuestros padres reposaban en la mesilla de al lado del sofá. Las cortinas azules estaban amarillentas por el sol recibido y la madera crujía más que antes. Parecía que habían pasado más años de los que realmente habían transcurrido, y sentí pena por haber dejado de entrar allí, cuando la tenía tan cerca. Aunque cuando él se fue, todo acabó

en mi vida.

Moví mi cabeza, intentando borrar los recuerdos malos que hacían que odiara a Marcos, y me abalancé hacia él sin previo aviso, devorando su boca con ansias, con deseo, ese que sentía desde que nuestros ojos volvieron a encontrarse. Quería que me diera ese placer que sentía cuando me montaba en la moto, ese que siempre tenía corriendo con él. Mis manos volaron por su pecho, bajando hasta su cintura para poder despojarlo de su camiseta y, cuando lo hice, separé mis labios para observar su torso. Mi boca se secó al instante y mis dedos temblorosos se posaron en su cuerpo, trazando círculos, acariciando su piel, provocando algo en él, algo que también provocaba en mí y que no sabía cómo explicar.

—Noe —murmuró.

Me aferró a él, abrazándome, pasando sus brazos por mi cintura, subiendo a mi espalda, metiendo sus manos por debajo de mi camisa. Al sentir sus dedos rozar mi piel, los pezones se me endurecieron y él lo notó, pues se separó y miró hacia abajo con una sonrisa. Bajó su cara a mi pecho y los mordió por encima de la fina tela. Gemí, aferrándome más a él, rogando internamente sentir su lengua allí donde sus dientes mordían, donde enterraba su rostro. Quería que su lengua lamiera mis pezones, que los chupara mientras se hundía en mi interior. Y lo quería ya, lo necesitaba de una vez, y lo haría realidad.

—Marcos..., te..., te necesito ya —murmuré con la voz entrecortada.

Él me miró, sacó las manos de mi camisa y metió los dedos entre los botones, abriéndomela de un tirón, provocando que todos saltaran y que cayeran en cualquier lugar de la cabaña. Lo miré con deseo y me percaté de la oscuridad de su mirada. Sus azules ojos parecían negros, oscuros. Pasó sus dedos por mi pecho y volvió a pasar las manos por mi espalda, pero esa vez para quitarme el sujetador. Una vez que lo hizo y este cayó al suelo, acercó su boca a uno de mis pezones y lo chupó, pasó su lengua y mordió ansioso.

Me estaba volviendo loca. No podía más, así que bajé mis manos hasta su entrepierna y acaricié su bulto, uno que reseco mi boca. Anhelé tocarlo sin tela, piel con piel. Me alejé y abrí sus vaqueros al mismo tiempo que él abría los míos. Nos los bajamos y nos quedamos mirándonos unos segundos, pero poco duró. Marcos me cogió en brazos, obligándome a enroscar mis piernas alrededor de su cintura. Me llevó hasta el sofá y caímos en él con fuerza. Nos besábamos y nos acariciábamos, todo a la vez. Volvió a atacar mis pechos,

hambriento, y yo me estremecí debajo de él a la vez que mi sexo se apretaba tan fuerte que me hacía daño.

—Marcos.

—Mmm...

—Fóllame, por favor.

No esperaba esa petición, pero una vez hecha, tampoco se hizo de rogar. Se quitó el bóxer y yo me quité el tanga, dejando al fin libre el acceso a mi interior. Se colocó entre mis piernas y de una sola estocada entró en mí. Ambos gritamos, pensando lo placentero que estaba resultando, lo raramente placentero que era follar con tu mejor amigo, uno que hacía años que no veía y que me abandonó cuando más lo necesité.

Necesitaba ese momento, necesitaba de sus embestidas, de su sexo, de su lengua pasando por mi cuerpo. Lo necesitaba a él.

Cada embestida me llevaba al cielo, pero a la misma vez al mismo infierno, donde me abrasaba convirtiéndome en lava, una lava que arrasaría con todo a su paso. Lo que estaba experimentando con Marcos no se podía comparar con nada, con ningún otro hombre que hubiese tocado mi cuerpo. Hacía tiempo que no tenía sexo, y había merecido la pena.

Seguíamos en el sofá, devorándonos sin miramientos, sin remordimientos, aunque no dudaba de que eso llegaría después, cuando pasase el calentón.

—Ah, sí, así, Marcos. ¡No pares!

Era puro sexo, puro deseo, pura pasión. Eso era, eso quería que fuera.

—¿Así te gusta, Noe? —me preguntó con la voz ronca.

Estábamos a punto de estallar, a punto de corrernos.

—Córrete, Noelia, córrete conmigo.

Y como si mi cuerpo estuviera esperando esa petición, terminé, mordiendo su hombro mientras él escondía su cabeza en el hueco de mi cuello. Sus manos apretaron mis caderas, y durante unos segundos nuestros cuerpos se tensaron y convulsionaron. Fue extraordinario lo que sentí, lo que sentimos. Marcos cayó encima de mi cuerpo, agitado, al igual que lo estaba yo, y durante unos minutos fue algo especial. Pero pronto borré ese pensamiento de mi cabeza, un pensamiento que no me traería más que problemas.

En silencio, se incorporó y yo aproveché para levantarme y correr hasta el baño, escondiéndome avergonzada. Al entrar, cerré de un portazo y pegué mi espalda a la puerta.

—¿Qué hemos hecho? No tendría que haber pasado, no debería haber dejado que pasara ¡Estúpida! —me regañé.

Me acerqué al lavabo y me miré en el espejo. Tenía los labios rojos e hinchados. Pasé mis dedos por ellos, recordando sus besos, sus mordidas, cómo pasaba su lengua y me dejaba sin aliento. Estaba loca, y eso iba a terminar muy mal. Terminaría con la poca amistad que nos quedaba.

Me lavé la cara y me mojé la nuca a la vez que escuchaba unos toques en la puerta. Me tensé y me quedé en silencio. ¿Qué podría decirle ahora? ¿Cómo mirarlo a la cara después de lo que habíamos hecho? Durante unos momentos pensé que se cansaría de golpearla, pero no fue así, y no me quedó más

remedio que salir y dar la cara. Despacio, caminé hasta ella, la abrí y me quedé frente a la mirada preocupada de Marcos. Agaché la cabeza y pasé por su lado llena de vergüenza.

—Noe, Noe, ¿por qué no me miras? No vuelvas a alejarte, por favor. No lo soportaría después de...

Su silencio me puso más nerviosa, y lo único que podía hacer era lo de siempre: escapar, irme, alejarme de todo lo que creía que me haría daño. Porque sí, sabía que él me lo haría de nuevo. Ya no podía confiar en él, y que nos hubiésemos acostado me lo dejaba más claro que nunca.

Comencé a vestirme apresuradamente y, después de calzarme, salí de la cabaña sin mirar atrás. Escuché los gritos de Marcos llamándome, pero no me di la vuelta, no volví con él, y mucho menos fue tras de mí, cosa que agradecí.

Al llegar a mi casa, entré y miré por toda la estancia buscando a mi tía. Necesitaba hablar con alguien, desahogarme, pero no estaba. Subí a mi habitación, y lo primero que hice fue darme una ducha y después ponerme cómoda. Cogí mi móvil y le mandé un mensaje a Celia. Desde luego, necesitaba decirle a alguien lo que había hecho, y ella era la única que podría escucharme sin juzgarme. Siempre lo hacía, ¿no?

Noelia:

Hola, Celia. ¿Tienes algo que hacer?

Te invito a cenar a casa... Tenemos que hablar.

Esperé unos minutos que se me hicieron eternos y me llegó su respuesta.

Celia:

¿Qué te ha pasado?

¡Joder! ¿Por qué tendría que conocerme tanto? Odiaba que fuera así.

Noelia:

Nada, solo quiero pasar tiempo contigo.

¿Es tan malo eso?

Celia:

No, claro que no. Bueno, en una hora estoy allí.

Noelia:

Gracias, Celia.

Hacía casi una hora que había hablado con ella y no llegaba. Estaba desesperándome, pues mientras lo hacía, no paraba de recordar el momento en la cabaña, cómo Marcos devoraba mi cuerpo. Me excitaba con solo recordarlo. Era como si ya fuera de él y de nadie más. Estaba claro que tenía que aclarar mi mente y dejar de ver a «mi mejor amigo» como un hombre y volver a mirarlo sin sentir vergüenza porque pensase diferente al verlo. Pasé

las manos por mi rostro, escondiéndome. Aun estando sola, sentía vergüenza, pero lo peor era sentirla de mí misma, por ser tan cabrona. ¿Cómo había llegado al extremo de acostarme con mi amigo? No, desde luego, había perdido el juicio del todo.

Escuché un vehículo aproximarse a mi casa y salí en su busca pensando que era Celia, pero cuál fue mi sorpresa cuando los ojos de Marcos fue lo primero que vi al salir. No podía creer que hubiera ido a verme después de cómo me había marchado. Me di la vuelta para volver a entrar en casa.

—No, espera, Noelia... Tenemos que hablar —me dijo, alcanzándome.

Cogió mi brazo, y solo ese roce hizo que mi piel se erizara.

—No tenemos nada de qué hablar. —Lo escruté con la mirada mientras me soltaba de su agarre.

—Lo siento si hice algo mal, pero no puedes evitarme toda la vida, y menos dejaré que lo hagas después de lo que ha pasado.

—¿Es que no lo entiendes?! —exclamé—. ¡¡No ha pasado nada!!

Estaba cabreada, y realmente no sabía el porqué. ¿Era conmigo o con él? ¿O era por lo que sentí, por lo que aún sentía? Negué, desechando las preguntas que se mezclaban en mi mente, y entré en la casa, dejando la puerta abierta, dejando claramente que Marcos entrara. No me entendía, no debería estar con él, pero aun así no podía echarlo de mi vida así como así. Era mi amigo, ¿no?

—No sé por qué no aceptas que nos gustamos. ¿Tan grave es para ti? —me preguntó mientras entraba en el salón.

Me había sentado en el sofá y, al escucharle decir eso, eché la cabeza en el respaldo, agotada. Solo hacía unos días que había regresado y ya estaba así. ¿Qué pasaría cuando tuviera que verlo más tiempo? Estaba casi segura de que eso me pasaría factura, y si él no se iba, lo haría yo, pero no iba a dejar que me volviese loca, que me hiciera daño.

Se sentó a mi lado e imitó mi postura. Ambos mirábamos hacia el techo en silencio, como hicimos antes en su habitación, en la mía o en la... cabaña. Ya no podría entrar en ese lugar sin recordar lo que había pasado en ese sofá.

—¿Te acuerdas de cuando me contaste que te habían dado tu primer beso? —habló de pronto.

Lo miré ceñuda, sin entenderle muy bien. Me quedé mirando su perfilada nariz mientras él seguía con sus ojos clavados en el techo. Aprovechar que no me miraba para hacerlo yo me daba ventaja, y suspiré al darme cuenta de lo

guapo que era. Cuando éramos adolescentes ya lo era, pero ahora... No podía expresarlo. Siempre había sido alto, pero no demasiado. Tenía el pelo castaño y los ojos azules. Sus labios eran carnosos, y cuando te sonreía, cabía la posibilidad de tener un paro cardíaco.

—¿A qué viene esa pregunta?

Giró su rostro y sonrió al percatarse de que lo estaba mirando embobada, casi babeando. Su sonrisa se hizo más enorme cuando notó mis mejillas rojas.

—Responde, solo responde —insistió, y suspiré.

—Ni siquiera recuerdo lo que te dije, pero bueno... —le respondí girándome, y nuestros ojos se clavaron los unos en los otros—. Te dije: «Marcos, Alan me acaba de besar, y me ha dado...».

—Asco —terminó por mí.

Ambos sonreímos.

—Luego Alan vino diciéndome que mi amigo le había pegado un puñetazo. —Abrió los ojos, sorprendido—. ¿Creías que no lo sabía? —Asintió confundido—. Pues sí, lo sabía.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No tenía por qué. ¿O sí? —Negó—. Pues eso.

Nos quedamos en silencio y acercó su mano a la mía, rozándola tímidamente. Bajé mi cabeza y vi cómo su mano subía desde mi muñeca, rozando levemente mi brazo, hasta llegar a mi mejilla, donde me acarició de manera dulce. Cerré los ojos unos segundos, deleitándome con su suavidad, hasta que mi demonio interno, cabreado como él solo, me hizo abrirlos de golpe y me separé de él. Fui a levantarme, pero Marcos volvió a agarrarme y caí encima de él. Mi respiración se volvió pesada y mi cuerpo se tensó al sentir sus manos por debajo de mi blusa. La piel se me erizó y ya no soportaba lo que mi corazón pedía.

—No te das cuenta de que me gustas —susurró—. No quiero que te alejes por esto.

—No puedo, Marcos... No puedo con esto.

—¿Por qué?

—Porque te odio. —Sus ojos se abrieron desorbitadamente.

Su agarre se aflojó y pude zafarme al fin de él. Lo que acababa de decirle le había dolido, pero no más que a mí decírselo. ¿Lo odiaba? Mi cabeza decía que sí, que lo odiaba, pero mi corazón estaba en una guerra interna en la que quería ser vencedor, pero yo no lo dejaba por muchos motivos. Uno de ellos

era el que más claro tenía: se fue cuando más lo necesitaba, sin despedirse, y volvía a los cinco años. Otro, otro... No lo tenía muy claro, pero era por no dejar que lo odiase. Porque hacerlo, hacía que lo deseara más.

No podía mirarlo, no después de haberle dicho algo tan fuerte. Entonces escuché sus pasos alejarse y un fuerte portazo, anunciándome su salida de mi casa. Hice algo que jamás me había permitido hacer por él. Lloré, lloré de rabia, de rencor, de miedo, de odio, de deseo, de ¿amor?

—¡No! Amor no. Yo no me he enamorado de Marcos —me dije a la vez que escuchaba el timbre.

Mi corazón volvió a latir frenético y corrí hasta la puerta pensando que era él y que regresaba para hacerme entrar en razón, pero otra vez me equivocada, pues era Celia. Esta, al verme con los ojos rojos e hinchados de llorar, se acercó a mí y me abrazó. Con su brazo por encima de mi hombro, me llevó hasta el salón, donde nos sentamos en el mismo lugar en el que minutos antes habíamos estado él y yo. Con solo mirar a Celia, sabiendo que Marcos había estado en ese mismo sitio, me ponía mal. ¿Por qué era todo tan complicado? Me sentía estúpida pensando en él después de todo lo que habíamos vivido juntos.

—He visto a Marcos salir de aquí como si le estuviese siguiendo el mismo diablo —expresó mirándome, pero yo no podía mirarla a ella—. ¿Qué ha pasado, Noe? Hacía tiempo que no te veía así de mal —me preguntó cuando volví a derrumbarme al recordar lo que le había dicho.

—Nos hemos acostado —murmuré, mirando al suelo.

—¿Cómo?! —exclamó de manera exagerada.

Los ojos de Celia estaban tan abiertos que pronto se le saldrían de las órbitas.

—No sé cómo ha pasado.

—Está claro, guapa, pero ¿cuándo? Es que no me lo creo. ¿Cómo ha pasado? Cuéntamelo todo. ¡Dios! Esto es muy fuerte. Es tu mejor amigo. Ay, Dios —decía sin parar, levantándose y caminando de un lado a otro.

Sonreí al ver en el estado en el que estaba, y me levanté para ponerme delante de ella y obligarla a sentarse y escucharme.

—Primero, para, que me vas a marear, y segundo, déjame hablar —le dije, llevándola al sofá.

Nos sentamos y me miró ceñuda, incrédula, y podría jurar que hasta había algo de enfado. No sabía cómo empezar a contárselo, y eso que yo misma la

había llamado para decírselo. Pero ahora la tenía frente a mí, con esa mirada asesina, como si el haberse enterado de algo que estaba claro, en otro momento de mi vida, no hubiera pasado. La verdad era que realmente aún no sabía cómo había pasado ni cómo repercutiría en nuestras vidas.

—¿Vas a hablar de una vez, o tengo que sacarte las palabras con sacacorchos?

—Sí, perdona. Es que no sé cómo empezar.

—Por el principio estaría bien. Pero, en serio, ¿con Marcos? ¿No había otro hombre en este puñetero planeta? ¡No, claro que no! —gritó cabreada, y ahora era yo la que no entendía nada.

—Espera, Celia, ¿por qué te cabreas? No te entiendo.

—¡Por nada!

—Las personas no gritan por nada, y tú acabas de hacerlo. Explícamelo, porque no te entiendo.

Bufó cabreada.

—Me gusta, vale, siempre me ha gustado, pero erais inseparables... Nunca pude acercarme a él, y ahora pensaba que era mi momento. Pero no, tenías que acostarte con él. ¡Todo tiene que girar en torno a ti, todo para ti!

Su voz fue alzándose conforme me iba diciendo todo. Nunca supe acerca de sus sentimientos hacia Marcos, y ahora que lo sabía, no me gustaba. ¿Sería verdad que siempre estaba en medio? No quería que mi mejor amiga me odiase por acostarme con un hombre del cual estaba enamorada y que yo no lo sabía, pero estaba claro que siempre la cagaba y perdía a las personas que más quería en este mundo.

Celia me dejó sola una vez que me gritó todo lo que tenía en su interior, dejándome completamente desolada. ¿Qué haría para conseguir que mi amiga volviese? ¿Qué hacer para no perder a las personas que más quería en este mundo? Una vez perdí a mi madre, después a mi padre, y con él a Marcos, y con su vuelta perdí a mi mejor amiga. Y también... También acababa de perderme a mí misma.

Mi tía aún no había llegado, y di gracias a todos los santos de que así fuera. Caminé hasta la cocina y me preparé un bocadillo. Tras comérmelo, miré la hora y vi que eran las tres de la tarde. Aún era temprano para salir, pero tampoco quería estar allí cuando regresara y volviese a preguntarme por el coche.

Me levanté y fui hasta mi habitación para vestirme. Iría en busca de Sonia. Ella era la única que sabía todo sobre las carreras, datos del lugar, quién competía, dinero a apostar. Justo lo que yo quería saber.

Cuando estuve lista, salí y fui en busca de mi moto, esa que tenía guardada desde hacía más de un año, el tiempo que llevaba viéndome con Daniel. Desde que estaba con él, ya no conducía ni iba con él a las carreras; carreras que siempre perdía. Le quité de encima la lona, la miré concentrada y me acerqué para tocarla. Mi Honda NC 700 S estaba intacta. Después de tanto tiempo sin usarla, lo único que esperaba era que no tuviera que llevarla al mecánico.

Me subí y arranqué. El sonido del motor me erizó la piel y sonreí al sentir la adrenalina recorrer mi cuerpo por completo. Estaba deseando correr, y nada ni nadie me lo iba a impedir, ni siquiera él.

El camino hasta la casa de Sonia no fue lento, aunque no recordaba que mi moto corriera tanto. Lo agradecí. Funcionaba sin problema, y estaba disfrutando como nunca. Unos minutos después, llegué al edificio, en el centro de Madrid, aparqué la moto y me bajé para después entrar sin avisar. La puerta estaba abierta. Sabía perfectamente cuál era su casa. Entré en el ascensor y le di al número cinco. Las puertas se abrieron y me dirigí hasta la suya. Solo esperaba que estuviera. En esos momentos era cuando me regañaba por no avisar y subir por nada.

Toqué en la puerta unas tres veces, hasta que se abrió, y ahí estaba la

persona que menos quería ver en mi vida. Daniel me miraba con una ceja alzada, como si estuviese esperándome.

—Vaya, no esperaba verte por aquí, pequeña —dijo, abriéndome del todo para que pasara.

Me quedé estática frente a él, sin poder apartar la mirada de su estúpida sonrisa, cerciorándome de lo idiota que había sido durante todo ese año por salir con él.

—Mejor vengo en otro momento.

Me giré para irme, pero me agarró del brazo.

—¿Por qué tanta prisa? ¿Acaso ya no quieres estar conmigo?

Lo miré llena de odio, con las mejillas encendidas por el cabreo acumulado. Prácticamente echaba humo por las orejas, y toda la presión acumulada la iba a pagar con él antes siquiera de plantearme lo de correr. Me estaba apretando el brazo y, al soltarme, tuve que masajearme la parte dolorida.

—¡Déjame en paz, Daniel! —exclamé.

—De eso nada. Ahora resulta que llega tu amiguito y ya no quieres saber nada de mí. ¿Qué soy, tu segundo plato? No me jodas, Noelia —expresó con la mandíbula tensa a la vez que apretaba los puños a cada lado de su cuerpo—. ¿Ya te has olvidado de que te dejó tirada cuando murió tu papi? —Abrí los ojos e hice lo mismo que él: cerrar los puños tan fuerte que me dolían—. Claro, ya no te importa que se haya largado. Ya no te importa tu padre ni lo que pasó con él.

—¡No menciones a mi padre, capullo! —Alcé mi puño y lo estampé en su bonita y perfilada nariz.

Deseaba que le quedara igual que a mí, así al menos me habría vengado un poco, ¿no?

En ese momento, en el que Daniel comenzó a gritarme de todo, llegó hasta nosotros Sonia, quien, lógicamente, se acercó a mí. Su primo la escrutó con la mirada. Francamente, era la única que pasaba de él y a la única que él sería incapaz de hacerle daño. Eran como hermanos, y agradecí que ella estuviera de mi lado.

—¿Te vas a poner de su parte, Sonia? —la increpó sin mirarla—. No me lo puedo creer.

—¿Qué es lo que no puedes creer, Daniel? ¿No crees que ya la has jodido bastante? —le regañó, clavando su dedo índice en el pecho de él.

Daniel volvió a clavar sus ojos en mí y, antes de irse, volvió a coger mi brazo, pero esta vez más suave.

—Tú y yo tenemos una conversación pendiente, Noelia.

—No, no tenemos nada de qué hablar.

—Sabes que sí. —Elevó las cejas, haciéndome recordar algo.

Si había algo que siempre quise olvidar, fue aquel día, ese que me ataba a Daniel. Suspiré, cabreada. Tenía que pensar en la manera de hacer que me dejara en paz y siguiera con su vida sin terminar de joder la mía más de lo que ya lo había conseguido. Asentí, agachando la mirada; como siempre, cohibida; como siempre, asustada de él y de lo que pudiera hacer. Sonia no entendía nada, y solo esperaba que no me preguntara.

Unos segundos después, Daniel salió del apartamento sin decir nada más. Sonia me miró fijamente a la vez que me instaba a sentarme en el sofá. Sabía que querría saber algo, pero ¿qué le diría? Si ni yo misma recordaba lo que había pasado aquella noche, ¿cómo iba a contárselo?

—¿A qué se refería mi primo, Noe?

—A nada en particular. Ya sabes cómo es.

—Cierto, sé cómo es. Por eso te pregunto. ¿Acaso habéis hecho algo ilegal?

Alcé las cejas, incrédula.

—¿En serio me preguntas eso después de que todo lo que hacemos es ilegal? Vamos, Sonia, no sé siquiera cómo le haces caso. Lo único que quiere es volver a retenerme, como siempre —afirmé, intentando convencerla.

—No sé. Esta vez lo he visto diferente —insistió—. Lo siento, no me voy a meter en vuestros líos, pero no quiero que vuelvas a hundirte por un hombre como él. Ya sabes que te quiero mucho, y me jode que una chica tan inteligente se deje llevar por mi primo.

Asentí, comprendiéndola, pero no podía borrar el pasado. Había cosas de las que no me sentía orgullosa, y todas las hice con Daniel o, más bien, él me obligaba a hacerlas. Quería olvidar, quería borrar lo que un día pasó. Lo que ocurrió hizo que incluso me planteara dejarlo definitivamente, pero ya me tenía atada a él, y ahora, con la llegada de Marcos, no sabría afrontarlo.

Me había quedado unos minutos en trance, con la mirada perdida en un punto fijo, sin percatarme de que Sonia me estaba hablando. Los recuerdos me atormentaban, y todos se mezclaban con la muerte de mi padre y, ahora, con la llegada de Marcos.

—Noelia... Noe. —Tocó mi mano y la miré—. ¿Te pasa algo? Estás muy rara.

—Eh, lo siento. No es nada.

—¿Seguro?

Asentí, y negué mirando al suelo.

—Me... he acostado... con Marcos —titubeé nerviosa.

—¿Cómo?

—Creo que también te he dejado sin palabras a ti.

—¿Por qué dices eso? No es que me hayas dejado sin palabras, pero tampoco me lo esperaba. ¿Tú y Marcos?

Asentí, encogiéndome de hombros.

—No ha sido nada... Solo un calentón —le comenté, quitándole importancia, y ella se carcajeó.

—Uno que por lo visto te ha gustado. Si vieras tu cara... —Me señaló y sonreí.

Era cierto, me había gustado demasiado, y por eso mismo no se podía repetir. Marcos había llegado para poner mi mundo patas arriba, y ya me había acostumbrado a tener los pies en la tierra y no sobre ella. Era muy bonito soñar, volar cuando estaba con él, pero ya no quería eso. Siempre se había empeñado en hacerme sentir como una princesa, y me lo creí, creí que lo era. Pero cuando ocurrió el accidente, la princesa murió, y solo despertó una bruja que deseaba vivir al límite, amargarle la vida a alguien. En aquel entonces, Daniel era mi cometido, pero acabé liándome con él. Porque dentro de cada bruja hay una princesa acorralada, una que desea que su príncipe vaya a rescatarla. Y ahora no estaba preparaba para serlo.

Pasé toda la tarde con Sonia, contándole todo lo que había pasado con el coche y lo que tenía que pagar por el arreglo. Esa misma noche había una carrera a las dos de la madrugada, y las apuestas ya iban por los dos mil euros. Yo no necesitaba tanto dinero, pero, visto así, lo haría. El único problema era que la carrera sería en la Gran Vía de Madrid; una locura muy arriesgada, pues a esa hora todavía pasaban muchos vehículos y, con ellos, la policía. No quería pensar en ello, pues seguramente haría que me echase atrás, y no podía permitírmelo.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? Yo creo que deberías hablar con tu tía y que te dé el dinero para el arreglo del coche.

Negué, moviendo la cabeza exageradamente.

—Imposible, no puedo hacer eso. Bastantes cosas me paga ya como para echarle más carga encima.

—Pero, Noelia, tú tienes dinero, y puedes disponer de esa cantidad para una emergencia...

—No, de verdad. Lo haré, y no hay marcha atrás —la corté.

—Está bien, se lo diré a mi primo.

Fruncí el ceño.

Me ponía nerviosa el hecho de que Daniel estuviera metido en esa carrera, y más después de lo que me había dicho. No quería tener que correr con él o, peor, contra él. No, definitivamente, aquello cada vez era peor idea, y me estaba metiendo en la boca del lobo.

—Mi primo es quien está organizando esa carrera —me explicó bajito, como si confesarme eso hiciera que me cabreara con ella.

—¿Cómo es eso posible si tu primo es incapaz de organizarse él mismo? —se carcajeó, y yo la seguí.

En momentos de nervios, la risa venía muy bien.

—Ya, pero también le hace falta ese dinero.

—¿No me digas que voy a correr en contra? —Hizo un gesto dando a entender que podía ser—. ¡Joder! —exclamé, posando dos de mis dedos en mis sienes.

La cabeza me estaba doliendo de tanto pensar en cómo hacer las cosas y no acabar esa noche en el calabozo, porque estaba segura de que, si nos salía mal, era allí donde íbamos, y lo peor era que mi tía tendría que pagar más dinero para sacarme, en vez de hacer las cosas bien y pedirle los trescientos euros que valía el arreglo del coche.

Por la noche, seguí en casa de Sonia. No podía irme a casa y tener que enfrentarme a las preguntas de mi tía. Durante todo el día no miré el móvil, y cuando lo hice, tenía llamadas y mensajes de ella y de Marcos. No abrí ninguno. ¿Para qué? Seguramente, una me estaría regañando, y el otro, preguntando dónde estaba para ir conmigo. Estaba agobiada, y lo único que deseaba era dormir y despertar después de un tiempo y ver que todo había sido una pesadilla, volver a aquella época en la que nada me preocupaba, en la que mi familia aún seguía unida y tenía a Marcos para consolarme y hacerme la vida más fácil.

—¿Por qué no lees los mensajes? —me preguntó Sonia mientras me servía un poco de ensalada.

La noche ya había llegado y decidí quedarme con ella hasta la hora de la carrera. Me encogí de hombros, metiéndome el primer bocado.

—Ya sé quién es, así que ¿para qué? Sé lo que cada uno me ha puesto sin necesidad de mirarlo. ¿Quieres hacer la prueba?

Asintió y le di el móvil. Ella tenía que leer los mensajes a la vez que yo le decía lo que ponía en cada uno de ellos, y estaba segura de que lo acertaría todo.

—Veamos. El mensaje de mi tía pone: «Noelia, ¿dónde estás? Como no vuelvas a casa en diez minutos, date por castigada». —Sonia sonrió, asintiendo—. Sinceramente, no sé por qué dice que me castigará. Ya soy mayor de edad, pero a ella le encanta decirlo.

—Porque te quiere.

—Lo sé —le respondí seria. Moví la cabeza para no ponerme triste y proseguí—: El de Marcos pone: «Noelia, por favor, dime dónde estás. Tenemos que hablar de lo que ha pasado», y bla, bla, bla. ¿A que sí?

—La verdad es que sí, pero hay otro que no acertarás, y yo tampoco te lo diré.

Alcé una ceja y le quité el móvil de las manos. Iba a abrirlo, pero decidí que no era buena idea, así que lo guardé después de apagarlo para no tener que estar escuchando el sonido cada cinco minutos. Sonia se encogió de hombros y nos concentramos cada una en nuestros platos.

Sobre las una de la madrugada salimos del apartamento y, ambas, subidas en mi moto, nos encaminamos hasta la Gran Vía, donde se haría la carrera.

Sonia no estaba demasiado lejos, y en menos de veinte minutos llegamos. Había muchas motos, muchas personas, y no conocía a casi ninguna. Miré a mi alrededor mientras me quitaba el casco y vi a Daniel junto a una pelirroja pechugona que no le quitaba la mano de encima, aunque él tampoco a ella. Sinceramente, no me molestó, y agradecí que tuviera un juguete nuevo para que me dejase a mí en paz lo que durase la carrera.

—¿Has visto a mi primo? —me preguntó Sonia, y yo asentí, mirando al frente.

Dejé la moto bien aparcada y el casco sobre esta con su candado para que no me lo robasen. Comenzamos a caminar, buscando alguna cara conocida.

—No conozco a nadie esta noche. ¿Quiénes son? La verdad es que jamás los había visto. ¿Y tú?

—Conozco a algunos de vista, y allí está el estúpido que Albert con Penélope y Edgar. ¿Nos acercamos a saludarlos?

Con las cejas alzadas, giré sobre mis tacones.

—¿Estás loca? Albert es un gilipollas que esta noche hará trampas para ganar. No voy a acercarme y que vea lo cagada que estoy —murmuré nerviosa.

—Y si estás tan cagada, ¿por qué has venido, Noe?

—Por el dinero. Ya te lo he dicho.

Se encogió de hombros y nos dirigimos, a mi pesar, hasta Daniel para saber a quién debía ganar. Solo esperaba que no tuviera que correr en contra de él, porque entonces sí que estaba perdida. Hacía mucho que no corría, por lo que podría estar baja de forma, incluso mis reflejos podrían estar oxidados. Pero esa noche tenía que volver Noelia la Corredora, o estaría perdida.

Cuando llegamos hasta él, me miró de arriba abajo, lamiéndose los labios, y yo puse cara de asco. ¿Qué se creía? Su mera presencia me daba arcadas, y ya estaba cansada. Si me hubieran dicho hacía un mes que llegaría un momento en el que no podría ni mirarlo a la cara, no me lo habría creído.

—¡Hola, pequeña! ¡Pensé que te rajarías! —exclamó en tono burlón.

—Eso es lo que tú hubieras querido, capullo —le respondí furiosa.

—Vamos, solo era una broma. Deja ese carácter para la carrera. Te hará falta.

—¿Y eso por qué? ¿Acaso tengo que ganarte a ti?

Negó, sonriendo de lado. Ya tenía ganas de patearle las pelotas.

—Ha llegado un desconocido, y en las pruebas le ha ganado a Albert. Ya sabes que, aunque me cueste reconocerlo, él es el mejor.

Comencé a mirar a mi alrededor, clavando mis ojos en cada uno de los corredores, pero no vi a nadie fuera de lugar, y mucho menos misterioso.

—No busques, no lo vas a ver. Ha pedido expresamente ponerse en la línea de salida directamente.

—¿Y no sabéis quién es? —me interesé.

Por algún motivo que desconocía, estaba nerviosa y ansiosa por saber de quién se trataba. No tenía miedo, eso no, pero al menos tenía derecho a saber quién iba a ser mi contrincante, ¿no?

Seguimos un rato más escuchando a Daniel, viendo cómo le babeaba a la pelirroja, de la cual aún no sabía ni su nombre. Aunque... ¿a quién quería engañar? Por mí como si se llamaba Ariel. No me interesaba para nada. De igual manera, sabía que la estaba usando para darme celos, y el muy estúpido creía que yo estaría celosa. Pobre ignorante. Si supiera que hacía solo unas horas me había acostado con Marcos y que había sido mucho mejor que todos los polvos que había echado con él...

Los minutos pasaban y yo seguía nerviosa. Aún no se sabía quién era el misterioso corredor del que todos hablaban. Solo sabíamos que se hacía llamar Rayo. Vaya estupidez. En serio, ¿Rayo? Seguro que era un pringado que se había cansado de jugar a la Xbox.

—¿Estás bien? —Sonia tocó mi hombro.

—Sí, ¿por qué?

—No sé, desde que te has enterado de que había un corredor misterioso, estás ausente. ¿Acaso crees que puedes perder?

Negué, moviendo la cabeza exageradamente.

—No, pero si dice que le ha ganado a Albert, es que es muy bueno.

—Tú también lo eres, y sabes que eres capaz de ganarle a Albert.

Me encogí de hombros.

Daniel se acercó a mí para avisarme de que ya iba a comenzar la carrera y, cómo no, el misterioso y yo éramos los primeros. ¿Por qué no me sorprendía? Asentí sin mirarlo y me dirigí a mi moto para subirme y ponerme en la línea de

salida. Una vez allí, esperamos unos cinco minutos, hasta que «Rayo» se dignó a ponerse a mi lado. Cuando lo hizo, lo miré y comprobé que él hacía lo mismo, aunque no podía verle los ojos por el casco. Ni siquiera reconocía la moto. ¿Quién sería?

La pelirroja que estaba con Daniel se puso en medio de los dos para dar paso a la carrera. Se quitó el pañuelo amarillo del cuello y subió el brazo, dejando que el pañuelo bamboleara con el aire. En esos momentos era cuando mi cuerpo se erizaba y se ponía en tensión por la adrenalina que comenzaba a recorrerme de pies a cabeza. Un minuto fue suficiente para que «Ariel» bajase el pañuelo, y acelerando a la vez que las ruedas derrapaban en el asfalto, salimos de la línea de salida, metiéndonos de lleno en la carretera, no muy transitada en esos momentos.

Durante unos segundos, perdí de vista a Rayo. Ya pensaba que me había adelantado, pero lo vi ponerse a mi lado. Me imaginaba a un chulito, sonriéndome de lado como si se sintiera el rey de la carretera. Entonces, cuando pensábamos que la carrera sería tranquila, los conos amarillos que habían colocado adrede nos llevaron hacia la vía más transitada de Madrid, donde sí había muchos coches. Era tarde, demasiado para que hubiera tantos.

Dejé de mirar a mi contrincante para concentrarme en la carretera y no estrellarme. Además, teníamos que estar pendientes de no ver a ningún policía que nos detuviera por ir a casi doscientos por hora. Estaba siendo muy tranquilo, demasiado para ser real, y por un momento pensé que la carrera la ganaría, pero Rayo se me cruzó, poniéndose delante de mí y mirando hacia atrás para hacérmelo ver.

—¡Capullo! —grité, como si fuese posible ser escuchada.

Sortee los coches, acelerando al máximo mi moto, mi antigua moto. Pensé que no estaría a tope, pero me equivoqué, pues no la recordaba tan rápida. Teníamos que llegar hasta el final de la Gran Vía y volver, y todo eso en menos de una hora. El primero que llegase ganaría mil euros, así de fácil.

Dimos la vuelta, y ahora lo tenía detrás. Pero parecía que me había dejado, como si no quisiera ganar, y eso era peor que hacer trampas. Tenía ganas de llegar, verle la cara y gritarle cuatro cosas al muy estúpido.

Para nuestra desgracia, todos los semáforos se pusieron en rojo, por lo que era hora de acelerar lo máximo posible para pasarlos sin ser vistos por la policía. Aceleré tanto que pasé de los doscientos, y unos minutos después escuché las sirenas.

—¡Joder! Ya sabía yo que no era buena idea. ¿Por qué seré tan gilipollas?
—me regañé a la vez que encontraba un callejón.

Tenía que conseguir despistarlos, y así lo hice. Seguramente, la carrera ya la tendría perdida, pero era eso o pasar la noche en un calabozo, y entonces sí que tendría que llamar a mi tía. Y no, no estaba dispuesta a eso. Era preferible decirle lo que tenía que pagar por el arreglo del coche antes de que tuviera que pagar la multa que me pondrían.

Esperé unos diez minutos, aparcada en aquel callejón y sin quitarme el casco. Cuando no escuché nada, salí por el otro lado y me dirigí un poco más despacio hacia el lugar de la concentración, donde todos estarían esperándome y celebrando cómo el «nuevo» ganaba a la veterana.

Cuando llegué, me sorprendí al ver al misterioso Rayo parado antes de cruzar la línea de llegada. No entendía por qué lo estaba haciendo si podía ganar y llevarse el dinero. Llegué hasta él y me puse a su lado para que la cruzara, pero negó y me instó a hacerlo yo.

Los demás estaban pitando, pero al ver lo que hizo, dejaron de hacerlo y el silencio reinó en el lugar. Crucé la línea y, al hacerlo, me bajé de la moto y me quité el casco, esperando que él hiciera lo mismo. Y lo hizo, claro que lo hizo, y me dieron ganas de matarlo cuando supe quién era.

—Pero ¿tú eres tonto? ¿Ves por qué te digo gilipollas? Te las ganas, Marcos.

Mi amigo me miraba desde su moto, con el casco bajo el brazo, con esa sonrisilla que tanto odiaba, y más cuando me daban ganas de matarlo, como en ese momento.

—¿Qué pasa? Encima de que he esperado a que llegaras. Sé que la policía iba tras de ti. ¿Qué querías que hiciera? ¿Trampas?

—¡No! Pero ¡tampoco deberías estar aquí! —exclamé.

La voz de Daniel me sobresaltó cuando fue hasta nosotros como un loco. Su objetivo era Marcos, y mi amigo, en vez de relajarse para no tener bronca, se bajó de la moto y se puso frente a él.

—¿Ahora tenemos pelea de gallos? En serio, me dais pena —dije, poniéndome en medio de los dos.

—Quítate, Noelia —me pidió Marcos entre dientes.

—Eso, quítate, pequeña —lo imitó Daniel.

—De eso nada. ¿Os creéis que soy tonta? No voy a dejar que os partáis la cara.

—Sinceramente, me importa una mierda lo que tú quieras. A este desgraciado le tengo ganas desde hace años, y esta es mi oportunidad de cóbramelas todas —escupió Daniel, empujándome para encarar a mi amigo.

—¡No la toques, gilipollas! —exclamó Marcos, empujando a Daniel.

Miré hacia arriba y sentí una mano coger mi brazo. Me giré y era Sonia. Me sentía cansada y lo único que quería era coger el dinero e irme a mi casa a descansar.

—¿Vas a dejar que se maten? —me preguntó Sonia cuando vio que me daba la vuelta para irme.

—Sí, paso de estos dos —le respondí, mirándolos.

Estaban dándose puñetazos, y lo peor de todo era que nadie intervenía. Estaban apostando. Era absurdo.

—Noelia, por favor. Marcos le está dando una paliza a Daniel. Impide que lo destroce y llévatelo. Solo a ti te escuchará —me suplicó.

Bufé cabreada. Me di la vuelta y me acerqué a ellos. Cogí el casco de Marcos y me puse justo a unos centímetros de los dos. Daniel estaba debajo de mi amigo y ya tenía la nariz ensangrentada. Me estaba preocupando la intensidad con la que mi amigo golpeaba a mi ex. No podía creer que fuera así. Nunca fue agresivo, pero ahora parecía una persona distinta.

—¡¡Marcos, para!! —grité, cogiéndolo del brazo—. Lo matarás.

Paró en seco al oírme y se separó del que tuvo que ser ayudado por su prima para levantarse.

—Esto no se quedará así, Marquitos —lo amenazó Daniel antes de ser arrastrado a su moto.

Unos minutos después, se largó. Entonces, Albert se acercó a mí y me dio el sobre con el dinero. Se lo agradecí. Me volví hacia mi amigo y tiré de él para que cogiera su moto.

—Sígueme —le pedí de mala manera.

Arrancó y fue detrás de mí hasta mi moto, y yo me subí.

Llegamos a mi casa sobre las cinco. Metí la moto en el garaje y Marcos la dejó en la puerta. Se bajó y, cuando yo lo hice, se abalanzó sobre mí y me besó desesperado, inundando mi boca con su lengua, devorándome como hacía horas, convirtiendo mi cuerpo en lava, una que incluso le quemaría a él. Durante unos minutos no quise que me soltara, que dejara de besarme, pero me obligué a separarme, y cuando lo logré, le pegué una bofetada con todas mis fuerzas.

—¡No vuelvas a besarme!

Su intensa mirada me traspasaba, me dejaba bloqueada, y no podía permitir que eso sucediera; no ahora que sabía que mi amiga estaba interesada en él. Marcos y yo solo éramos amigos. Siempre lo fuimos y así debía seguir.

Me estaba poniendo las cosas muy difíciles, y más cuando le daba exactamente igual que lo golpeará, que lo insultara, sobre todo teniendo en cuenta que tenía el poder de hacer conmigo lo que quisiera, como que yo lo dejara besarme a su antojo, hacerme suya cuando quisiera o devorarme, como ya me había demostrado. Pero no. No dejaría que ocurriera de nuevo.

—No puedes besarme cada vez que te plazca —insistí, dándome la vuelta para no mirarlo más.

—¿Por qué no? Tú y yo sabemos que te gusta tanto como a mí. Me deseas tanto como yo a ti, Noelia, y eso no puedes negarlo —afirmó, poniéndome nerviosa.

Me di la vuelta para mirarlo de nuevo, para encararlo y gritarle que lo odiaba demasiado como para sentir algo más que eso.

—¡Estás muy equivocado! Nos hemos acostado, sí, pero no habrá nada más entre tú y yo, porque, óyeme bien, te odio con todas las fuerzas de mi corazón —le dije claramente, clavando mis ojos en los suyos, haciéndole sentir la intensidad de lo que le decía con solo una mirada.

No se lo creyó. Lo conocía bien, y su sonrisilla, esa que tanto coraje me daba, estaba ahí de nuevo, provocándome como le gustaba. Clavé mi dedo índice en su pecho, haciendo más presión de la debida para que notara mi uña. Quería hacerle daño, así como él me lo hizo a mí, así como pretendía hacérmelo de nuevo. Esta vez yo era más fuerte, no era la misma Noelia adolescente que lo necesitaba a todas horas para poder vivir en paz.

—Eres un estúpido, ¿lo sabías? Odio cuando te pones chulo. Siempre lo hice.

—No me pongo de ninguna manera, y si eso fuera cierto, me lo habrías dicho, ¿no crees? —ironizó, cogiendo mi mano para separarla de su pecho.

—Eres un capullo.

—¿Algo más?

—Gilipollas.

—Venga, sigue. Seguro que todavía tienes algo más que decirme. No te cortes.

—¡Arg! ¿Por qué te odio tanto?, ¿por qué haces que te desee?

Sus ojos se abrieron tanto que pronto se le saldrían de las órbitas. Me acerqué a él lentamente, como si fuera mi presa, como si fuera a escaparse, y cuando lo tuve a escasos milímetros de distancia, pasé mi lengua por sus labios, recorriendo cada centímetro de esa boca que tanto me provocaba. Marcos se tensó; lo noté. Entonces, sus manos fueron a mis caderas y me alzó hasta sentarme en la mesa antigua de mi padre. Me abrió las piernas y se colocó en medio, rozando su notable erección por mi sexo. Aun estábamos vestidos, pero noté la necesidad de cerrar las piernas, apretándolas ahí abajo, donde la necesidad me estaba matando.

—¿Me odias? —me preguntó socarrón.

—Sí, te odio.

Cogió mis mejillas y pegó nuestros labios. Entreabrí la boca para dejarle acceso a su lengua y poder saborear el odio y el deseo que tanto sentía por él. No me entendía, no comprendía por qué hacía todo aquello si después lo único que necesitaba era golpearlo, dejar marcada mi mano en su rostro, y más cuando se burlaba de mí como si fuera una estúpida.

Sus manos bajaron hasta mis pechos y rozó con sus dedos mis pezones ya erectos. Estaba muy excitada, mucho más que esa misma mañana, cuando me había hecho suya por primera vez. Me había jurado a mí misma que no volvería a hacerlo, que no caería en sus redes, pero allí estaba, dejándome besar, tocar, provocando con eso que me olvidase de todo lo malo que inundaba mi mente.

Al separarse, me miró con lujuria y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—No me odias tanto como me haces creer —aseguró—. Si así fuera, no te dejarías tocar de esta manera —rozó mis pezones de nuevo— ni saborear tus labios con las ansias con las que los saboreo. —Me besó.

Y toda esa estupidez, lo único que provocó en mí fue que me cabreara aún más. Ya no quería que me tocara ni que me besara. Mis ojos se oscurecieron, pero esta vez sí fue por ese odio que tanto le demostraba.

—Me acabo de dar cuenta de por qué digo que te odio.

—¿Por qué?

—Porque acabas de recordarme el motivo.

—No te entiendo.

—Pues estoy siendo muy clara.

—No, no lo estás siendo.

Mis manos subieron hasta las suyas y las aparté de un manotazo de mis tetas. No quería que me tocara más, no a menos que fuera yo la que se lo pidiera, y eso no volvería a pasar. Me miró sorprendido y lo empujé para poder alejarme de él. Desde que había llegado, era lo único que necesitaba: alejarme, no verlo, hundirme en mi miseria, en los recuerdos que me agotaban a diario y hacían que quisiera dormir durante días.

—Noe, ¿qué pasa? —me preguntó, intentando acercarse a mí.

—Vete, Marcos —le pedí con tranquilidad.

—No, ¿por qué? Pensé que querías estar conmigo.

—Ya ves que no.

—Pero...

—¡Que te largues de aquí de una vez! —exclamé, alzando la voz.

Se puso frente a mí para que lo mirase, para mirarme, para hacer que claudicase en lo que le pedía, pero no iba a conseguir nada de mí, no aquella noche. Alcé mis ojos y allí estaban los suyos, suplicándome, rogándome que no lo echase.

—¿Sabes qué es lo más gracioso de todo esto? —Negó—. A fin de cuentas, eres un estúpido enamorado.

—¿A qué te refieres?

—Estás enamorado de mí, Marcos —afirmé convencida.

Supuse que realmente no lo estaría, pero quería que él creyera que yo lo pensaba para que se fuera de una vez.

—No sé por qué lo dices. Tú y yo solo somos amigos —me aclaró nervioso.

—Cierto, somos amigos, pero hasta un ciego se daría cuenta de que te has enamorado. No hay más que ver cómo me miras —insistí—. Y te pido que no lo hagas más difícil. Solo quiero que te vayas, así como te fuiste hace años, y que no vuelvas. Esta vez, no vuelvas.

Dicho eso, me di la vuelta y me dirigí al interior de la casa, donde me permití llorar como una estúpida por alguien como él. Marcos me había hecho ver que lo único que quería era sexo, y sí, yo también, pero no podía tratarme como una cualquiera. Eso no se lo iba a consentir.

Subí a mi habitación y me encerré en ella. Miré la hora y eran casi las seis de la madrugada. No sabía que habían pasado tantas horas, y no tenía sueño,

así que me acerqué a la cajonera de madera blanca, la abrí y saqué mi cuaderno de escritura, ese que había guardado hacía más de una semana y que no había vuelto a sacar. Quería escribir. Mi mente estaba llena de ideas para la nueva novela que estaba escribiendo y no iba a desaprovechar el momento. Volví a la cama y me recosté en ella, con libreta y bolígrafo en mano.

Los golpes en la puerta de mi habitación me hicieron abrir los ojos. El corazón se me iba a salir por la boca del susto, y casi me caí al levantarme acelerada para saber quién golpeaba así.

—¡Ya voy! —grité, arrastrando los pies.

Abrí y mi tía entró como un vendaval. «Eso pasa», pensé, abriendo los ojos con sorpresa.

—¿Se puede saber dónde has estado toda la noche? —me preguntó enfurecida.

Nunca me había hablado así, y estaba cabreada. ¿Qué le pasaba? Me acerqué a la cama, donde me senté y me tapé la cara con las manos.

—Llegué tarde, lo sé.

—¿Tarde?! No, tú no llegaste tarde, Noelia —ironizó.

—¿Quieres dejar de hablarme así? —Me levanté de nuevo—. ¿Qué te pasa?

—No eres consciente de las cosas que haces. ¡Joder! Ya no eres una cría.

Seguía sin explicarme el motivo de su humor, y mucho menos entendía por qué me estaba hablando de esa manera. Caminé hasta el baño y me encerré en él para ducharme. Si no me iba a decir qué le pasaba, ¿para qué seguir escuchándola?

—¡¡Noelia, sal de ahí ahora mismo!! —vociferó, pero la ignoré.

Me desnudé y me metí bajo el chorro de agua mientras mi tía seguía gritando como una auténtica loca. Si me iba a matar, por lo menos estaría limpia, ¿no?

Seguía gritando, intentando abrir la puerta, pero bajo el agua me costaba escuchar con claridad lo que decía. Unos minutos después se dio por vencida y el silencio reinó en las cuatro paredes. Terminé y, tras ponerme el albornoz, salí del baño y me la encontré sentada en mi cama, esperándome. Suspiré agotada y, al comprobar que estaba más tranquila, me senté a su lado.

—¿Qué te pasa? Nunca te has puesto como hoy...

—Será porque nunca he sabido lo que haces.

Fruncí el ceño.

—No sé a qué te refieres. Yo no hago nada —le aseguré no muy convencida.

Si había una persona sincera en mi vida, esa era ella, y si decía algo de mí, era porque tenía la certeza de lo que aseguraba. No era una mentirosa, y eso me lo había demostrado en muchas ocasiones.

Cerré los ojos fuertemente, intentando borrar cada cosa que entraba en mi mente, como si haciendo eso fuera posible.

—Sé lo de tus carreras, Noelia. Y, créeme, me he sorprendido al enterarme. ¿Por qué lo haces? ¿Es por dinero? —Negué—. Entonces, ¿a qué viene eso? Nunca en mi vida podría haber imaginado que tú, una muchacha que lo tiene todo, tenga la necesidad de ponerse en peligro.

Me levanté para volver a ignorarla. Siempre había imaginado el día en el que mi tía me diría que sabía lo de las carreras, pero nunca me había puesto en la piel de ella al enterarse. Podría estar pasándolo mal, peor que yo, pero eso no era nada comparado con cómo me sentía. ¿Cómo explicarle eso? ¿Cómo decirle el motivo?

—Mírame cuando te hablo, señorita.

—Tía, no me trates como a una niña pequeña, porque no lo soy —claudiqué, dándome la vuelta.

—Pues cuando comiences a comportarte como una mujer, te trataré como tal. Mientras tanto, seguirás siendo una niña para mí.

Bufé, exasperada. Esa conversación ya estaba tomando un rumbo que no me convenía y, al final, le diría algo hiriente para que me dejara en paz.

—Métete en tus asuntos.

—Por desgracia para ti, tú eres mis asuntos —expresó decaída—. Mira, Noelia, no quiero meterme en tu vida, pero si un policía viene diciéndome que han pillado a mi sobrina a una velocidad no permitida, ¿qué quieres que haga, que lo deje pasar?

La miré con los ojos bien abiertos y la frente arrugada.

—¿Ha venido la policía? —Asintió—. ¿Y qué les has dicho?

—Que no estabas, pero vendrán de nuevo, por eso necesito saberlo todo para poder ayudarte.

Mi cabreo fue subiendo tanto que acabaría tomándola con ella. Sabía que alguien había dado el chivatazo. Alguien tenía que haber dicho mi nombre y por eso vinieron, si no, ¿cómo lo había sabido? Nunca me habían pillado, ni

cuando hacíamos las carreras más arriesgadas.

—No necesito tu ayuda —le dije entre dientes.

—¿Cómo?

—Que no necesito tu maldita ayuda. Sé apañármelas sola, como siempre —escupí, y una lágrima se escapó de uno de los bonitos ojos de mi tía Lidia.

—No te atrevas a decir que siempre te las apañas sola. ¡Yo estoy aquí! Siempre he estado —gritó conmovida.

—No digas estupideces. Sabes que desde hace un tiempo no tengo tu ayuda para nada, así que no vengas a dártelas de madre del año, ¡porque no eres mi madre! —exclamé, y su mano chocó con mi cara.

No sabía si el dolor que sentía era porque me pegó y la nariz me dolía o por haber herido sus sentimientos. Me estaba comportando como una hija de puta con ella, y no se lo merecía. Ahora estaba claro: la culpa de mi humor cambiante era de Marcos. Él era el culpable de mi cambio, de que no quisiera saber nada de nadie.

Sin decirle nada, me di la vuelta y volví a encerrarme en el baño, hasta que escuché la puerta de mi habitación cerrarse de un portazo. Fue entonces cuando me di cuenta de que otra vez estaba sola.

Estuve todo el día metida en mi habitación, sin comer ni ver a nadie. De todas formas, no quería saber nada. Lo único de lo que tenía ganas era de estar sola, así que eso fue lo que hice.

El tiempo lo aproveché para escribir un poco de la historia que quería contar. Se trataba de una joven de quince años que se enamoraba perdidamente del mejor amigo de su hermano, siendo este consciente de su amor, quien también la correspondía. Pasaban demasiadas cosas entre ellos, cosas que los harían ser más fuertes pero también más débiles.

No podía evitar sentirme como la protagonista. Ella tenía ese amor que tanto deseó, una familia que, aunque tenía sus más y sus menos, estaba a su lado. Y, aun así, se sentía sola. Sola, como me sentía yo desde hacía años.

¿Qué más daba con cuántos hombres me acostase? ¿Qué más daba que lo hiciera ahora con Marcos? ¿Qué quería conseguir con ello? ¿Atención, amor, alguien que estuviera pendiente de mí?

No podía reclamarle a mi tía el no estar conmigo cuando no era cierto... Ella lo estaba. Incluso mucho antes de yo nacer, allí estaba con mi madre. Y esa mujer... ¿dónde estaba? ¿Alguna vez había querido conocerme? Y si eso hubiese sido así, ¿por qué no había ido a buscarme? ¿Por qué en todos esos años no había sabido nada de ella?

Demasiadas preguntas para un solo día.

Me levanté de la cama y salí de mi habitación, sabiendo que mi tía ya estaría durmiendo debido a las horas que eran. La oscuridad reinaba en todo mi hogar, y aunque jamás me había dado miedo, no podía evitar sentirme un poco asustada en ese momento.

Bajé las escaleras más rápido que de costumbre y, al llegar al piso de abajo, encendí la luz del pasillo y caminé hasta la cocina, donde, al encenderla, pegué un grito por el susto.

—¿Qué haces a oscuras?! —grité a pleno pulmón.

Mi tía estaba sentada en la barra, con una taza entre sus manos. La observé desde la puerta y me dolió ver su semblante dolido. Tenía el pelo recogido en un moño mal hecho y, al estar desmaquillada, podía ver esas pecas que dibujaban sus mejillas. Era de una tez tan blanca que parecía porcelana. Sus

ojos azules eran iguales que los míos: como el cielo.

No me miró y siguió con su chocolate. Sabía exactamente cuál era su estado de ánimo; solo ella podía hacérmelo ver. Cuando se sentía mal, cabreada o decepcionada conmigo, solo una taza de chocolate la calmaba.

Me acerqué a ella y posé una mano en su hombro.

—¿Aún queda chocolate? —Se encogió de hombros—. ¿Te importa que me lo tome contigo? —Mi voz salió con súplica. Sí, yo suplicándole.

—Yo me voy a la cama ya —expresó, levantándose de la banqueta.

—Tía, espera, por favor. —Antes de salir de la cocina, se dio la vuelta y me miró con el ceño fruncido—. Lo siento, ¿vale? Siento mucho lo que te dije antes. No pienso eso ni mucho menos —me disculpé. Ella siguió mirándome sin decir nada—. Sé que soy una irresponsable y que hago las cosas sin pensar, pero no sabes todo lo que me ha pasado estos días.

—Te equivocas, sí que lo sé. ¿Crees que soy estúpida, Noelia? Cuando tú vas, yo ya vine tres veces —declaró con altivez—. Sé que te has drogado, que bebes mucho cuando estás con ese tipo, y sé que desde que volvió Marcos no eres la misma. —Abrí los ojos, sorprendida; demasiado, a decir verdad. Jamás imaginé que mi tía supiera todo lo que yo hacía—. No sé de qué te sorprendes. Además, tengo que recordarte que conozco a tu mejor amiga y que ha estado muy preocupada por ti.

Agaché la cabeza y pensé en Celia y en lo mal que lo había pasado por mi culpa. Pobre chica, qué mala amiga había sido con ella, y encima me acosté con el chico que le gustaba. No tenía remedio.

—Lo siento —me disculpé de nuevo.

Es lo único que mis labios podían pronunciar en ese momento.

—No se trata de sentirlo o no, Noelia, sino de no volver a hacerlo, y estás muy lejos de dejarlo —afirmó con desdén, sabiendo que eso me cabreaba.

Ella siempre confió en mí, y ahora... Ahora ya no sabía si seguía haciéndolo.

—No sé qué quieres que haga —le dije, mirando mis pies descalzos.

—Quiero que dejes de correr y todo lo que esa vida conlleva. Quiero que te centres en tus estudios y los acabes de una vez. Quiero que cojas las riendas de tu vida de una vez por todas y te labres un futuro. ¿Te estoy pidiendo demasiado? No creo. Solo quiero que seas feliz, pero si sigues así, acabarás mal, Noelia. Piénsalo.

—No puedes pedirme que deje lo que me da la vida. Nunca podré dejar de

correr.

—¿Por qué no? ¿Acaso hacerlo te hace tan feliz? ¿Crees que haciéndolo te sentirás mejor?

Cada palabra que salía de su boca era como una puñalada en mi pecho. Alzaba la voz, gritándome como nunca, y ya estaba cansada de vivir así.

—¡Sí! Correr me hace feliz, me da la vida... Hace que me sienta bien y liberada. Desde que murió papá, no he vuelto a ser la misma, y las carreras fue lo que me ayudó a superarlo —afirmé, mirándola de nuevo.

Al hacerlo, vi que sus ojos me observaban con dureza, con rencor, con molestia. La relación que siempre había tenido con mi tía se estaba yendo al garete, y todo porque no podía aceptar lo que me hacía realmente feliz. ¿Por qué le costaba tanto verlo? Estaba cansada de explicarle todo y no ser escuchada como era debido.

Me acerqué a la puerta para salir, pero me agarró del brazo, obligándome a pararme frente a ella.

—Si no dejas las carreras, me veré obligada a echarte de casa, Noelia. Tú sabrás lo que haces, pero no puedes seguir así —sentenció.

—No te preocupes, te ahorraré el mal trago. ¡Me voy! —exclamé, soltándome de su agarre.

Le eché una última mirada y salí de la cocina para subir a mi habitación y recoger mis cosas. No esperaba ni a la mañana siguiente.

Recoger todas mis cosas fue doloroso, y más cuando comencé a recordar el día que llegué.

—¿Te gusta tu nueva habitación? —me preguntó mi padre mientras me enseñaba mi nueva casa.

Era enorme, demasiado para mi gusto, pero si él era feliz, yo también, y más ahora, que no me separaría de mi tía nunca.

Asentí, mirando todo a mi alrededor. Mi padre se había esmerado tanto en arreglar mi habitación para que se pareciera a la de Tenerife que incluso lloré de alegría. Todo era igual: mi cama de madera blanca, el ropero y las mesillas de noche del mismo color, los cuadros de Londres... Ese era mi sueño, viajar allí y a muchos sitios más, pero Londres era mi lugar favorito y, sin duda, un lugar con el que soñaba para quedarme a vivir.

Todo era igual, incluso tenía la misma colcha, esa que mi abuela tejió con todos los parches que yo coleccionaba. Esos parches eran de todos los países que quería conocer, y tenía una gran colección. Mi abuela, antes de

morir, lo terminó y me lo dio en mi doceavo cumpleaños. Meses después, nos dejó.

—Me encanta, papá. Muchas gracias —le respondí, abrazándolo. Mi padre me alzó y me dio un beso en la frente.

Unas estúpidas lágrimas se escaparon de mis ojos. Me las borré con dureza, sintiendo odio mezclado con dolor; un dolor que sabía que no sería borrado en mucho tiempo.

Habían pasado muchas cosas entre esas cuatro paredes: momentos con Marcos, con Celia, con mi padre, con ella... Y ahora lo dejaba todo atrás para, por fin, hacer mi vida. La que siempre soñé.

—Hola, ¿puedo pasar? —me preguntó Marcos desde el umbral de la puerta.

—Ya estás dentro. No sé para qué preguntas.

Me había cabreado con él hacía unas horas porque me había dejado tirada en la carretera. No me dejaba correr, aun sabiendo que yo era mejor que él. ¿Por qué los chicos no podían aceptar que éramos mejores que ellos?

—Veo que sigues enfadada.

—¿Tanto se me nota? No, no me respondas. ¿Qué quieres? Creo que anoche te dejé muy claro que no quería volver a verte, y aquí estás. Después no quieres que te trate como a un tonto —expresé, y Marcos esbozó una sonrisa.

Cansada de verlo allí parado frente a mí, me levanté de la cama y comencé a empujarlo para echarlo de mi habitación. Él era mucho más fuerte que yo, así que cogió mis muñecas y, tras echarme hacia atrás, cerró la puerta con pestillo y se puso sobre ella para que no pudiese abrirla.

—¿Estás tonto o qué? No vuelvas a tocarme con tus sucias manos.

—¿Quieres dejar de insultarme? —Negué—. He venido a disculparme, a arrastrarme si es posible, pero no me dejas hablar.

—¿A arrastrarte? —Alcé una ceja, divertida—. No te veo por el suelo. Lo haces muy mal, como todo.

Bufó desesperado y se sentó en la cama, confiando en que ya no lo echaría de mi habitación. Como siempre, él ganaba la batalla. ¿Cuándo llegaría el día en el que yo ganase la guerra?

—Sí, pero creo que sentado en la cama lo haré mejor —afirmó. Dio unas palmaditas en el colchón, invitándome a sentarme a su lado.

—¿Te crees que soy un perro?

—¿Vas a cuestionar todo lo que haga o diga?

—Si es posible, sí.

—Ya veo.

Caminé hasta él, me senté a su lado y, cómo no, Marcos me regaló la sonrisa más perfecta que nadie jamás me había enseñado, y sabía que no volvería a ver ninguna parecida a la suya. Mi amigo era demasiado guapo para ser mi amigo. Y no, no tenía nada con él. ¡No! No me gustaba nada.

—¿En qué piensas? —quiso saber.

—En que no me gustas nada.

Alzó las cejas y yo solté una carcajada.

—¿No?

Negué, riéndome.

—Solo sé que eres mi mejor amigo y que así te quiero.

—Yo también te quiero, Noe.

—Y ahora te odio —murmuré, guardando la última prenda que tenía colgada en la percha.

Había llenado dos maletas como si no fuera a volver jamás, pero realmente era lo que quería: irme para siempre.

Una vez terminada la recogida, me vestí y, tras echar una última ojeada a mi habitación, salí de ella y cerré despacio para que mi tía no me escuchara, aunque podría jurar que sentí su mirada en mi espalda.

No había marcha atrás, y ahora solo me quedaba buscar a dónde ir. De momento, solo podía quedarme en un lugar, y ese estaba muy cerca. Caminé hasta la parte trasera de mi casa y fui hasta la cabaña. Sí, la cabaña, donde me acosté por primera vez con Marcos, donde también había vivido demasiadas cosas con él. ¿Era masoquista? No, pero no podía ir a otro sitio, de momento.

El sonido de mi móvil martilleó mi cabeza como si lo tuviese dentro. Abrí los ojos y me alegré de haber cerrado las persianas cuando llegué; por lo menos el sol no me cegaría tan pronto, ¿no?

Me levanté cansada, pues no había dormido más de tres horas, y lo cogí sin mirar quién era.

—Noelia, ¿dónde cojones estás?

La voz de Celia me despertó por completo.

—Hola, Celia. ¿Cómo estás? —le pregunté, ignorando su pregunta.

—No me cambies de tema. ¿Dónde estás? —insistió.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Venga, Noe. Tu tía está muy preocupada. —Suspiré, soltando una sonrisita sarcástica—. ¿A qué ha venido eso? Tu tía me llamó desesperada hace una hora. Noelia, ¿dónde estás?

—No te lo diré, pero sí quiero verte. Necesito hablar contigo.

—Está bien. Te espero en mi casa en media hora.

Alcé una ceja, incrédula.

—¿Media hora? Eso es lo que tardaré en espabilarme. Mejor en una hora, ¿vale?

—Está bien, te espero en una hora, y pobre de ti como no aparezcas.

—No, pobre de ti como le digas a mi tía que voy a tu casa.

Colgué antes de escuchar su respuesta. Me levanté y fui al baño para asearme. Menos mal que no me olvidé de guardar mi pasta de dientes, si no, tendría un problema. Al terminar, me vestí y fui directa al garaje de mi padre, que, gracias a Dios, estaba lejos de la puerta de casa. Lo abrí y, tras ponerme el casco, me subí en mi moto.

El camino hacia la casa de Celia fue más corto de lo esperado, pero, claro, eso pasaba por conducir a una velocidad no permitida, como a mí me gustaba. Era como volar, sentir esa libertad que metida en casa no podía permitirme. Era lo mejor que me había pasado en la vida: poder conducir una moto, fuera de la manera que fuese.

Durante unos minutos, me paré en el semáforo que estaba justo antes de doblar hacia la calle de Celia, y ese instante, ese pequeño momento, hizo que pensara en él. ¿Por qué? No lo sé. Fue como si se hubiera apoderado de mí, de mi mente, de mi cuerpo y de mi... corazón. No, ahí jamás iba a dejar que entrase, ni él ni nadie.

Los cláxones comenzaron a sonar, pues el semáforo ya había cambiado de color, y tras insultar al capullo que tenía detrás, arranqué. Solo unos segundos después estaba aparcando delante del edificio de mi amiga. Bueno, esperaba que siguiera siéndolo. Me bajé de la moto y, con el casco en la mano, caminé hasta la entrada. Mi pecho se comprimió, poniéndome nerviosa. Era como si fuera a ir a la horca, y no tendría que sentirme así con mi amiga.

Me subí al ascensor y, cuando llegué al piso indicado, fui directa hasta la puerta. Con las manos sudorosas, di unos toques en la puerta, casi silenciosos. Aun así, mi amiga abrió enseguida. Me estaba esperando, de eso no cabía duda.

—Tienes buena cara —me dijo nada más verme.

Abrí los ojos, sorprendida; muchísimo, a decir verdad.

—¿Eso es todo? —le pregunté perpleja—. Pensé que me echarías la bronca, como siempre. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi mejor amiga?

Celia cogió mi brazo y me obligó a pasar. Estaba reprimiendo una gran carcajada, lo sabía, y para qué mentir, yo también. Entré y me senté en el sofá, poniendo los pies encima de la mesa de centro, como siempre. Ella me miraba desde su altura, con la ceja alzada y sopesando una y mil veces cómo empezar a echarme el sermón. Crucé las manos detrás mi cabeza y suspiré, esperando.

—¿Vas a hablar de una vez o tengo que obligarte? —le sugerí, alzando las cejas, y ella negó en respuesta.

Después de unos segundos más mirándome, se sentó a mi lado y, dándome

un puñetazo, hizo que bajara los pies de la mesa. Sabía que odiaba que lo hiciera, y por eso mismo lo hacía.

—¿Eres consciente del problema en el que estás metida, Noelia?

Su pregunta me pilló desprevenida, y lo que menos quería era hablar de lo mismo que me había obligado a irme de casa.

—¡No vayas por ahí! —exclamé.

—No voy por ninguna parte. Es solo que es hora de que abras los ojos y pienses en lo que de verdad importa en esta vida.

—¿Te has comido a mi tía? Hablas como ella —le eché en cara, endureciendo el tono de mi voz.

—No, no me he comido a Lidia, y sí, hablo como ella porque ambas nos preocupamos por ti.

—Mira, Celia, soy mayorcita para tomar mis propias decisiones.

—Sí, ya veo que son las acertadas...

—Pero ¿quién coño te crees que eres para sermonearme? Solo eres mi amiga, y que yo sepa, no te he pedido que lo hagas, ni siquiera quiero que te preocupes por mí. ¡No me hace falta! —la corté, alzando la voz—. Ha sido un error garrafal venir aquí.

Me levanté con la intención de largarme, pero sabía que Celia no iba a dejar que me fuera. Antes de abrir la puerta, me di la vuelta.

—¿Sabes? Pensé que estarías de mi lado, pero ya veo que desde que te enteraste de lo mío con Marcos, has cambiado —hablé, reprimiendo las ganas que tenía de mandarlo todo al infierno—. Nunca un chico nos iba a separar, ¿no? Qué gran mentira. —Me di la vuelta sin esperar respuesta y salí de allí.

Escuché la voz de Celia detrás de mí, pero la ignoré por completo y me dirigí a donde sabía que no me iban a juzgar, donde sabía que, en solo unos minutos, no recordaría ni mi nombre.

Volví a montarme en la moto y puse rumbo al bar de Tolva. El dueño era el tío de Daniel, y le dejaba hacer lo que le diera la gana. Ese era mi sitio desde hacía años. Había momentos en los que no quería ir, en los que sabía que estaba mal pisar aquel lugar donde todo lo bueno de la vida, todos los sueños de una chica de mi edad se convertían en una pesadilla; una atrayente pesadilla que te envolvía con sus oscuros brazos, y si no abrías los ojos, no saldrías de allí en mucho tiempo. Casi caí una vez, pero los abrí a tiempo. Sin embargo, aquel día no sabía si tendría la voluntad para hacerlo.

Media hora después estaba llegando a la Villa de Vallecas y, unos

segundos más tarde, aparqué delante del bar del tío de mi ex. Entré y el olor a marihuana y sudor penetró en mis fosas nasales. Era temprano, aunque ya había algunos hombres bebiendo y fumando. Caminé hasta la barra, siendo observada por los clientes que estaban en sus cabales, y los que no, estaban tumbados encima de la mesa de madera. El tío de Daniel me vio y me sonrió, como siempre. Era un buen hombre, aunque la necesidad hacía que cometiéramos errores, ¿no?

—Noelia, preciosa, ¿cómo tú por aquí? Hacía tiempo que no te veía.

Le sonreí y me senté en la barra, donde rápidamente me sirvió una cerveza bien fría. Le di el primer sorbo y me relajé enseguida.

—He estado liada con los exámenes. ¿Daniel está? —le pregunté un tanto inquieta.

—Sí, está arriba. Si quieres, le aviso que estás aquí —me dijo algo nervioso.

Yo negué, levantándome de un salto.

—No, ya subo yo. Gracias.

Óscar puso los ojos en blanco y eso hizo que me pusiera alerta y quisiera subir más rápido de lo que había pensado. Si lo que pretendía con eso era retenerme, había conseguido todo lo contrario.

Comencé a subir las escaleras hasta llegar al piso de arriba, donde Daniel vivía con su tío desde que sus padres lo abandonaron cuando solo era un niño de seis años. Estaba claro por qué era así. Por eso no me alejaba de él. Era como si me sintiera en la obligación de ayudarlo a tener una mejor vida, aunque se negase siempre a aceptarla.

Subí el último escalón y ya tenía la necesidad de salir corriendo, como si lo que fuese a ver dentro no fuera a gustarme. Aun así, di varios toques en la puerta y, unos segundos después, se abrió. Los ojos de Daniel se cruzaron con los míos y una sonrisa que me ponía los vellos de punta se dibujó en su rostro. Me fijé en sus ojos, que los tenía rojos. Estaba drogado. Aquello no era buena señal, y mucho menos era buena idea quedarme.

—Hola, pequeña. No sabes lo bien que me vienes en este momento.

Cogió mi brazo y me obligó a entrar en el pequeño cubículo al que hacía llamar «su hogar». El humo me impedía ver con claridad, pero pude darme cuenta de que no estaba solo. Además de la chica que estuvo con él en la carrera, había dos tipos más que me miraron de arriba abajo, desnudándome con los ojos, comiéndome en su mente. Odiaba sentirme como un pedazo de

carne, y odié estar allí justo en ese momento. ¿Por qué no le haría caso a las personas que sí pensaban con claridad?

—Solo he venido para saber... si estabas bien, pero ya... me voy — titubeé nerviosa.

Él seguía sin borrar esa sonrisa, provocando en mí escalofríos.

—Pero ¿por qué tanta prisa? Digo yo que, ya que estás aquí, podrías probar la mercancía que me han traído estos amigos. —Señaló a los dos vagabundos.

Yo comencé a negar.

—Ya sabes que no me gusta esa mierda, Daniel. —Endurecí la voz, intentando sonar más clara.

Eso provocó una carcajada en él, y los demás lo siguieron como si estuvieran riéndose de mí. Pero unos segundos después, se instaló en él la dureza que siempre me mostraba cuando no estaba en sus cabales, como en ese mismo momento. Sus manos subieron hasta mi cabeza y me agarró del pelo con fuerza. Me acercó hasta la mesa, obligándome a doblarme, y puso mi cara en el cristal, donde había al menos cinco rayas de coca preparadas.

—Pruébala —murmuró, pero negué, sintiendo las lágrimas recorrer mis mejillas—. ¡Pruébala! —gritó enfurecido mientras me apretaba más, haciéndome daño.

Sabía que no debía hacerlo, pues me costó mucho dejar de meterme, pero aun así lo hice para no tener más problemas con él. Asentí, haciendo pucheros, y él me soltó, acariciándome la cabeza como si fuera su mascota.

—¡Vaya! La tienes domada, Dani —habló uno de los capullos que tenía enfrente.

—¿Verdad? Me encanta cuando hace lo que yo quiero. Si supieras cómo folla... Es una leona.

Comencé a tragar saliva cuando noté cómo el polvo blanco iba entrando en mi nariz, cómo iba quemando todo a su paso. De pronto, la garganta se me secó y comencé a verlo todo doble. No podía mantenerme en pie, y eso hizo que escuchase las risas de todos a mi alrededor. Daniel me cogió del brazo y me sentó en uno de los sillones que tenía en aquella mugrienta habitación. Noté una mano deslizarse por el interior de mi camisa hasta llegar a mi pecho derecho, el cual masajé por encima de la tela de mi sujetador mientras yo intentaba zafarme de cualquiera que estuviese tocándome.

—Suéltame —susurré, presa del pánico.

Una boca se acercó a mi cuello. Sentí cómo los labios se abrían y una lengua lamía mi piel, llegando al lóbulo de mi oreja.

—Qué bien sabe... Espero que sea verdad lo que dices, Dani.

Mi corazón se comprimió al darme cuenta de que la persona que estaba a mi lado intentando desnudarme era uno de los tipos. Comencé a sudar cuando, al otro lado, sentí otras manos.

—Si la sujetas, podré hacer lo que quiera con ella. Además, está tan drogada que no opondrá resistencia alguna.

Sentí unas manos agarrar mis muñecas, elevando mis brazos hacia arriba, apretando con fuerza, inmovilizándome. Y a la misma vez, otras manos se deshicieron de mis pantalones y mis bragas, para después introducir unos dedos en mi interior. Comencé a removerme, tratando de cerrar las piernas, pero él era más fuerte que yo.

—¡Parece que aún le quedan fuerzas! —exclamó, acercando su asquerosa boca a mi estómago.

—No te preocupes, la droga está haciendo su efecto y pronto la tendrás inconsciente —dijo Daniel, y no se equivocaba.

Los ojos me pesaban y mi cuerpo lo sentía laxo, casi sin fuerzas. Entonces, antes de sentir cualquier toque asqueroso, escuché un fuerte estruendo y unos gritos que se metían en mis oídos, pero no logré apreciar el sonido de la voz.

Rápidamente, me sentí libre, pues me habían soltado. Pero no podía correr, no podía levantarme para salir de ese lugar, y la oscuridad envolvió todo a mi alrededor.

Me costaba abrir los ojos, los párpados me pesaban y la garganta me quemaba. Al final pude abrirlos y miré a mi alrededor. ¿Dónde estaba? Observé cada rincón de la habitación y me di cuenta de que estaba en la mía. Suspiré tranquila y pude al fin respirar.

—Por fin abres los ojos.

La voz de Marcos hizo que girase mi rostro y, al verlo, me preocupé al instante. Estaba magullado y tenía el labio partido.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté, sabiendo la respuesta. Era más fácil escucharlo que recordarlo.

Se sentó a orillas de mi cama y cogió mis manos con delicadeza. Se quedó en silencio. Estaba pensando. Lo sé. Buscaba las palabras adecuadas para contarme lo que había ocurrido, aunque me hacía una ligera idea de lo que era.

—¿Cómo te sientes? —se interesó a los pocos minutos de quedarse abstraído.

—Parece que me ha pasado un camión por encima, pero estoy bien. — Marcos me sonrió y, al hacerlo, sentí cómo mi corazón se comprimía. ¿Por qué era tan complicado?—. ¿Y tú? —Se encogió de hombros y yo suspiré—. Lo siento...

Él miraba al suelo; miraba cualquier otra cosa que no fuera yo. Sabía que le había hecho daño con mis palabras, y yo no podía más que pedirle perdón por todo lo que mi boca le había escupido la última vez que nos vimos.

—¿Qué es lo que sientes realmente? —me preguntó, mirándome de nuevo.

—Siento muchas cosas en este momento, pero lo principal es que siento haber sido tan hija de puta contigo cuando tú solo querías acercarte a mí.

—No pasa nada. Me lo merezco por haberte dejado tirada cuando más me necesitabas —me dijo cauteloso, sabiendo que cada palabra que me recordase el motivo de por qué había llegado a odiarlo podía hacer que mis sentimientos cambiasen.

Fue la primera vez que, al saberlo, al escucharlo, no sentí rencor, odio ni nada. Solo quería que me abrazase, que me envolviese entre sus brazos y no me dejase escapar nunca más. No quería que volviese a irse, no quería que me abandonase de nuevo, y no tardé en suplicárselo con los ojos llenos de

lágrimas.

Marcos se acercó a mí y me abrazó, como acababa de pedirle, y muchos sentimientos se agolparon en mi pecho, en mi corazón. La necesidad de besarlo se hizo presente en mi interior, y no dudé ni un instante en hacerlo. Él no se lo esperaba, pero tampoco me alejó, y cogiendo mis mejillas, profundizó el beso, convirtiéndolo en apasionado, necesitado. Porque eso era lo que provocaba en mí: necesidad de ser amada, de ser valorada, de ser feliz. Y él me lo regaló, aunque solo fuese con un simple beso.

Al separarnos, me miró a los ojos y me acarició la mejilla.

—Te quiero —murmuró, y mi corazón dio un brinco de emoción; una emoción que jamás antes había sentido por nada ni por nadie.

—Yo también te quiero —le respondí casi sin pensarlo.

Con él no necesitaba pensar; simplemente actuar.

¿Era una estúpida por haberme enamorado del chico al que odiaba? ¿Me había enamorado de ese amigo que me abandonó? ¿Lo amaba ahora, o ya lo amaba antes? Sinceramente, me dio igual cuando comencé a quererlo. Solo sabía que era lo que sentía, y por eso mismo no quería tenerlo cerca, porque no quería quererlo, no quería demostrarle todo lo que una simple sonrisa provocaba en mí. No quería que él viniera para estropear la burbuja oscura en la que yo misma me había metido y de la que no quería salir, pero, aun así, sin querer, había dejado que esa burbuja explotase, dejándole libertad absoluta a Marcos para poder sacarme de allí.

—Ahora sí, cuéntame todo lo que ha pasado —le pedí nerviosa.

—¿No lo recuerdas?

—Tengo algunas lagunas. Mis recuerdos llegan hasta el momento en el que Daniel me obligó a probar la coca que tenía en la mesa de cristal.

—Mesa que rompí con su espalda —murmuró.

Abrí los ojos, sorprendida.

—¿Qué hiciste? ¿Cómo supiste donde estaba? —Mi voz sonó llena de preocupación.

Él negó mientras me acariciaba la mejilla.

—Tranquila, solo le di su merecido, tanto a él como a los hijos de puta que estuvieron a punto de violarte —me respondió, y me preocupé al instante—. El tío de Daniel llamó a su hija y ella contactó conmigo.

Suspiré, levantándome de la cama, y al hacerlo tan rápido, casi me caí de bruces contra el suelo. Marcos me cogió de la cintura y me devolvió a la

cama.

—Eh, ¿estás bien?

—No, no estoy bien... No tendría que haber ido en busca de Daniel. ¿Por qué no le haría caso a Celia o a mi tía? ¿Por qué soy así con las personas que más amo en mi vida? Contigo también he sido una estúpida, y todo porque tuviste que irte. Perdóname, Marcos, por favor.

Comenzó a negar como si lo que estuviera diciendo no tuviera sentido, como si no mereciera las disculpas por mi parte. Justo cuando iba a reprocharle por no dejar que le pidiera perdón, por no dejar que me arrepintiese, mi tía entró en mi habitación y, antes de dejar siquiera que pusiera un pie en ella, me levanté de la cama y corrí hasta ella, importándome muy poco mis mareos, y la abracé con lágrimas en los ojos, como si me fuera la vida en ello.

—Ya, cariño, tranquila. Estoy aquí contigo y jamás te dejaré sola —susurró en mi oído, tranquilizándome.

Se separó de mí y, al darme la vuelta, Marcos ya no estaba. Mi tía negó para que no me preocupara y me ayudó a sentarme de nuevo. Ella me imitó, sentándose a mi lado.

—Tía, perdóname por todo lo que te dije y por todo lo que he hecho —le supliqué arrepentida.

—No te martirices, cielo. Yo te lo perdono todo. Eso hacen las madres, ¿no?

Asentí sin dejar de llorar.

A mi mente llegaron esas palabras que le había gritado el día anterior, diciéndole que no era mi madre, que no la necesitaba y que, prácticamente, la odiaba. Pero todas eran falsas, como lo era yo. Todo eso que le dije fue para herirla.

—Es que no puedo creer todo lo que te dije. Si mi padre estuviera vivo, estaría decepcionado. Hasta yo lo estoy —expresé entre sollozos.

Acercándose a mí, me abrazó como solo una madre es capaz de hacerlo.

Mi tía se quedó conmigo casi toda la mañana, hasta que tuvo que irse a trabajar. Ella era recepcionista en un bufete de abogados y, tras pedir la mañana libre, le fue imposible quedarse conmigo por la tarde, así que me encontraba en mi cama, entre los brazos de Marcos, como hacíamos antes, rememorando momentos del pasado, rememorando los días más felices de mi existencia, y todos eran con él.

Era fácil volver atrás y demostrarme a mí misma que había cambiado tanto que no parecía yo, demostrarme que podía ser la que era, que podía volver a sonreír de esa manera tan particular, provocando las carcajadas de un adolescente inmaduro. Demostrarme que podía cumplir con mi sueño de ser escritora y, si me lo proponía, llegar a ser feliz, como tanto necesitaba.

—¿En qué piensas?

La voz de Marcos me despertó de mis pensamientos y mis ojos se clavaron en los suyos mientras un suspiro se escapaba de mis labios.

—Solo recordaba.

—¿El qué?

—Recordaba los momentos que hemos pasado juntos, todas las trastadas que hacíamos, lo felices que éramos sin necesidad de cometer locuras. ¿Por qué has tardado tanto en volver? Si hubieras estado conmigo, nada de esto habría pasado.

No quería odiarlo de nuevo, no quería recordar los motivos por los que un día sentí que jamás podría mirar a mi mejor amigo sin ver aquel momento en el que mi padre cerraba sus ojos por última vez. Y no quería porque me había enamorado de él.

—Sé que me fui, que he vuelto después de mucho tiempo, y sé que me merezco tu odio, pero ¿podrías dejar de hacerlo y besarme?, ¿podrías al menos intentar ser la chica de la que me enamoré?

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué te has enamorado de mí? —le pregunté temerosa de saber la respuesta.

—Porque solo he sido feliz a tu lado. Porque solo una risa tuya pone mi mundo del revés. Porque eres todo aquello que yo no era capaz de ser. Porque llenaste mi vida desde el primer día que te pusiste frente a mí —declaró, erizándome la piel—. Porque me di cuenta de que te amaba el día que tuve que irme, y lo confirmé cuando volví y mis ojos se pusieron en ti.

Tragué saliva justo en el momento en el que sus manos subían hasta mis mejillas y sus labios rozaban los míos en un dulce beso; un beso lleno de esperanza, lleno de amor, de ese amor que sabía que sentía. Marcos me agarró con sus fuertes manos y no dejó que me alejara de su cuerpo. Y no, no me iría, no me alejaría, porque yo sentía lo mismo por él, porque cada palabra que había soltado por su boca era exactamente lo mismo que sentía yo.

Eran dulces, sus labios lo eran, y cada vez que rozaban los míos, removía todo en mi interior, provocando una sensación de embriaguez, como si hubiera estado bebiendo toda la noche. Me recostó en la cama y él lo hizo a mi lado, apoyándose en su codo derecho. Con la otra mano comenzó a acariciar mi estómago, haciendo minúsculos círculos alrededor de mi ombligo, erizándome por completo. Pensé que ese momento se convertiría en algo sin amor, solo sexo, como nuestro último encuentro, pero no, y Marcos me lo hizo saber.

—Te deseo con la misma intensidad con la que tú me odias —susurró en mi oído, haciéndome estremecer.

—Yo no te odio —le respondí, y sonrió satisfecho.

—¿Ya no me odias?

—Sería imposible odiar a la persona que amas, ¿no?

Y mi respuesta hizo que se pusiera encima de mí y comenzara a besarme con pasión, con esa que tanto me llenaba el alma. Nuestros cuerpos pronto se quedaron desnudos, necesitados de nuestras caricias, de nuestro deseo. Era complaciente, apasionado. Sus manos bailaban por mi cuerpo, al igual que las mías por el suyo, y cuando ya no pudimos más, nos fundimos el uno en el otro. Sentí su miembro en mi interior, llenándome al completo, llenando ese vacío que un día sentí y que jamás volvería a sentir, no con él.

Me hizo el amor. Esta vez no necesitamos hacerlo con dureza, solo para calmar el ansia de nuestros cuerpos. Esta vez era el amor, mezclado con el deseo, con ese odio que pensé que sentiría por él por el resto de mi vida y que calmó con sus caricias. Porque por un momento creí que así sería para siempre, que no volvería a mirarlo con los mismos ojos, que mi amigo murió con mi padre, y me equivocaba. Mi mejor amigo, ahora era ese hombre que tanto necesitaba, que tanto quería.

Toda la tarde me amó, así como se ama a una princesa, y cuando nuestros cuerpos sintieron que desfallecerían, paramos a descansar, y abrazados, nos quedamos dormidos en esa paz que por fin teníamos.

Pasaron varios días desde que me rescató de las garras de Daniel, y había sido diferente a como solía vivir sin él. Aún no entendía cómo consiguió sacarnos de allí con vida, pues estaba segura de que los tipos que estuvieron a punto de violarme habrían acabado con nosotros en dos segundos, pero ¿por qué no lo hicieron? Se me escapaban algunas cosas, y tenía que saberlo, aunque no fuera el momento.

No se había separado de mí en ningún momento, y era extraño sentirme como lo hacía, pero era como si el tiempo no hubiese pasado entre los dos, como si realmente jamás se hubiese ido. Nunca entenderé por qué me enamoré de él, como tampoco por qué lo hizo él de mí. Era pensar en estar entre sus brazos y mi cuerpo temblaba como una hoja. Tuvo que venir a por mí en un momento peligroso, para darme cuenta de que mi corazón latía por alguna razón cuando estaba a su lado.

Estábamos acostados en mi cama, de donde no habíamos salido en tres días. Sus ojos seguían clavados en mí desde que los había abierto hacía una hora, del mismo modo que yo no podía dejar de mirarlo. No era capaz siquiera de echar la vista atrás y fijarme en lo que era antes de estar así, entre sus brazos.

Durante esos días me cuestioné varias veces esa relación, si era posible vivirla fuera de esas cuatro paredes, sin secretos, sin mentiras, siendo completamente sinceros el uno con el otro, pero no sabía si podríamos hacerlo. Estaba segura de que él me ocultaba algo, al igual que yo también le ocultaba algo de lo que no me sentía orgullosa y que me ataba a la peor persona de este mundo. Entonces era cuando mi mente comenzaba a trabajar a toda prisa, sabiendo que hasta ese punto era lo máximo a lo que llegaríamos, que en ese lugar era donde podríamos amarnos sin miedo. Y tenía miedo, mucho miedo a saber lo que él pensaba de mí, de nosotros, de lo que podríamos o no hacer.

Y cuando intentábamos hablar, el deseo era más fuerte que todo lo que nuestros labios podían pronunciar. La pasión con la que me miraba era el detonante para olvidarme de cualquier frase que intentara decirle. Y es que me encendía con solo un roce de sus dedos. Porque cuando lo hacía, tenía ganas

de matarlo, convirtiéndose el odio y el deseo en los protagonistas. Me cabreaba y me calentaba con la misma intensidad.

Tocó mi labio inferior con el dedo índice y fui acercándome a él, ronroneando cual gata en celo, pidiendo más caricias, más toques con su piel.

—¿Crees que esto durará? —le pregunté temerosa de saber la respuesta.

No estaba preparada para volver a sufrir por él, y menos por amor.

—No lo sé. Supongo que durará lo que el destino quiera. —Enredó sus dedos en uno de mis mechones sueltos.

No me cansaba de mirarlo a los ojos y, por más cursi que sonase, era como si no existiera nadie más que él.

—Tengo una sorpresa para ti —me anunció sin borrar esa sonrisa que me mataba. Pasó sobre mí, deteniéndose más tiempo en mis caderas, y con ambos brazos a los lados de mi cabeza me besó con dulzura. Su lengua arremetió en mi boca, haciendo el beso más intenso de lo que ya era—. Lo he hecho especialmente para ti —me dijo al separarnos.

—Entonces, debo verlo, ¿verdad? —comenté divertida.

—No, primero tengo que hacer algo. —Metió la mano debajo de la almohada y sacó una tela negra.

Mis ojos lo miraron curiosos a la vez que él sonreía de lado, provocando que mi curiosidad se incrementara. Tapó mis ojos con ella y, tras ayudarme a levantarme, me hizo caminar poco a poco. Bajamos las escaleras despacio. Estaba nerviosa, pues las sorpresas no me gustaban, aunque confiaba en él y sabía que jamás me haría daño; no físico al menos.

—Tranquila, no te soltaré —murmuró en mi oído—. Te gustará —me aseguró.

—Espero que sea tan bueno como tú —le dije, y se carcajeó.

Y fue en ese momento cuando supe por qué quería estar con él, por qué lo elegí para ser mi mejor amigo, como el chico que jamás me abandonaría.

Los recuerdos querían entrar en mi mente para estropearlo todo y me obligaron a parar en seco, en medio de cualquier lugar al que Marcos me estuviera llevando. Sentí su mano en mi espalda, acariciándome de arriba abajo, calmando mis nervios, y sus labios besaron mi cuello con esa dulzura que siempre sacaba cuando estaba a mi lado.

—¿Estás bien?

Odiaba esa pregunta. La odiaba porque no, no lo estaba. Suspiré, asintiendo, echando a un lado de alguna manera eso que me martirizaba, eso

que me alejaba de él, y apreté su mano para indicarle que me llevara hasta esa sorpresa de la que estaba segura que disfrutaría.

Unos segundos después se me hizo complicado caminar, y me di cuenta de que estábamos en el sendero hacia la cabaña. Era de piedras, así que no fue difícil acertar dónde me llevaba. Mi curiosidad estaba llegando a su límite al saber lo que me esperaba tras esa puerta de madera, dentro de ese lugar donde habíamos pasado tanto tiempo, donde nos habíamos reído, llorado y hecho el amor.

—Con lo mal que guías, sé que en cualquier momento me harás tropezar, Marcos —le manifesté con la intención de molestarlo.

—Lo hago a propósito —se burló, y mis labios se curvaron hacia arriba. La verdad era que no sabía si reírme o cabrearme con él.

De pronto, se paró y me quitó la venda. Mis ojos se abrieron tanto que pronto me escocerían. No podía creer lo que Marcos había hecho, cómo había podido siquiera pensar en preparar aquel lugar de esa manera. Jamás nadie había hecho nada parecido por mí.

El sendero de piedras estaba lleno de pequeñas luces, alumbrando la oscuridad que comenzaba a alcanzarnos. Ya se hacía de noche y ni siquiera me había dado cuenta. Me abalancé sobre él y lo besé emocionada.

—Es precioso —susurré entre besos.

—La sorpresa está dentro —me dijo cuando conseguimos separarnos.

Entramos y miré a mi alrededor. Velas iluminaban el pequeño cubículo que llevaba hasta la habitación.

—Te quiero, Noe —declaró cerca de mi cuello, apresando el lóbulo de mi oreja entre sus labios.

Me giré para mirarlo bajo la suave luz de las velas. Nuestros ojos se clavaron, dejándonos ver el deseo que sentíamos y las ganas locas de adorarnos de nuevo. Mis manos subieron por su torso, llegando a su barba afeitada, y me detuve en sus mejillas. Las acaricié, y después pasé mis manos por su nuca, entrelazando mis dedos entre su cabello. Lo acerqué a mí y su boca devoró la mía con esa hambre que me demostraba cada vez que me besaba.

Nadie tenía idea de cómo de poderoso era lo que Marcos me hacía sentir. No sabía si era por el hecho de que me conocía demasiado bien o porque lo necesitaba de la misma manera en la que él me necesita a mí.

Necesitaba que no se fuera, que no volviera a alejarse de mí, que no

volviera a dejarme sola y sin saber qué hacer. Y en ese instante me estaba demostrando que no se iría.

Todo lo que en esos momentos estaba dándome, intentando enmendar el error de haberse ido, estaba haciendo de mí algo diferente, algo de lo que huía. Estaba convirtiéndome en una mujer vulnerable; una que nunca lo hubiera sido, una con miedo a perderlo. No se lo reprocharía, pues era yo la que estaba cambiando, era yo la que necesitaba cambiar, la que sentía que había llegado el momento de hacer con mi vida lo que tanto mi tía me ha gritado. Era solo que Marcos tenía mucho que ver en mi cambio.

Se apartó de mí unos milímetros y sentí que me faltaba algo. Me tomó de la mano y me llevó hasta la habitación. Esas mariposas que habían irrumpido en mi cuerpo querían patearme el estómago tan fuerte que hasta llegó a dolerme. La habitación también estaba iluminada con velas, pero también decorada con rosas que llegaban hasta la cama.

—Nunca nadie se ha tomado la libertad de hacerme estas cosas y nunca quise tenerlas, no hasta ahora. Gracias —declaré cuando se detuvo frente a mí.

—Conmigo tendrás esto. Tendrás lo que mereces. —Acarició mi mentón.

Ese fue el detalle que explotó en mi interior, que provocó un incendio en mí, el detonante para suplicar por sus caricias, por sus besos, por su piel rozando la mía. Lo besé con fiereza, con pasión desmedida, con la fuerza de un huracán. Marcos me elevó y enrosqué mis piernas alrededor de su cintura. Me llevó hasta la cama, donde me dejó para posicionarse encima de mí, sin apartar sus labios de los míos. Acarició mi piel, dibujando sobre ella como si fuera un lienzo en blanco. Nuevas caricias, nuevos besos mezclados con deseo y pasión.

El tiempo se detuvo en ese instante, cuando Marcos me devoraba. Sus labios sobre mi piel, dándome pequeñas mordidas llenas de placer, provocaron que cayera desplomada sobre las plumas del colchón. Habíamos estado tantas veces sobre esa cama..., tantas noches durmiendo juntos en ese lugar... Siempre fue cariñoso conmigo, siempre sentí sus dedos en mi piel, pero nunca una caricia del pasado me erizó tanto como una del presente.

Él sabía lo que necesitaba, y me lo daba sin pedirme nada a cambio. Él entendía por qué llegué a odiarlo y desearlo a la vez, sabiendo que una parte de mí siempre quiso lo que ahora teníamos. Porque Marcos siempre me gustó, pero el miedo a perderlo era más grande que cualquier sentimiento.

Seguíamos sin poder apartarnos, ni siquiera para deshacernos de la ropa,

ni siquiera para sentir nuestra piel unida. Su cuerpo aprisionaba el mío, pero sin apretarme. Su boca seguía besando la mía. Solo unos instantes fueron los que nuestros labios se alejaron para poder mirarnos y desnudarnos. Sus manos bajaron hasta la cinturilla de mi pantalón, desabrochando el botón y bajándolo despacio, dejándome con el tanga solamente.

Mientras tanto, yo me quitaba la camiseta de algodón que llevaba, y al hacerlo, sus labios besaron mi estómago, bajando por el ombligo hasta llegar a mi monte de venus, donde sentí sus labios curvarse en una leve sonrisa. Me besó allí abajo, una zona de mi cuerpo que cada vez se contraía más por las ganas de sentirle dentro. Sus dientes me mordieron despacio, provocando que una electricidad me recorriera entera. La tela de mi ropa interior aún tapaba mi sexo, pero poco le importó para volverme loca con su aliento.

—Marcos, por favor —le supliqué entre suspiros.

—Por favor, ¿qué? —me preguntó con voz ronca.

En cualquier momento iba a desfallecer en esa cama.

—Hazme tuya de una vez.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Subió y, tras arrancarme de cuajo la ropa interior, se bajó sus pantalones junto con su bóxer y entró en mí de una sola estocada, llenando al fin el vacío que no sabía que tenía. Se movía despacio, y yo subía la pelvis pidiéndole más profundidad, más fuerza. Marcos, sin dejar de besarme la piel, me inundó por completo, arrancándome un gemido que llenó toda la habitación.

—Hasta tus gemidos son perfectos —me susurró, besando mi cuello.

Entraba en mí con fuerza, como yo le había pedido, como yo le había gritado y suplicado. Me estaba volviendo loca, a punto de perder la cordura, si es que alguna vez la tuve. Mis piernas estaban alrededor de su cintura, aprisionándolo contra mí, apretándolo para no dejarlo escapar, no hasta llegar al clímax. Se elevó un poco y sus ojos me miraron desde su altura. Los tenía brillantes, preciosos, y suspiré con fuerza, provocando su sonrisa.

Salió de mi interior y me levanté para tumbarlo en la cama, donde, sin avisar, me puse encima de él, metiendo su miembro dentro de mí. Marcos no se lo esperó, como tampoco esperó la manera en la que ahora yo lo volvería loco a él, porque me iba a rogar que no parara. Comencé a balancearme sobre él; para adelante, para atrás, arriba, abajo. Loco, así lo volvería, como yo lo estaba. Sus manos apretaban mis caderas cada vez que un movimiento brusco lo sorprendía. Y sonreí satisfecha.

Entonces, subió sus manos hasta mis pechos, donde pellizcó mis pezones para que tuviera que pedir clemencia. Un ronco gruñido se escapó de mis labios y comencé a moverme más de prisa, más duro. El orgasmo crecía en mi interior, y sabía que también él estaba a punto. Lo sentía palpitante, apretado, duro. Se sentó para poder lamer mis pechos y, cuando su lengua tocó uno de mis pezones, exploté gritando su nombre. Marcos no tardó mucho más y, sin darme tregua, siguió lamiendo alocado, desesperado, provocando que el orgasmo se hiciera más intenso.

Paramos unos minutos después. Yo seguía sobre él, sin poder levantarme. Me ayudó a recostarme a su lado y, cuando me abrazó por la espalda, cerré mis ojos con la sensación de estar en casa.

Abrí mis ojos y todo estaba oscuro. Algunas velas ya se habían consumido; otras seguían teniendo una tenue luz. Me levanté, dejando a Marcos durmiendo plácidamente, y tras cubrirme con una sábana salí al salón, desde donde, después de comprobar que eran las tres de la madrugada, me dirigí al jardín. Necesitaba pensar, aclarar mis ideas. Me senté en el banco que teníamos en la entrada y suspiré mientras mis ojos vislumbraban el cielo oscuro. Estaba nublado y pronto comenzaría a llover. El mes de mayo aún era fresco en Madrid, pero durante el día, en el sol, hacía bastante calor.

—Esto no puede seguir así —me dije a mí misma.

Quería tener la fuerza para contarle a Marcos lo que me ataba a Daniel, el motivo por el que no podía dejarlo, por el que siempre caía en sus brazos. En realidad, había muchos motivos, pero solo uno de ellos era el más fuerte.

Cuando Marcos se marchó, caí en una depresión de la cual aún no me había recuperado. Eso hizo que sintiera la necesidad de que la adrenalina de subirme a una moto recorriera todo mi cuerpo, y allí estaba siempre Daniel, peligroso y atrayente. Con él vinieron los hurtos, las drogas, el alcohol y las alocadas noches de sexo que siempre traían consecuencias. Muchas veces pensé que, de no ser por Sonia, habría acabado como aquella chica.

Sentí una lágrima bajar por mi mejilla y la dejé llegar a su destino. Mis labios la recibieron con los brazos abiertos, y tras ella vinieron muchas más. Me encontraba a solas con mis recuerdos y mi dolor.

—Noelia, ¿estás llorando? —Marcos caminó hasta mí y se sentó a mi lado, pero miré hacia el otro lado para que no viera el estado en el que me encontraba—. Eh, eh, ¿qué pasa? ¿He hecho algo mal? —me preguntó preocupado, y negué—. Entonces, ¿qué pasa?

Pasó sus brazos por mis hombros y me arrastró hasta su cuerpo, cobijándome, y allí escondí mi rostro en su pecho, mojándolo con mis lágrimas. Quería calmarme, pero era recordar el motivo que me alejaba de él y romperme en pedazos.

—Tranquila, sea lo que sea, pasará.

—¿Cómo estás tan seguro? —gimoteé, levantando la mirada.

—Porque yo estaré contigo para ayudarte.

Saber eso no me ayudaba; al contrario, me ponía mucho peor.

—Ese es el problema, Marcos, que tú y yo no podemos estar juntos, ¿no lo entiendes? Por eso estoy así, porque cada vez que me besas o me dices que me quieres, es un paso atrás para no poder dejarte. Porque me lo pones muy difícil, porque era más sencillo odiarte que amarte como lo hago.

Me levanté para volver al interior de la cabaña y él se quedó allí sentado, pensando en todo lo que le había soltado de repente. Si lo que quería era echarlo de mi vida, estaba segura de que acababa de conseguir todo lo contrario.

Entré en la habitación y comencé a vestirme rápidamente. Tenía que salir de allí, esconderme debajo de mi colcha durante días, hasta que todo ese caos pasase y pudiera volver a salir sin tener la sensación de asfixia. Sentí sus manos en mi cintura y me dio la vuelta para encararme. Sus ojos me miraban con amor. No quería que me mirara así, sino que me odiara. Necesitaba que me odiara para conseguir que se fuera de nuevo.

Ni yo misma me entendía. Esos días le estuve reprochando por haberse alejado, y ahora que lo tenía frente a mí, quería que lo hiciera de nuevo.

—¿Crees que después de lo que me has dicho dejaré que te vayas sin más? —Me encogí de hombros—. Pues estás muy equivocada si piensas que voy a dejarte escapar. Esta vez no me iré, por mucho que intentes echarme de tu vida con mentiras.

—¿Cómo sabes que son mentiras?

—Porque te conozco lo suficiente como para saber que tienes miedo.

—Yo no tengo miedo.

—Sí lo tienes. Tienes miedo a estar conmigo y que vuelva a marcharme. Tienes miedo a darte cuenta de que no lo haré —expresó, pasando sus manos por mi cintura para pegarme a su cuerpo.

Al hacerlo, sentí mi corazón latir tan fuerte que podría salirse por la boca, y lo peor de todo era que el suyo latía igual que el mío. Así lo sentía. Prácticamente, nuestros latidos era lo único que se escuchaba en el silencio de esas cuatro paredes. Miré hacia la derecha, con la intención de evitar cualquier contacto con él, pero me fue imposible cuando sus dedos pasaron por mi barbilla con suavidad, obligándome a hacerlo de nuevo, a clavar mis ojos en los suyos.

—Si te sirve de consuelo, yo también tengo miedo, y esta noche más que nunca. —Fruncí el ceño sin entender a qué se refería—. Tengo miedo a que

esta sea nuestra última noche juntos. Tengo miedo, porque sé que lo es.

Las lágrimas volvieron a salir de mis ojos, confirmando lo que tanto temía, y los dos lo sabíamos. Esa noche sería la última que pasaríamos amándonos, al menos, hasta que pudiera contarle lo que me pasaba y buscar una solución.

—Pues si es la última, dejemos los dramas y bésame, Marquitos. Bésame como si fuera la última vez —le supliqué, secando mis mejillas.

Marcos, prácticamente, me devoró. Volvimos a la cama y me hizo el amor lo que quedó de noche, la cual se convirtió en la más maravillosa que jamás había pasado en mi vida, siendo amada y amando como lo hacía, porque, desgraciadamente, eso era lo que sentía, y ya no había remedio.

Lo nuestro había sido intenso, demasiado para ser real. Al amanecer, mi vida volvería a ser la que era antes de que él volviera de su retiro de cinco años.

Apenas habíamos pegado ojo cuando el sol comenzó a entrar por entre las cortinas. Me levanté, dejándolo en la cama a medio tapar. Me giré un poco para poder observar su cuerpo, su ancha espalda relajada, los lunares que se dibujaban en esta, siendo lo más bello que había visto en mi vida. Marcos dormía plácidamente, y eso me sirvió para disfrutar de las vistas. Me fijé en sus labios entreabiertos y recordé cuando estuvieron sobre mi cuerpo. Se me erizó la piel de solo pensarlo.

Se removió un poco y me levanté despacio para poder salir de la cabaña antes de que él abriera sus ojos. Me vestí a toda prisa y, cuando terminé de hacerlo, salí de allí con el corazón en un puño. Cuando llegué a mi casa, subí a mi habitación y, tras darme una ducha y vestirme con ropa limpia, peiné mi cabello, me di un toque de color en las mejillas y en los labios y volví a salir. Tenía que ir a recoger el coche de mi tía. El resto del dinero se lo llevaría a ella, ya que seguramente le haría más falta que a mí.

Iba en el taxi cuando mi móvil comenzó a sonar. Lo miré. El número no lo conocía y no lo cogí. Seguramente, era Daniel desde otro número para poder hablar conmigo. Entonces, el sonido de llamada fue intercambiado por el de los mensajes. Volví a mirarlo y abrí el buzón para saber quién era.

Desconocido:

Noe, cógeme el teléfono.

Noelia:
¿Quién eres?

Desconocido:

Soy Marcos.

Al leerlo, sentí una presión en el pecho que no me dejaba respirar. El móvil comenzó a sonar, siendo esta vez una llamada. Comprobé que fuera él y lo descolgué.

—¿Por qué te has ido así? Tendrías que haberme despertado.

—Lo siento, estabas muy tranquilo y no he querido molestarte —le mentí para salir del paso, pero estaba segura de que él no era tonto y sabía que no había sido así.

—Vamos, Noelia, no me digas esas tonterías. Ya sé que dijimos que era nuestra última noche juntos, pero pensé que, al despertar, lo habrías pensado mejor.

Suspiré a la vez que el taxista me decía que ya habíamos llegado. Le pagué sin responderle a Marcos y, cuando me bajé, colgué. No tenía ánimos de discutir, y mucho menos de llorar de nuevo. Algunas lágrimas ya se me habían escapado y me las tragué rápidamente para no tener que secarlas más.

Comencé a caminar hasta el taller que estaba al otro lado de la calle y el móvil volvió a sonar. Me vi obligada a ponerlo en silencio para no tener que escuchar la cancioncita de Antonio José una y otra vez. Me encantaba, pero no era el momento de escuchar Ódiame. Eran tan nuestra..., reflejaba tan bien lo que sentíamos, lo que estábamos viviendo, que me dolía escuchar una canción que tanto había adorado.

Que te hayas ido no es lo que más me duele.
Y aunque he llegado tarde a pedir perdón,
prefiero ser el malo y ser quien te hiere,
ser todas esas cosas que ya no quieres
a ser el que no existe en tu corazón.
Si quieres soltarme para poder ser feliz,
tendrás que obligarme, yo no me voy a rendir.
Llegaste a quererme, y aunque me digas que no,
no hay un amor que más duela como el que ya te olvidó.
Ódiame, y si me olvidas, va a ser peor.
Mátame, ahogar mis penas será un favor.
Miénteme, dime que fui tu peor error.
Porque solo hay odio donde hubo amor.

Al llegar al taller, busqué al mecánico y, tras pagarle los trescientos euros del arreglo, me dio las llaves y me subí en el coche. Miré el interior antes de arrancar y, cuando vi que estaba todo en orden, emprendí camino hasta el

Sanatorio Esquerdo. Estaba a media hora de camino y, siendo martes, el tráfico sería horrible, pero aun así no podía buscar más excusas para ir a verla.

Los minutos pasaban y, conforme lo hacían, mi corazón se apretaba, mi estomago dolía y mis piernas temblaban. Hacía más de dos meses que no iba a verla, y ahora que quería hacerlo, me estaba costando horrores ponerme frente a ella y mirar sus ojos perdidos mientras nombraba a su hermano una y otra vez. Me dolía. Me dolía demasiado ver lo que, junto con Daniel, habíamos hecho con ella, con una simple adolescente enamorada del chico equivocado.

Cuando llegué, aparqué el coche y me dirigí hasta la recepción, donde Claudia, la misma chica que me recibía antes, me miró con los ojos bien abiertos y llenos de sorpresa.

—¡Noelia! Cuánto tiempo, cielo.

Salió de su escritorio y me dio un beso y un abrazo. Antes iba mucho por allí. Me hice amiga suya debido a tantas horas que pasaba en ese lugar que tanto me dolía visitar.

—He estado muy ocupada con los exámenes —me excusé, y ella asintió con una sonrisa.

—No te preocupes, es normal que estés tan ocupada. Supongo que has venido a ver a Sofia, ¿verdad? —Asentí nerviosa—. Pues estás de suerte.

—¿Por qué?

—Porque ya le han dado el alta, pero no se irá hasta mañana.

Abrí los ojos, sorprendida y a la vez muy preocupada. Si ella ya estaba recuperada de su mente, eso era peligroso para mí, pues podría reconocermelo y denunciarme. Mis manos comenzaron a sudar y, antes de decirle a Claudia que tenía que marcharme, fue en su busca. Cuando quise darme cuenta, tenía a la morena mirándome de arriba abajo.

No supe qué decirle en ese momento. Solo tenía la necesidad de salir corriendo, de esconderme, de salir del país para no acabar encerrada por ser la cómplice de un asesinato.

—¿Tú? —preguntó aterrada—. ¿Qué haces aquí? ¿Te manda él? Va a matarme, ¿verdad? ¡¿Va a matarme a mí también?! Por favor, por favor... No le digas que me has visto, no le digas que estoy aquí.

Tragué saliva a la vez que mis ojos se llenaban de lágrimas. Claudia me miraba con el ceño fruncido, y no la culpaba. Estaba viendo a una chica totalmente recuperada perder de nuevo la cabeza por culpa mía. Tuvieron que

llevarse a Sofía y sedarla. Se había puesto demasiado nerviosa, y que yo hubiese ido a verla no había ayudado en su recuperación.

Antes la visitada dos veces al mes, y nunca me había mirado con ese miedo, con el terror de ser eliminada de este mundo a manos del cabrón de Daniel. Me dio pena saber que, si no hubiera ido, habría salido a la mañana siguiente. Ahora la dejarían de nuevo para hacerle pruebas y comprobar si era verdad que estaba apta para esa alta tan esperada.

El motivo de mi visita solo era para pagar dos cuotas del psiquiatra y así ayudar al menos a esa familia que se veía ahora echando horas extras para poder pagar la habitación y los cuidados de su hija. Cuando le di el dinero a Claudia, me abrazó y se disculpó conmigo, pensando que yo lo estaba pasando mal por ver a mi «amiga» así de mal. Si ella supiera...

Antes de irme, le hice prometer que me tendría al tanto de todo lo que pasara con ella. Me despedí y entré en el coche para volver a mi casa, de donde a veces era mejor no salir para no tener ciertos problemas.

Las carreras cada vez eran más peligrosas, y ahora que Daniel estaba obsesionado con esa niña que estaba babeando por él, lo eran aún más. Me percaté de su mirada clavada en ella y me acerqué a él para hacerle entender que no era buena idea lo que pretendía hacer.

—En serio, no lo hagas. ¿No ves que nunca ha corrido con una moto como esa? —me quejé, intentando hacerle entrar en razón.

Daniel me miró desde su altura y su respuesta fue besarme con fuerza. Al separarse, apresó mi labio inferior con sus dientes. Tiró tan duro que me hizo sangre.

Tenía que evitar que Sergio y Sofía corrieran, así que me acerqué hasta ella para suplicarle que no lo hiciera y para que convenciera a su hermano de retirarse. Caminé hasta el grupo de Sergio —lleno de niños pijos, todo hay que decirlo— y, al ponerme a su lado, Sofía me miró de reojo, nerviosa.

—¿Podemos hablar? —le pregunté, y tiré de ella antes de que me respondiera.

Caminé con su brazo agarrado hasta el otro lado del descampado mientras se quejaba por el dolor que le hacía en la muñeca.

—¡Cállate, joder! —le grité, y lo hizo.

Era tan asustadiza..., tan pequeña para estar allí... Solo tenía quince años, y Daniel ya se la había metido en el bolsillo, consiguiendo que se entregara a él en todos los sentidos. Hizo con ella lo que conmigo: la engatusó, la emborrachó, la drogó, la utilizó y la enamoró. Menos mal que conmigo lo último no lo consiguió, y era por eso por lo que aún me tenía cerca, porque sabía que no era como las demás.

Tras cerciorarme de que estábamos alejados de todos, me paré en seco y me di la vuelta para poder hablar con tranquilidad.

—¿Se puede saber qué quieres, Noelia? No puedes venir así y agarrarme tan fuerte. ¿Qué te pasa? —se quejó.

Suspiré al ver que ni para discutir podía alzar la voz.

—Tenemos que hablar, Sofía. Necesito que le pidas a tu hermano que no corra en esta carrera.

Se carcajeó.

—¿Y por qué habría de hacer eso?

—Porque va a perder, y puede que tenga un accidente. Él no sabe llevar la moto tan bien como Daniel.

Sus ojos se abrieron, sorprendida, y alzando una ceja, me dijo:

—Claro, es eso... Estás celosa porque Dani no te hace caso porque me quiere a mí. ¿No has tenido suficiente de él? Has sido tú quien lo ha dejado. ¿Por qué tienes que estar en medio de los dos?

—Sofía, créeme que no es por eso, no es lo que piensas.

—No te creo, y no voy a decirle a mi hermano nada. Además, yo seré su acompañante.

Comencé a negar y cogí sus brazos con fuerza.

—¡No! ¡No podéis hacerlo! Por favor, confía en mí e idos a casa.

Pero no me hizo caso. Se dio la vuelta y se subió a la moto con su hermano. Daniel miró a su alrededor y, cuando me vio, me llamó. La carrera iba a comenzar.

Yo no quería, pero en ese momento era un títere para él. Así que, sin rechistar, me subí en la moto sin poder apartar la mirada de Sergio y Sofía. Estaban en peligro y yo no podía hacer nada. Lo que Daniel les tenía preparado era uno más de sus tantos delitos, pero aquel sería el peor de todos.

La carrera comenzó y, a decir verdad, Sergio salió bastante bien, pero Daniel pronto se puso a su lado, tan pegado que casi los tiró.

—¡Daniel, por favor! ¡No lo hagas!

Le grité tan fuerte que me dolió la garganta, pero no me escuchaba, no respondía a mis súplicas.

Nos acercábamos al lugar y mi cuerpo comenzó a temblar. Me sentía una cobarde, una maldita cobarde que sabía lo que iba a ocurrir pero que no hizo nada para remediarlo. Al fondo, las luces de los coches prácticamente nos deslumbraron, pero Daniel ya sabía que sus amigotes dejarían los coches en medio de la carretera para hacer que Sergio se chocara con ellos.

Nos acercábamos a una velocidad nada permitida, y cuando estábamos a menos de dos metros, Daniel frenó para no chocar, pero a Sergio no le dio tiempo a hacerlo y el choque fue inminente. El estruendo entró en mis sentidos, provocando un dolor incesante en mi cabeza y en mi corazón. Me bajé de la moto como una loca, gritándole de todo a Daniel, odiándolo con más fuerza que nunca.

—¡¡Eres un maldito hijo de puta!!

Corrí hasta ellos y, al verlos, sentí que moriría allí mismo, en ese instante. Sofía tenía los ojos abiertos, aunque estaba apresada entre la moto y uno de los coches. Intenté ayudarla a salir, pero al ver a Sergio, mi alma se cayó al suelo. Ese chico había muerto en el acto. Mis ojos se llenaron de lágrimas a la vez que escuchaba la voz de Daniel llamarme para que me fuera. Las sirenas de los coches de policía se escuchaban cada vez más cerca, y como una cobarde, me di la vuelta para irme.

—No, no te vayas, Noelia. Ayúdame —me suplicó con dificultad Sofía, pero yo no la escuché y salí corriendo para volver a montarme en la moto con Daniel.

Durante el trayecto hasta mi casa no paré de llorar. Las imágenes se reproducían una y otra vez en mi mente: cómo Sofía me pedía ayuda, cómo Sergio perdía la vida en una carrera.

—Esto no puede saberse —escupió Daniel cuando me bajé de la moto.

—Eres un malnacido —lo insulté—. ¿Cómo has podido hacerlo? ¿Cómo puedes dormir por las noches sabiendo todo lo que haces?

—Deja de lloriquear por algo que ya ha pasado. Están los dos acabados y no somos sospechosos, ¿qué más quieres?

—¿Qué más quiero? ¿Tú te estás oyendo? Yo no quería que esto pasara. Además, ella estaba bien —declaré, y me regañé internamente por ser tan bocazas.

Daniel frunció el ceño y pude comprobar cómo se ponía nervioso por ese pequeño detalle. Si Sofía nos denunciaba, podríamos acabar en la cárcel.

Me desperté sudorosa y con el corazón en un puño. Pasé las manos por mi frente a la vez que me levantaba de la cama. Había llegado hacía ya cuatro horas y estaba tan agotada que me había quedado dormida.

—Solo ha sido una pesadilla. Solo ha sido una maldita pesadilla —me repetí una y otra vez.

Sí, había sido una pesadilla, pero lo único que hice fue recordar lo que pasó aquella noche. Prácticamente lo tenía olvidado, pero volver a ver a Sofía lo había removido todo en mi cabeza y mi subconsciente me lo había plasmado en primera plana.

Fui hasta el baño y me eché agua en la nuca y en la cara. Me miré en el espejo, y lo que vi reflejado me dio asco. ¿Cómo pude dejar que pasara? ¿Cómo pude dejar que Daniel siguiera haciéndole daño hasta conseguir

volverla loca? Fui tan hija de puta como él. No tenía perdón.

Escuché unos toques en la puerta y salí para abrirle a mi tía. Al abrir, entró tranquilamente, sin ser invitada.

—Buenos días —me saludó, sentándose en la cama.

—Buenos días.

—¿Te ocurre algo? —me preguntó, y negué—. ¿Segura?

—A ver, ¿qué pasa? Porque cuando te pones tan preguntona, es por algo.

Mi tía suspiró y me instó a que me sentara a su lado.

—Marcos me ha contado lo que ha pasado entre vosotros.

Abrí los ojos desorbitadamente y me sonrojé al instante.

—¿Todo?

—Todo, y también me ha dicho que lo has dejado. ¿Por qué? Si lo quieres tanto como dices, ¿por qué lo dejas? ¿Acaso hay algo que yo no sé, Noelia? —se interesó con la voz llena de preocupación.

Me encogí de hombros, pensando en lo que podía decirle, lo más creíble para que no volviera a preguntar. No había nada que pudiera decirle, y había veces que necesitaba soltar ese secreto que me mataba por dentro, que estaba acabando conmigo, pero decírselo era ponerla en peligro a ella también. Agaché la mirada sin poder hacerle frente, y ella, poniendo sus dedos en mi barbilla, me obligó a mirarla de nuevo.

—Noelia, sé que hay cosas que son complicadas de contar y que lo más seguro, y conociendo tu historial, es que sean ilegales.

—Tía, no puedo contarte esto.

—¿Por qué? Sea lo que sea, yo te apoyaré —me aseguró, pero yo no estaba tan segura.

—En esto no podrás. Ni yo misma me apoyo. No tengo perdón, y soy mala persona —me culpé, bebiéndome las lágrimas.

Me estrechó entre sus brazos. Mientras acariciaba mi cabello, me susurraba palabras tranquilizadoras en el oído, aunque también me dijo algo que jamás me habría imaginado:

—¿Es por esa chica? ¿Por Sofía?

Me tensé y me separé de ella para poder mirarla a los ojos. Si ella lo sabía, estaba acabada. Mi tía era de esas personas que iban por lo legal hasta cruzando la carretera caminando.

—No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo.

—No sé de qué me hablas —indagué para saber hasta qué punto era

consciente ella.

—Sé que has estado pagándole el psiquiátrico a Sofía Gómez y sus padres han querido darte las gracias muchas veces, pero siempre me he negado a que lo hicieran.

No podía creer que todos supieran lo que hacía desde hacía dos años, y tenía miedo a que todo explotase en mi cara hasta destrozarme.

Me levanté para poder alejarme de ella y respirar con normalidad. El pecho me dolía y sentía que me faltaba el aire. No podía estar pasándome aquello, no podía permitir que todo se supiera. Mi tía, preocupada, se acercó a mí y cogió mis manos a la vez que comenzaba a explicarme que debía coger aire despacio y soltarlo de la misma manera.

Me estaba dando un ataque de ansiedad. Mis piernas comenzaron a flaquear, perdiendo las fuerzas, y caí al suelo. La desesperación me envolvió y sentí que me moría mientras la cara de Sofía se metía en mi mente una y otra vez: sus ojos asustados, su rostro desencajado al verme, al recordar quién era yo, al saber que Daniel podría ir a buscarla y hacer de ella polvo.

—Tranquila, cariño, llamaré a un médico.

Comencé a negar a la vez que su nombre salía de mis labios:

—Marcos... Necesito a Marcos —dije con dificultad.

Mi tía se levantó y salió a toda prisa de mi habitación. Yo me abracé a las piernas mientras escondía la cabeza entre ellas. Estaba asustada, aterrada, y sabía que había llegado la hora de ser sincera y liberarme de todo lo que envolvía mi vida, mi corazón, mi mente y mis ganas de vivir.

Minutos después, mi tía volvió a entrar y se sentó a mi lado mientras me cantaba una canción para relajarme, esa canción que tanto me gustaba de pequeña: A quién le importa, de Fangoria.

Los minutos pasaban y me encontraba un poco mejor, aunque aún seguía sintiendo que mi pecho se quedaba sin aire. Entonces, los pasos apresurados de Marcos llegaron a mis oídos, y sin darme siquiera cuenta, lo tenía de rodillas frente a mí, cogiendo mis mejillas y acunándolas entre sus manos.

—Noe, Noe. Mírame, estoy aquí, cielo, estoy aquí —murmuró, y abrí los ojos.

Al verlo, lo abracé, aferrándome a su cuerpo como si fuera mi balsa, como si fuera el único medio que necesitaba para salvarme de ser ahogada, hundida, de estar perdida. Mi tía nos dejó a solas y él siguió abrazándome con fuerza, haciéndome sentir protegida, querida.

No sabía cómo iba a acabar aquello ni cómo podría hacer frente a lo que se avecinaba, pero necesitaba confesarle a alguien lo que sucedió, y ese era Marcos. Le contaría todo lo que pasó, y si aun así quería estar conmigo, dejaría que lo hiciera.

Acariciaba mi cabello pausadamente, susurrándome bonitas palabras, llamándome princesa, como solía llamarme antes. Siempre fue un buen amigo que me cuidaba, me protegía y me defendía de los abusos. Y ahora sentía que lo perdía, y necesitaba tenerlo. Necesitaba a Marcos. Quería a Marcos.

Sintiéndome un poco más tranquila, cuando por fin recuperé el aliento que había perdido hacía una hora, me separé de él para poder mirarlo mientras me sinceraba. Estaba decidida a confesar aquello que quise olvidar, eso por lo que siempre tuve que estar con Daniel. Le contaría la verdad a la persona que más quería en este mundo, aun sabiendo que podría perderlo por ello.

—Tengo que hablar contigo —murmuré sin apartar mis ojos de él.

—Tranquila, ya habrá tiempo para eso.

—No, necesito hacerlo ahora, Marcos... Necesito liberar lo que me oprime el pecho, el motivo por el que quería alejarte de mí. —Mi voz sonó desesperada, agitada, y ya sentía que el aire se me escapaba de los pulmones.

—Noelia, no necesito saber los motivos, solo que no lo hagas por nada. No me alejes de ti —me pidió preocupado.

Negué sin poder hacerlo. Claro que no lo alejaría, pero tenía que decirle todo lo que pasó y confiar en que él sería capaz de entenderlo.

Me levanté del suelo y comencé a dar vueltas de un lado al otro, sin parar. Marcos me miraba expectante desde el suelo. No sabía cómo empezar a contarle el comienzo, ya que él era el primer protagonista de mis enfados. Paré en seco delante de él y lo miré desde mi altura.

—Cuando tú te fuiste —lo vi tragar saliva—, todo mi mundo se fue a la mierda: mi padre murió, mi mejor amigo se iba y mi tía se quedó destrozada por perder al amor de su vida... Fue todo un caos.

Se levantó para ponerse frente a mí y puso sus manos en mis hombros.

—No tienes por qué contarme nada, por favor —insistió, pero negué.

—Déjame hablar —le pedí con tranquilidad—. Ya sabes que ya no íbamos tanto a las carreras y que nuestras noches se basaban en ver una película en la cabaña. Pero cuando te fuiste —insistí—, me volví loca. Entré en una depresión que hizo que cometiera muchas locuras, y una de ellas fue meterme en la cama de Daniel.

Marcos comenzó a negar, cabreado. Lo notaba. Tenía sus puños apretados a cada lado de su cuerpo, mirando al suelo y resoplando. En cualquier momento podría estallar, pero no le tenía miedo, y estaba segura de que no era a mí a quien odiaba en ese momento, sino a él mismo por abandonarme.

—Fue una locura tras otra: sexo, alcohol, drogas. Y con ello, los robos y las carreras más peligrosas que podrías haber visto en tu vida. —Suspiré—. Mi tía no sabe nada de esto, y no tengo intención de contárselo, de momento.

—Déjalo ya, no necesito saber más. —Rechinó los dientes.

Me acerqué a él y lo abracé, pasando mis brazos por su cintura. Lo pegué a mi cuerpo para calmar su cabreo. Él no se movió, ni siquiera me estrechó entre sus brazos como yo necesitaba, y me di cuenta de que una parte de Marcos me odiaba a mí también. Preferí alejarme de su cuerpo y proseguir contándole todo desde el otro lado de la habitación. Caminé hasta mi cama y me senté a orillas de esta, mirando la foto de mi padre que reposaba en mi mesilla de noche.

—En unas de las carreras, conocimos a una chica llamada Sofía. Esta, nada más ver a Daniel, se volvió loca por él. Fue el peor error de su vida, pues él se dio cuenta y se aprovechó de ella. La enamoró, la utilizó y la destrozó a su antojo —escupí, cabreándome al recordarlo.

Me quedé en silencio, intentando buscar las palabras adecuadas para poder contarle la peor parte de la historia. Mientras miraba al suelo, sentí que la cama se hundía al sentarse alguien. Miré a mi lado y allí estaba él, mirándome con dulzura, habiendo borrado todo lo que lo cabreaba, incluido saber que Daniel y yo habíamos llegado tan lejos. Ya no apretaba los puños. Cogió mis manos y las acarició para darme fuerzas, para darme el apoyo que necesitaba para poder contar la verdad.

—Esa chica venía siempre con su hermano. Un día, Daniel y sus amigos hicieron una apuesta y los retaron a una carrera. —Una lágrima se derramó por mi mejilla—. Le supliqué que no lo hiciera. Incluso hablé con ella para hacerla entrar en razón, pero ninguno me escuchó, y pasó.

—¿Qué pasó?

Era la primera vez que hablaba desde que había comenzado a contarle todo. Marcos me miraba atento, aunque con cariño. En sus ojos no veía nada de reproche. En cambio, yo lo había mirado hasta con odio.

—La carrera comenzó y yo iba con Daniel. —Tragué saliva y miré hacia arriba—. Comenzamos a acercarnos al final, y antes de llegar, Daniel frenó,

pues habían dejado coches cortando el paso. A la velocidad que íbamos, ellos no los vieron y se estrellaron.

Sentí cómo mi pecho volvía a subir y bajar con fuerza, dejándome completamente sin aire, costándome calmar mis nervios. Rememorar aquello dos veces el mismo día no había sido buena idea.

Marcos no me quitó la vista de encima, pero algo había cambiado en él. Soltó mis manos y se levantó de la cama. El miedo a perderlo entró en mi cuerpo y me levanté para coger su brazo. Se iba a ir, se alejaba, tal y como yo había dicho. Cuando lo agarré, se dio la vuelta y pude ver el dolor en sus ojos por lo que hice y por ocultarlo, la decepción al mirar a la que fue su mejor amiga, a la chica que ahora quería.

—Murió, ¿verdad? Por eso ella está en un psiquiátrico. —Asentí—. ¿Cómo pudiste dejar que pasara? Tendrías que haber llamado a la policía, tendrías que haberte ido enseguida, pero no lo hiciste. —Mis ojos se llenaron de lágrimas. Sentía que me moriría en cualquier momento, y las palabras no me salían para decir un «Lo siento»—. No puedo creerlo, Noelia.

—Yo no quería, incluso impedí que él la encontrara —expresé con el nudo instalado en el cuerpo—. Daniel quiso volverla loca para que no lo denunciara, y lo consiguió. Pero eso no significa que yo hiciera lo mismo. Yo quise alejarla de él, y en parte conseguí que su familia pudiera pagarle los médicos.

—¿Y con eso ya te sientes mejor? —Negué sin parar de llorar—. Puedes acabar en la cárcel por cómplice, ¿lo sabías?

Le iba a responder cuando mi tía entró en la habitación y se puso en medio de los dos.

—Creo que ya es suficiente, Marcos —intervino.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Estás siendo muy injusto con ella. Sé que ha cometido errores, pero eres el menos indicado para recriminarle nada cuando fuiste tú el que te largaste por cometer una cagada, así que mejor será que te calles y vuelvas en otro momento.

Marcos se paralizó cuando mi tía habló y yo me quedé mirándola sin entender nada. ¿A qué se refería con la cagada? ¿Qué sabía mi tía de todo eso? Siempre supe que se fue por algo que le pasó, pero jamás me lo había imaginado, y aún seguía sin hacerlo.

Me miró suplicante y, al ver que no decía nada, se dio la vuelta y se

marchó. Escuchamos la puerta cerrarse de un portazo y me senté en la cama contemplando el suelo. Ahora tenía que lidiar con mi tía, pues había escuchado toda la conversación, o eso creía. Se arrodilló delante de mí y me levantó el mentón para que la mirara a los ojos mientras me echaba la bronca:

—Siempre supe lo que pasó, Noelia. Y no te preocupes. Sofia sabe que siempre trataste de salvarla de aquello, aunque te marcharas cuando te necesitaba —me explicó—. Sé que tu miedo ha sido que, al caer Daniel, tú también caerías, pero tranquila, cariño, que eso no pasará. La familia de Sofia está muy agradecida contigo y saben que todo lo hizo él con sus amigos, así que a ti no te sucederá nada.

Me abracé a ella llorando a moco tendido, intentando respirar con normalidad, dejando libre mi pecho, dejando por fin lo que tanto daño me había hecho durante dos malditos años. Creí que mi mundo estuvo a punto de acabar cuando Sofia me recordó, aunque ahora sabía que, en realidad, siempre supo quién era yo, pues nunca pudo olvidar la última vez que me vio.

Los días de Daniel estaban contados, y con ello, ya no tendría que volver a verle la cara de hijo de puta que tenía. Con ello, podría por fin vivir con tranquilidad, terminar mis estudios y labrarme ese futuro que tanto había soñado.

Días después...

La vuelta a la universidad después de tantos días alejada de todo y de todos fue tranquila, aunque me costó ponerme al día con los exámenes y las recuperaciones. En definitiva, me quedaban solo dos asignaturas por aprobar y ¡sería libre! Necesitaba aprobarlas y realizar ese viaje que tantas ganas tenía.

En esos días no volví a ver a Marcos, y en parte lo agradecí, aunque me moría por besarlo, por perderme entre sus brazos y aferrarme a él. Pero tenía claro que a partir de ese momento no debía de empeñarme en tener siempre a alguien a mi lado y vivir mi vida tal y como había soñado. Estaba enamorada de él, hasta las trancas, y me dolía mucho no estar a su lado, pero tampoco había ido a verme desde que mi tía lo echó de mi habitación por ponerse borde. Estuve tentada en varias ocasiones de ir a verlo, pedirle la oportunidad de explicarle los motivos que me llevaron a cometer aquella locura de largarme dejando a Sofia desamparada, pero mi tía no me dejó hacerlo, alegando que él no tenía que haber reaccionado así, y tenía toda la razón.

Me centré en lo más importante, y eso era poder recuperar a las personas que había ido perdiendo en el camino, incluida mi mejor amiga.

Después de hablar con Celia, hicimos las paces y me pidió perdón por haberse comportado como una adolescente hormonada que se volvía loca por su cantante favorito. Entendió que él me quería a mí, aunque sabía que no estábamos en nuestro mejor momento. Bueno, no teníamos mejores momentos en esos días.

Estaba en la biblioteca estudiando para el examen que tenía al día siguiente cuando me llegó un mensaje. No lo leí y seguí con lo mío, pero llegó otro y después otro, hasta seis en menos de dos minutos. Me preocupé y cogí el móvil para ver de quién se trataba y los leí. Al hacerlo palidecí, y sentí que en cualquier momento mi mundo se hundiría de nuevo.

Tenía que evitar a toda costa que la oscuridad en la que una vez viví volviese a mi vida como si nada, vagando a sus anchas a mi alrededor, tirando de mí, arrastrándome como si fuese un desagüe.

Me levanté y, tras recoger mis cosas, salí de la biblioteca para subirme a mi coche e ir a mi casa, donde, si Dios me escuchaba, estaría mi tía tranquilamente leyendo algún libro o viendo la tele. Ella no era persona de encerrarse en casa, pero aquella noche necesitaba que no saliera, incluso que nos fuéramos las dos a otro lugar donde nada ni nadie nos pudiera encontrar.

Desconocido:

Pequeña, has sido muy mala.

Sabes quién soy, ¿verdad?

Aunque creo que en realidad nunca has llegado a conocerme.

Seré tu peor pesadilla.

No sabes hasta qué punto tengo ganas de tenerte frente a mí.

Espero que, a partir de este momento,

vivas una auténtica pesadilla.

Y yo me encargaré de eso.

Cada vez que recordaba los mensajes, pensaba en cómo Daniel se vengaría de mí por haber contado lo que pasó. Sabía que estaba muy cabreado y que era capaz de todo, hasta de matar.

Aceleré lo más que pude; necesitaba llegar a mi casa. Cogí el móvil y marqué el número de mi tía, dejándolo en altavoz para escuchar y no tener un accidente. Uno, dos, tres, cuatro tonos, y nada. Volví a marcar y seguía igual. Tragué saliva a la vez que mi cuerpo se ponía en tensión. No sabía qué hacer y estaba desesperada, así que no me quedaba otra que llamar a Marcos. Él podría llegar antes que yo y comprobar que mi tía estuviera bien.

Marqué el número y, cuando estuve a punto de colgar, habló. Mi corazón latió frenético al escuchar su voz y me entraron ganas de llegar y besarlo. Me estaba volviendo loca.

—¿Noelia?

—Hola, Marcos. Siento llamarte, pero necesito que me hagas un favor.

—Oh, claro. Dime, ¿qué pasa?

—Necesito que vayas a mi casa y me digas si mi tía está bien, si está o lo que sea, por favor. Es urgente.

—Pero ¿ha pasado algo? ¿Tú estás bien? Noelia, ¿qué cojones pasa?

—No puedo decirte ahora mismo nada. Después hablamos.

Su última respuesta casi ni la escuché, pues había colgado. Aceleré más todavía, rezando porque ninguna patrulla de policía me viera.

Llegué unos diez minutos después y, tras aparcar el coche de mala manera, me bajé del coche y corrí hasta el interior, donde Marcos estaba, pero mi tía no. Me acerqué a él nerviosa, asustada y sin un ápice de color en el rostro. Me sentía culpable, y si algo le pasaba a mi tía, a la única familia que tenía, a mi

única madre, me moriría.

—¿Dónde está? Dime que ella está bien, por favor. ¡Dímelo! —exclamé, zarandeándolo con fuerza, y cogió mis brazos para pararme.

—Tranquila, por favor. Tu tía está bien... He llegado cuando se iba, hace apenas unos minutos, y me ha dicho que no tardaría —me explicó.

El peso que traía encima de mí cayó y me tiré en el sofá recostándome. Marcos se sentó a mi lado y cogió mis piernas para ponérselas encima de las suyas. Sus caricias en ellas hicieron que lo mirase y suspirara. Era tan guapo... Cada vez que lo miraba, me prendaba de él. Me quedaba con la boca abierta al ver sus labios carnosos, sus ojos azules, tan azules como el cielo, como el mar.

—¿Estás mejor? —Asentí—. Ahora, dime, ¿qué te ha pasado? Nunca pierdes los nervios de este modo.

—He recibido unos mensajes, y creo que son de Daniel —le conté.

—¿Qué te decía en ellos? ¿Qué quiere? Pensé que lo habían condenado y estaría en la cárcel —me preguntó, y yo me encogí de hombros.

Yo también había pensado lo mismo. A esas alturas, Daniel debería estar metido entre rejas, pero por lo visto se esfumó antes de que lo detuviesen, cosa que la policía tendría que haber informado.

Estaba tan asustada que ni las palabras de Marcos me calmaban. Las cosas podrían ponerse mucho peor, y estábamos todos en peligro. Daniel, solo, era inofensivo; un poco vengativo, pero no era nadie. Lo malo era cuando tenía a alguien, y este sería uno de esos casos. Por desgracia tenía amigos, unos que no le temían a nada, ni siquiera a la muerte, y que les importa una mierda acabar con la vida de alguien.

Me levanté y fui hasta la cocina para beber un poco de agua. Marcos fue detrás de mí, y cuando me di la vuelta para volver a salir, lo tenía justo delante. Nuestros ojos se encontraron y tragué saliva a la misma vez que él. Sus manos agarraron mi cintura para pegarme aún más a él.

—Tengo muchas ganas de besarte —murmuró, acercándose.

—Hazlo, no te detengas.

Nuestros labios se encontraron de nuevo, después de tantos días sin verse, sin saborearse. Sentir de nuevo su boca contra mis labios y su lengua entrelazada con la mía fue como tocar el cielo y caer al infierno. Decir que Marcos me calentaba no era un secreto, y más cuando estaba necesitada de él, de sus atenciones, de sus caricias, de sus besos. Necesitaba a Marcos al

completo.

Me apresó entre sus brazos y me subió a la isla que tenía en medio de la cocina. Su boca no se alejaba de la mía ni un milímetro. Me besó con posesión, con deseo, demostrándome lo que me había echado de menos. Sus manos comenzaron a vagar por mi cuerpo, buscando la manera de tocar mi piel, de erizarla más si podía, y le di libre acceso para que lo hiciera, para que me desnudara y me hiciera suya allí y en ese momento.

Mis manos bajaron hasta su cintura, y sacándole la camisa de los pantalones, se la quité por la cabeza, dejando su torso desnudo, desnudo para mí, para tocarlo y lamerlo, para saborearlo, como él saboreaba el mío. Mi lengua descendió desde su cuello hasta su pecho, y me quedé unos segundos más para deleitarme con su piel. Lo escuché suspirar y maldecir. No pudo más y me alejó para poder quitarme mi camiseta y dejarme desnuda de cintura para arriba. Me miró y sonrió mientras me quitaba el sujetador. Sus manos me tocaron con suavidad, y bajó su boca para lamer mis pezones como tanto me gustaba.

Mis gemidos se hicieron presentes, escuchándose solo eso en la estancia. Ya estaba loca por sentir su miembro en mi interior. Entonces, cuando me iba a quitar la parte de abajo, escuchamos la voz de mi tía y palidecí.

—¡Noelia! ¿Estás en casa?

Marcos me ayudó a bajarme y me puse como pude la ropa a la vez que él se ponía la suya.

—¡Joder, joder! Si nos pilla, me muero de vergüenza —susurré bajito para que no nos escuchara.

—Creo que deberías contestar —me sugirió Marcos.

—¡Noelia!

—¡Sí, estoy en la cocina!

Salí a su encuentro y, al verme, frunció el ceño.

—¿Qué hacías? —me preguntó, mirándome de arriba abajo. Me encogí de hombros.

—Nada, solo tomaba un poco de agua.

En ese momento, Marcos salió y mi tía alzó una ceja, divertida. Se le notaban las ganas que tenía de reírse.

—Marcos, ¿sigues aquí?

—Ya me iba, solo me he quedado para esperar a Noelia.

Pasó por mi lado, rozando nuestras manos, y antes de llegar a la puerta, mi

tía Lidia lo llamó:

—Marcos, no te vayas. Podrías quedarte a cenar. ¿Quieres, Noelia? —Me miró a mí y yo asentí—. Pues no se hable más. Vamos, quédate y échame una mano en la cocina. Hoy voy a preparar vuestro plato favorito.

—¡Lasaña! —gritamos al unísono, y soltamos una carcajada.

—Siempre seréis los mismos —dijo mi tía, entrando en la cocina. Marcos la siguió.

Me fui hasta mi habitación para darme una ducha mientras ellos se ponían con la cena. Sería la primera vez después de mucho tiempo que cenaríamos los tres, aunque faltaba la persona más importante: mi padre. Me senté en la cama y cogí el cuadro que tenía en la mesilla, antes de ducharme. Siempre que tenía ocasión, me quedaba horas hablándole a la imagen, como si él estuviera escuchándome, como si realmente estuviera frente a mí, pero luego me daba cuenta de la realidad y mi padre no estaba.

Mientras me duchaba, pensé en Marcos, en sus besos, y como si su lengua estuviera envolviendo mis pezones, comencé a excitarme solo con recordarlo. Estaba a punto de tocarme cuando escuché los toques en la puerta del baño.

—Noelia, ¿estás ahí?

Era Marcos, y era mi ocasión para dar rienda suelta a mis deseos. Salí de la ducha y abrí la puerta desnuda, mojada y con ganas de comérmelo a besos. Él abrió los ojos desorbitadamente al verme, pero entró y devoró mi boca, cogiéndome en brazos, importándole muy poco que lo mojara. Se bajó los pantalones y el bóxer y, sentándome en el lavabo del baño, entró en mí. Sus embestidas fueron rápidas, fuertes, tal y como yo necesitaba, como ambos queríamos. Mientras entraba y salía de mí, besaba mi boca y tocaba mis pechos, endureciéndolos con sus dedos, volviéndome loca.

—Debemos bajar —dijo con la voz ronca, sin parar de moverse.

Gemí en su boca y él, gustoso, se bebió mis gemidos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco y muchas estocadas más convirtieron mi cuerpo en gelatina. El fuego emanaba de mi interior, quemándolo todo.

—No pares ahora, Marcos —le pedí; más bien le supliqué.

El orgasmo estaba creciendo en mi interior. Los dedos de los pies se me encogían, el vello se me puso de gallina y los pezones los tenía tan duros que me dolían. Marcos se volvió loco; yo lo volvía loco. Me cogió, me obligó a enroscar mis piernas alrededor de su cintura y me pegó a la pared. Y allí, sin parar, sin dejar de moverse, de entrar en mi interior como si fuera un león

hambriento, llegamos a un espectacular orgasmo que nos obligó a caer al suelo.

Reposé la cabeza en su pecho, recuperando el aliento, mientras él acariciaba mi espalda y besaba mi hombro. Levanté la cabeza y nos miramos. Ambos soltamos una carcajada que hizo eco en el baño.

—¿Qué le diré ahora a Lidia? —me preguntó, alzando las cejas.

Lo miré; estaba empapado.

—Tú déjame a mí. Yo sabré qué decirle.

Nos levantamos y entré en la ducha para lavarme de nuevo. Al salir, Marcos estaba sentado en mi cama, con la camisa quitada. Me mordí el labio inferior al mirarlo. Ya me estaba calentando de nuevo.

—No me mires así. —Sonreí, acercándome a él—. Eres muy peligrosa, Noelia.

—No sabes cuánto.

—Será mejor que te vistas, o cogerás frío —me sugirió.

Me quité el albornoz frente a él y me di la vuelta para coger ropa del ropero. Lo escuché suspirar y me carcajeé.

—Lo que haces es de mala persona, ¿lo sabías?

—Lo sé, por eso lo hago —le respondí mientras me ponía las bragas y después unas mallas negras.

Busqué un jersey para ponerme y me coloqué el primero que pillé. Cuando estuve lista, bajamos. Marcos iba sin camiseta. Se moría de vergüenza por ponerse así delante de mi tía, pero ¿qué podíamos hacer? Su camisa estaba secándose en la secadora, y aún le quedaba. Además, mi tía llevaba llamándonos unos minutos, y sabía que, si no bajábamos, vendría a buscarnos ella misma.

Entramos a la cocina y ella se dio la vuelta. Miró a Marcos y abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla. Se giró de nuevo y prosiguió con lo que hacía.

—No lo mires así. Ya me conoces. Ha sido entrar en el baño y empaparlo.

—Mi tía levantó una ceja, mirándome de reojo—. Vale, eso ha sonado fatal. Me refiero a...

—Vale, Noelia, sé a qué te refieres. Déjalo ya. —Sonreí y me alejé de ella

—. Id a poner la mesa, anda, y las manos donde yo pueda verlas.

Ambos la miramos incrédulos.

—¡Era broma! —exclamó, y salimos de la cocina para poner la mesa.

Pasamos la cena en familia, como hacía tiempo. La noche fue perfecta, y a mi tía, quitando algunos chistes malos en los que Marcos y yo éramos los protagonistas, se la vio feliz, y así quería que estuviera siempre.

Al terminar de cenar, ella estaba muy cansada, así que, obligándola, se fue a dormir mientras Marcos y yo lo recogíamos todo. Al terminar, nos quedamos en el salón, donde pusimos una película, y en sus brazos disfruté de lo que quedaba de noche. Sus besos cada vez me encantaban más, y me estaba volviendo adicta a su boca. No era sano, pero en ese momento no necesitaba más.

Por la mañana desperté en mi cama y no recordaba cuándo había subido a mi habitación. Miré a mi alrededor y Marcos no estaba. Me levanté para ir a buscarlo y vi en el escritorio un papel. Me acerqué y era una nota de él. Sonreí bobalicona al leer solo la primera frase:

Cariño, me encanta dormir contigo,
pero no quería que tu tía me viera salir de tu habitación,
así que he salido por la ventana.
Sí, sé que es una tontería cuando sabe que tú y yo...
Bueno, sabes a qué me refiero.

Me carcajeé caminando hasta el baño y suspiré como una tonta enamorada.

He pasado una de las mejores noches de mi vida.
He pensado que debías saberlo.
Cuando acabes la universidad, llámame y nos vemos.
Te quiero.

Cada vez que un «Te quiero» salía de sus labios, moría al instante. Estaba ilusionada, como nunca en mi vida, y no quería que aquello acabara, no quería que él se fuera. El miedo seguía siendo uno de los factores importantes en mí, y no sabía cómo sacarlo fuera de mi cuerpo y de mi mente. Probablemente, si me dijera el motivo por el que se fue, las cosas serían más fáciles, pero tampoco iba a obligarlo a contármelo.

Al terminar de arreglarme, salí de mi habitación y fui hasta la cocina para desayunar algo antes de irme a la universidad. Tenía un examen y al día siguiente otro. No me sentía muy preparada, pero tenía fe en que lo iba a aprobar, y si no, pues tendría que repetirlo.

—Buenos días —saludé a mi tía cuando entré en la cocina.

Esta me miró haciéndome una señal con la cabeza, pues tenía la boca llena. Me senté a su lado y cogí uno de los bollos de mantequilla que hacía ella misma, lo unté mantequilla y mermelada de fresa.

—¿No tomas café? —me preguntó cuando al fin logró tragarse el bollo.

Me encogí de hombros.

—Hoy tomaré zumo.

—¿Y Marcos? —se interesó. Yo me quedé callada, ni siquiera podía masticar—. Vamos, ¿te crees que no sé que ha dormido contigo? La próxima vez dile que no tiene que salir por la ventana. Puede hacerlo por la puerta.

Solté una carcajada.

—Ay, tía, eres de lo que no hay —le dije divertida.

—Sois adultos y lo entiendo. Además, se nota a leguas que estáis enamorados. Y no hay cosa que me alegre más, pero antes deberías hablar con él. Noelia, no quiero que sufras. —Fruncí el ceño y me preocupé. Estaba segura de que se refería al motivo por el cual él se marchó hacía cinco años, y si ella lo sabía, debía decírmelo. Cogió mi mano y me miró—. No quiero que te preocupes por nada.

—Un poco tarde para eso, ¿no crees? —Me levanté cabreada.

—Noelia, es algo que tiene que contarte él. No es algo de lo que está muy orgulloso y sé que de primeras no lo vas a entender, pero espero que logres perdonarlo.

—Te oigo hablar, pero no dices nada que me interese. Será mejor que me vaya. —Cogí mi bolso para salir—. Nos vemos luego.

Salí de la cocina y de la casa. Caminé hasta el garaje, donde me monté en mi moto. Necesitaba que el aire me diera en la cara y mi tía necesitaba el coche. Arranqué y me dejé llevar por el viento, abriendo mi mente, dejando que la adrenalina de ir a ciento cincuenta por hora recorriera mi cuerpo entero y me liberara de todos mis pensamientos. Estaba claro que ya tenía la cabeza como un bombo como para poder hacer el maldito examen. No me quitaba a Marcos de la cabeza.

Cuando llegué, fui directa al aula, donde mi amiga Celia ya estaba en su mesa. Caminé hasta ella y la saludé con la mano. El profesor se dispuso a repartir los exámenes, y fue entonces cuando durante una hora solo debía pensar en las respuestas que debía poner en cada pregunta del examen. Pero no, nada de eso iba a pasar. Solo Marcos y su maldito secreto estaban en mi mente. Muy propio de mi tía: joderme.

Terminé casi la última y me levanté para dejar mis hojas en la mesa del profesor. Salí y Celia me esperaba en la puerta.

—¿Qué tal te ha ido?

—Mal. Estoy segura de que suspenderé.

—Pero ¿cómo? Pensé que estabas estudiando —me dijo mientras caminábamos hasta la salida.

—Sí, y lo estaba, pero mi tía esta mañana me dijo que debía hablar con Marcos y no he parado de darle vueltas a la cabeza. Soy una tonta por preocuparme, pero estos días están siendo una locura.

Ella intentó tranquilizarme, pero poco consiguió. Llegamos a los aparcamientos y Celia se montó en su coche para irse, pues no podía quedarse mucho tiempo o llegaría tarde al trabajo. Yo miré mi móvil, pensando en llamar a Marcos, pero no sabía qué decirle. No sabía cómo ponerme frente a él y exigirle que debía decirme de una vez lo que pasó, por qué se fue y por qué no podía saberlo.

Cuando por fin decidí llamarlo, un mensaje entró en mi buzón. Lo abrí y me tensé.

Desconocido:

Estás muy *sexy* cuando conduces tu moto.

Miré a mi alrededor, pero no lograba ver a nadie sospechoso. Me estaba poniendo de los nervios, y tenía que salir de allí de una vez. Otro mensaje entró y lo leí a la vez que me ponía el casco:

Desconocido:

Tranquila, estoy cerca, pero tú no podrás verme.

Otro más:

Desconocido:

No te asustes, aún no ha llegado tu momento, pequeña.

Solo cuídate de ese niño pijo que tienes como novio.

No es como tú crees.

Me subí a la moto, arranqué y aceleré, saliendo tan rápido que por poco me caí para atrás. Me estaba asustando, y no hacía más que mirar por el retrovisor para ver si alguien me seguía. No veía nada, ni una moto tras de mí ni un coche sospechoso. Nada. Sabía cuáles eran las intenciones de Daniel: quería volverme loca como a Sofía. Pero conmigo no lo iba a conseguir.

Veinte minutos después, llegué a mi casa y le mandé un mensaje a Marcos para decirle que lo esperaba en la cabaña en cinco minutos. No tardó mucho en responder con un «OK». Al dejar la moto en el garaje, caminé hasta nuestro escondite. Entré y me senté en el sofá a esperarlo. Estaba agitada, nerviosa y preocupada, demasiadas emociones para un mismo día; bueno, para unas horas, mejor dicho.

Escuché unos pasos acercarse y me entró el pánico. Pensando que podría ser Daniel, me escondí detrás de la puerta, con la lámpara en la mano para atacar a cualquiera que quisiera hacerme daño. La puerta se abrió y lo escuché:

—¡Noe! —Salí de mi escondite y me miró con el ceño fruncido—. ¿Qué hacías ahí escondida? —me preguntó—. ¿Y por qué tienes la lámpara en la

mano? ¿Pensabas atacarme?

—No, lo siento. —Suspiré, dejándola en la mesa—. Pensaba que alguien me seguía.

—¿Por qué has pensado eso? ¿Te ha pasado algo que deba saber? —Me abrazó, y yo me dejé envolver por sus fuertes brazos.

Porque daba igual lo que pasara; yo necesitaba sentirle. No importaba cuál fuera su secreto o si me iba a hacer daño al enterarme; yo quería tenerlo cerca, tocarlo, besarlo y morir en sus brazos si era posible. Me había enamorado tan fuerte que no creía que fuera capaz de dejarlo.

Nos sentamos en el sofá. Yo seguía pegada a su pecho, escuchando los latidos de su corazón, tranquilizándome al darme cuenta de que latía de la misma manera que el mío, estando juntos.

—Dime qué te ha pasado —murmuró.

—He vuelto a recibir mensajes, y cada vez estoy más segura de que es Daniel.

—¿Y a qué esperas para denunciarlo? Tienes que dar parte a la policía de esto, Noelia. No puedes estar tranquila con ese hijo de puta suelto. A saber lo que quiere hacerte —se preocupó—. Pobre de él como me lo encuentre.

—Tranquilo, amor, no me hará nada. Yo sé manejarlo. —Lo besé despacio.

—¿Me has dicho «amor»? ¿Soy tu amor? —me preguntó, separándose de él, y asentí—. Me gusta serlo.

Sus labios volvieron a atacar los míos, envolviéndonos en nuestro propio deseo, dándonos esos besos que tanto nos gustaban, que nos llevaban al cielo. Su lengua entró en mi boca y la enroscó con la mía; se amaban, así como nos amábamos nosotros. Era en esos momentos cuando perdía el norte y el sur y todo lo que había a mi alrededor. En sus brazos perdía el sentido, me veía en otro lugar, como si me llevase hasta el espacio. No quería saber nada más, no necesitaba saber nada de lo que opinaban los demás.

Las horas pasaron y nosotros seguíamos en la cabaña, comiéndonos a besos, disfrutando de nuestros cuerpos. No sabíamos ni qué hora era, ni siquiera nos dio hambre; bueno, de comida.

Sobre las cinco de la tarde me desperecé, pues nos habíamos quedado dormidos, aunque solo hacía media hora que estábamos en la cama, sin aliento. Me levanté y cogí el móvil para ver si mi tía me había llamado. Entonces, otro mensaje estaba en mi buzón, y lo abrí para leerlo.

Desconocido:

Que te acuestes con él, no cambia que tú sigas siendo mía.

Tragué saliva y miré por la ventana, pero no había nadie. Aquello estaba pasando de castaño a oscuro, y ya estaba cansada de tantos mensajes. Tenía que hacerle caso a Marcos e ir a la policía para que rastrearan el teléfono y pudieran dar con Daniel.

Me giré sobre mis talones al escuchar a Marcos llamarme y se preocupó al ver mi semblante.

—¿Qué pasa? —me preguntó, levantándose.

—Nada, es solo que estaba pensando en algo que me ha dicho mi tía esta mañana —mentí, aunque no del todo.

—¿Qué te ha dicho? Seguro que está cabreada conmigo por haber dormido allí anoche —se burló, y negué sentándome en la cama.

Me quedé unos minutos en silencio, mirando al suelo. Suspiré al menos unas cinco veces antes de tener el valor de sacar un tema que, por mucho que yo me dijera que no me importaba, no era así, pues siempre había querido saber lo que pasó. Volví a mirarlo y, con dificultad, saliéndome las palabras atascadas, le pregunté:

—¿Qué pasó cuando te fuiste?

Sus ojos se clavaron en mí y tragó saliva mientras se pasaba una mano por su largo cabello. Sabía que lo estaba poniendo entre la espada y la pared, pero ya era momento de saberlo. Yo me sinceré con él, así que ¿por qué no podía él hacer lo mismo por mí?

Se sentó a mi lado, nervioso. Tenía los brazos en tensión, y eso solo me indicaba que, fuera lo que fuese, era grave. Pero ¿qué tenía que ver yo en todo eso? Éramos amigos, los mejores, y un día se marchó. No había más que yo pudiera pensar. Ni siquiera le hice nada como para que se enfadara y por ello se fuera.

—Un día te dije que no insistieras. ¿Por qué sigues haciéndolo?

—Porque necesito saberlo.

—Pero cuando lo sepas, no habrá marcha atrás, y puede que no volvamos a estar juntos. ¿De verdad quieres que eso pase? —expresó con los puños apretados.

—Claro que no quiero, Marcos —le aseguré—, pero creo que tampoco podemos esconder algo para siempre. Ya que cuando me entere será peor, ¿me entiendes? Prefiero saberlo de tu boca antes que de otra.

Se levantó y comenzó a vestirse. Aquel día tampoco lo sabría; estaba

segura. Cuando se puso la camiseta, me miró desde su altura, y en ese momento me sentí pequeña frente a él. Me sentí completamente perdida, sabiendo que, si no luchábamos por nosotros, podría ser nuestro fin.

—Tengo que irme —declaró, y salió de la habitación sin esperar mi respuesta.

Estuve al menos una hora más en la cabaña, sin ganas de nada, sin poder olvidarme de la expresión en su rostro cuando le había preguntado, y estaba cansada; cansada de que me ocultase algo que debía saber, algo que, por lo visto, era importante para mí. Quería echar el tiempo atrás y recordar algo, cualquier cosa que me llevase hasta su secreto, hasta desvelar el misterio de todo. Entonces, un recuerdo entró en mi mente, dejándome completamente bloqueada. Lo veía a cámara lenta, como si yo solo fuera una persona cualquiera que cruzaba en ese momento por aquel lugar. Vi de nuevo el accidente que tuve con mi padre, cómo la moto se cruzó en nuestro camino, y entonces mi corazón comenzó a latir frenético.

—¡No, no puede ser! —me dije sin poder creérmelo—. No fue él.

Comencé a vestirme a toda prisa. Quería ir a su casa y gritarle que me dijera que no fue él, que no fue él el conductor de la moto que provocó el accidente que tuvimos mi padre y yo.

Mientras recogía mi camisa del suelo, las lágrimas comenzaron a salir, mojando mis mejillas. Me las sequé cabreada y, tras ponerme la ropa, salí de la cabaña y comencé a caminar a paso ligero. Iría a su casa, lo buscaría y le exigiría de una maldita vez que me dijera la verdad, y esperaba por Dios que no fuese lo que mi mente me decía, porque mi corazón no lo soportaría.

Cuando llegué, toqué el timbre unas tres veces seguidas. Su madre, Susana, salió a recibirme y, al ver el estado en el que me encontraba, me dejó pasar y me obligó a sentarme en el sillón. Tras traerme un vaso de agua, que no pedí, se puso frente a mí y por fin me dejó hablar.

—¿Dónde está Marcos? —le pregunté sin beber ni un sorbo.

—Él no está. Vino hace una hora y salió con la moto —me respondió—. ¿Ha pasado algo entre vosotros? Lo he visto muy mal, y la verdad es que no sé a dónde ha ido.

—¿Puedo preguntarte algo? —Suspiré y mi nariz se arrugó. Estaba nerviosa, y ella lo notó.

—Claro, dime.

—¿Por qué se fue Marcos hace cinco años? Me dijo que tuviste mucho que ver en su ida, y ya que él no es capaz de contármelo, espero que puedas

hacerlo tú —le comenté con el corazón en un puño.

Susana me miró cohibida. Ahora era yo la que necesitaba saberlo a toda costa. Necesitaba que me dijeran que no era lo que yo pensaba, que él no fue el causante del accidente y que después se largó para no mirarme a los ojos y darse cuenta de que me había perdido.

—Lo siento, pero no sé a qué te refieres. Mi hijo se fue para estudiar fuera.

—Vamos, Susana, sabes lo que pasó, y aun así me lo has ocultado todo este tiempo, y ¿para qué? ¿Para que no odie a la única persona que he amado en toda mi vida? —Abrió la boca para hablar, pero se calló—. Déjalo, iré a buscarlo para que me lo diga él. Total, ya sabía que tú no me dirías nada.

Me levanté y salí de esa casa que me asfixiaba. Era tan grande y se me hizo tan pequeña... Volví a mi casa, donde tras montarme en la moto, arranqué para ir a donde sabía que estaba.

El tráfico a esas horas de la tarde era una locura, aunque en Madrid siempre había tráfico. Conduje sorteando los coches, rogando de nuevo porque no me viera una patrulla ir a esa velocidad, la cual pasaba de lo permitido. Pero en ese momento me daba exactamente igual; tenía que llegar hasta donde estaba. Con suerte, me lo diría. Y si no, se lo gritaría yo para que solo con sus ojos me lo confirmara.

El descampado estaba desierto, pero se escuchaba claramente el motor de una moto, los derrapes de las ruedas y hasta la respiración agitada del conductor. Todo eso lo sentía yo también cuando corría en ese lugar. Era liberador, y hacía tiempo que no íbamos. Me acerqué un poco más y, efectivamente, allí estaba Marcos, corriendo de un lado al otro, como si se sintiera acorralado, y en cierto modo así estaba.

Cuando me vio, paró la moto y se quitó el casco. Yo hice exactamente lo mismo y me bajé para encararlo.

—¿Qué haces aquí, Noe? —me preguntó sin intención de bajarse.

—He venido para hablar.

—No tenemos nada de qué hablar.

—¿Así será esto ahora? ¿Huirás para no plantarle cara a la verdad, para no decirme la verdad? —le pregunté mientras un nudo se me formaba en la garganta. Las palabras las tenía atascadas, y gritarle lo que creía que ya sabía no era fácil.

—No, pero tampoco hablaré de eso, y si para estar contigo tengo que decírtelo, pues me iré de nuevo —sentenció, y sentí cómo mi corazón

comenzaba a resquebrajarse.

—¡Eso, vete! —grité—. ¡¿Por qué no tienes el coraje de decirme en la cara que tú fuiste el de la moto?! ¡¿Por qué fue tan difícil para ti gritarme que, por ti, ahora mi padre no está?! —Seguí gritando y él se tensó a la misma vez que sus ojos se cerraban—. Fue muy fácil para ti irte y dejarme con la incógnita de saber la verdad.

—No fue así del todo.

—Ah, ¿no? ¿Entonces cómo fue? Yo solo hago suposiciones porque no me dices la verdad. Solo eres un cobarde, Marcos, siempre lo has sido.

Se bajó de la moto y la dejó caer al suelo, vino hasta mí y me cogió de la cintura para luego pegar sus labios a los míos, besándome de manera bruta, pasional. Y me perdí, me perdí en su boca, en su lengua, en el beso que me estaba dando. Pero sabía que ese beso solo era otro espejismo para no ser claro conmigo. Lo amaba, pero no sabía hasta qué punto podría llegar a odiarlo. Me separé de él, echándolo de mi lado a empujones, y le di una bofetada que le giró la cara hacia un lado.

—No vuelvas a besarme a la fuerza —escupí cabreada.

—¿Volvemos a ser bordes? Vale, me ha quedado claro. —Se dio la vuelta para llegar a la moto.

—¡Dime que no fuiste tú! —grité aterrada—. ¡Dime que no fuiste el que conducía esa moto! —insistí con lágrimas en los ojos.

Me sentía ahogada, rota y abrumada. Estaba siendo cruel conmigo misma, pero necesitaba escuchar de sus labios lo que yo ya sabía. Necesitaba que me lo confirmara para poder seguir con mi vida y dejar atrás los recuerdos de ese maldito accidente.

—¡¡Sí!! ¡¡Fui yo!! ¡¿Contenta?! —respondió a pleno pulmón, dándose la vuelta para mirarme a los ojos.

Sentí una presión en el pecho que me dejó completamente sin aire. Miré sus ojos azules, que ahora parecían dos océanos oscuros en los que yo, sin querer, me estaba hundiendo. De mis ojos no dejaban de brotar lágrimas. Me bebí cada una de ellas y me quedé estática en el suelo, con los pies anclados, sin poderme mover. No podía correr, no podía salir de allí y dejar de mirarlo. No podía alejarme por más que lo necesitara. No podía gritar para pedir ayuda. No podía hacer nada, y me estaba muriendo, agonizando internamente.

Marcos suavizó su gesto enfurecido e intentó acercarse a mí, y fue en ese momento cuando reaccioné y me alejé para que no me tocara.

—Eres un cabrón. Todo este tiempo has podido decírmelo, y has dejado que me enamore de ti para contármelo y así destrozarme el alma —le espeté, y él comenzó a negar—. ¿Sabes? De todas las atrocidades que Daniel ha podido hacerme, tú me has hecho la peor de todas.

—No, Noelia, por favor. —Intentó de nuevo alcanzarme—. No te vayas, déjame explicarme. Te lo suplico.

—Ya es tarde para explicaciones, Marcos. Llegan cinco años tarde. —Me subí a la moto.

Nos quedamos mirándonos unos segundos y, antes de arrancar, un coche aparcó frente a nosotros. Tenía los cristales tintados y no podíamos ver quién era el conductor. Por un momento pensé que se marcharía, pero empezó a acelerar sin moverse, a hacer ruido con el motor. Intentaba asustarnos, y lo consiguió. Mi cuerpo temblaba como una hoja, y en menos de dos segundos, tenía a Marcos pegado a mi cuerpo.

—Tranquila, no hagas ningún movimiento —murmuró, y yo asentí.

Entonces, cuando creíamos que se iría, se abrió la puerta del copiloto y se bajó él. Daniel estaba frente a nosotros, y no tenía buen aspecto. Sus ojos reflejaban la furia contenida, el odio que sentía, y creí estar acabada. Estaba segura de que él lo tenía planeado desde hacía tiempo, y había esperado a tenernos a los dos juntos, a solas, en un lugar donde nadie pudiera encontrarnos, para ir a vengarse.

Marcos lo miró y pude ver su odio, pero también su miedo; un miedo que sentía por mí, por ambos, por lo que nos podría pasar ahora que nos amábamos.

—¡Vaya, pero si es la parejita feliz! ¿Cómo estáis, chicos? —nos preguntó, acercándose a nosotros.

—¿Qué quieres, Daniel? —le respondió Marcos con otra pregunta.

Él soltó una carcajada.

—Pero mira que eres estúpido. Lo que quiero, ya lo tengo aquí —sentenció, señalándome.

Miré a Marcos suplicante. No podía dejar que se me acercara, que me hiciera daño.

—Tranquila, no te tocará.

Se separó de mí y cogí su brazo.

—¿Dónde vas?

—Voy a aclarar un par de cosas con él.

—No, no vayas.

Se soltó y caminó hasta Daniel, poniéndose frente a él, tan cerca que sus narices casi se tocaban. Aquello estaba a punto de parecer una guerra, una pelea entre dos hombres que se odiaban con toda su alma. Yo tenía miedo por él, de que le pasara algo a Marcos.

—¿Qué quieres de Noelia? Déjala en paz —le pidió tranquilo.

Daniel se carcajeó.

—¿En serio has venido para decirme esa gilipollez? Lo siento, pero no. No dejaré que esa zorra sea feliz después de hundirme la vida.

—Ella no te ha hundido. Tú solito te lo has buscado. ¿Acaso crees que ella lo está pasando bien? La has jodido. No has parado hasta hacer de ella una persona llena de odio.

Los escuchaba hablar, pero no entendía qué decían. Estaba tan nerviosa que no podía poner atención. Mis ojos solo podían mirar el coche, pues sabía que alguien más había en su interior. Por un momento pensé que solo podría estar el conductor, pero vi cómo Daniel hizo una señal y tres tipos salieron del interior. Los observé y mi pecho se comprimió al comprobar que eran los dos malnacidos que estuvieron a punto de violarme. Ambos me miraron y sonrieron con malicia.

No teníamos posibilidades de salir de allí con vida; de eso estaba segura. Pero no me iba a ir de este mundo sin luchar. Cogí el móvil y marqué el número de la policía.

—¿Qué estás haciendo? Ni se te ocurra llamar a la policía —escupió Daniel, sin dejar de observarme.

Pero ya daba igual. Ya había llamado, y lo dejé descolgado para que pudiesen escuchar nuestra conversación.

—No estoy llamando a nadie. ¿Me crees estúpida? Sé que si la llamo, me matarás, aunque creo que lo harás de todas formas —le dije sin soltar el móvil—. Has tejido un buen plan desde el principio. Has esperado a que Marcos y yo estuviéramos en este descampado, detrás de las naves de los supermercados, para cogernos. Muy bueno, sí, señor. —Aplaudí.

Daniel comenzó a caminar hasta mí y Marcos lo agarró del brazo para impedirselo. Lo único que provocó con ello fue que este le pegara un puñetazo y que, junto con sus amigos, lo cogieran entre los tres para comenzar a golpearlo. Cada vez estaba más cerca de mí, y pude ver que estaba armado. Aquel era nuestro fin.

Mis ojos no se apartaban de Marcos. Le estaban dando una paliza y no podía defenderse. No podía más, y aquello se estaba poniendo muy feo. Daniel estaba muy cerca de mí, y lo único que podía escuchar era los latidos de mi corazón, que latían a la misma vez que sus pisadas. Cuando lo tuve frente a mí, muy cerca, cogió el móvil, lo tiró al suelo y después lo pisó.

—¿Te crees muy lista? —me preguntó, golpeándome.

—¡¡No la toques, hijo de puta!! —gritó Marcos.

—Encargaos de él, y que no vuelva a hablar. No soporto el sonido de su voz —les pidió a los matones, y siguieron golpeándolo.

Temblaba, sentía cada golpe que él recibía, aunque, por mi parte, también lo haría de Daniel, de ese hombre que una vez me hizo suya, tanto que hasta creí que ya no tenía conciencia. Solo hacía lo que él decía, solo pensaba por él, pero se acabó.

Volvió a mirarme y, con una sonrisa, cogió mi barbilla con una mano, apretándome con fuerza, haciéndome daño, y pegó sus labios a los míos en un beso que me dio asco, que me dio ganas de vomitar. En uno de sus despistes, mordí su labio inferior con tanta fuerza como me fue posible. Soltó un grito de dolor, y eso me dio unos segundos para poder apartarme de él, sin embargo, agarró mi pelo y me tiró al suelo.

Desde su altura podía ver que llevaba una pistola, y tenía un miedo atroz de que la usara con Marcos. No me preocupé por mí en ningún momento, sino por él, pues perderlo, era perderme yo.

—Siempre estuve enamorado de ti, pero todo cambió cuando ese capullo reapareció en tu vida. ¿Qué tiene él que no tenga yo? —Se arrodilló frente a mí y volvió a cogerme del pelo.

—Nunca podrás compararte con él. Asúmelo.

—¿En serio? ¿Mata a tu padre y soy yo el malo? Vamos, no me jodas, Noelia.

Cuando nombró a mi padre me enfurecí, tanto que, como pude, levanté la pierna y le pegué una patada en el brazo. Daniel cayó al suelo y yo me levanté para salir corriendo y ayudar a Marcos, aunque fuera un auténtico suicidio, ya que él estaba bastante peor que yo.

—No te muevas, o lo mataré ahora mismo.

Me di la vuelta y lo vi empuñar la pistola en su dirección.

—No te atrevas, Daniel —le pedí con la voz rota—. ¿Qué quieres? Dime qué quieres y lo haré, pero no le dispaes, por favor.

Caminó hasta mí sin bajar el arma y se puso a mi lado, cogió mi brazo y me llevó hasta ellos. Me puso frente a Marcos, quien me miró suplicante, pidiéndome con los ojos que me salvara y lo dejara. Pero no podía hacerlo, no podía dejarlo desamparado. Daniel puso la pistola en mi mano y temblé al cogerla. Nunca había utilizado una, y jamás lo haría.

—Mátalo tú —sentenció.

Comencé a negar sin parar de llorar.

—¡Estás loco! —exclamé cohibida.

—Sí, es cierto. Ahora, mátalo, ¿o prefieres que nos encarguemos de tu tía?

Abrí los ojos, asustada, aterrada al pensar que podrían hacerle algo malo a ella, a la única persona que me quedaba en la vida, a la madre que nunca tuve. Me enfrenté a él. No iba a matar a Marcos, y mucho menos iba a dejar que le hicieran daño a mi tía. Se había vuelto loco. Alcé la mano y lo apunté a él. Mis manos temblaban, parecían gelatina, y tuve que buscar en lo más profundo de mi ser ese autocontrol que siempre había tenido. Tuve que buscar el coraje para hacerlo, para matarlo yo misma.

—Baja eso, Noelia. Esto no es un juego, y solo harás lo que yo diga. ¡¿Está claro?! —gritó, intentando quitarme el arma de las manos.

Un forcejeo que no esperaba comenzó. Me puse nerviosa, demasiado, y temía que saliera mal.

—¡Suéltala de una maldita vez! —me gritó.

—¡Antes muerta que dejar que te salgas con la tuya!

—Si eso es lo que quieres... —respondió a la vez que un disparo sonó.

Todos nos quedamos bloqueados. Yo miré a Marcos. Sentí cómo mi cuerpo caía al suelo, presa del miedo. Entonces, las sirenas se escucharon a lo lejos, acercándose. Cada vez estaban más cerca.

—¡Noelia! ¡Noelia! —Los gritos desgarradores de Marcos entraron en mi cabeza.

Tenía los ojos cerrados, no podía abrirlos, y me daba miedo solo de pensar en lo que había sucedido. Los abrí, y me di cuenta de que yo estaba bien, que el disparo no había impactado en mi cuerpo, sino en el de Daniel. El terror que había sentido me había jugado una mala pasada pensando que era yo la

que estaba herida.

La policía llegó y los matones de Daniel salieron corriendo, dejando tirado en el suelo a Marcos, pero no pudieron ir muy lejos; los atraparon justo antes de que entraran en el coche. Corrí hasta Marcos y me agaché para comprobar que estuviese bien. Tenía los ojos cerrados, y sentí pánico porque no volviera a abrirlos. Estaba inconsciente.

—No, Noelia —escuché la voz de Daniel. Me giré sin levantarme y contemplé el estado en el que se encontraba. La bala había impactado en su tórax, y si no lo llevaban pronto al hospital, moriría—. Por favor, ayúdame —me pidió.

Miré a Marcos y seguía inconsciente. No quería ayudar a Daniel, no quería tener nada que ver con ese hombre que casi me había matado, pero mi sentido común era mucho más fuerte que yo y me acerqué para presionar la herida y que no se desangrara.

—Lo... Lo siento —dijo con dificultad—. Perdón.

Yo negué mientras las lágrimas seguían siendo las protagonistas de todo aquel caos. Daniel subió una mano hasta mi mejilla y secó las gotas que allí había, dejando la señal en mi piel del sufrimiento causado; sufrimiento que solo él había conseguido en los años que llevaba conociéndolo.

Otras sirenas se escucharon llegar. Miré y eran dos ambulancias. La policía aún seguía arresando a los tres malnacidos que habían llegado con Daniel. Los técnicos de la ambulancia se acercaron para coger a Marcos y se lo llevaron a toda prisa.

Daniel me instó a que me marchara con él, pero no sin antes despedirse de mí. Estaba a punto de morir, y lo sabía.

—Con solo haber disfrutado... de ti estos años, he sido... feliz —declaró. Una tos lo hizo doblarse y la sangre brotó por su boca—. Te quiero.

Fue lo último que me dijo. Sus ojos se cerraron al tiempo que los otros técnicos de ambulancia se acercaban a por él.

—Daniel, Daniel... Abre los ojos —murmuré.

—Lo siento, ha muerto —me confirmó uno de los técnicos.

Me levanté y corrí hasta la ambulancia que estaba a punto de irse con Marcos para el hospital. Me subí y me senté a su lado, agarrando su mano. Le habían puesto oxígeno y lo tenían estable, pero seguía sin abrir los ojos.

Las horas pasaban demasiado lentas. Los médicos no habían salido aún

para informarnos del estado de Marcos. Cuando llegamos, se lo llevaron corriendo, pues estaba muy mal. La paliza que le habían propinado había sido tan fuerte que no pudo soportarla.

Me encargué de llamar a sus padres, a mi tía y a Celia para que fueran al hospital. Al llegar, les expliqué todo, y a mi tía Lidia casi le dio un infarto al enterarse, aunque no la culpaba. Yo aún no sabía cómo podía mantenerme en pie después de todo lo que me había pasado durante esos años.

Celia no se separó de mí en todo momento. Fue entonces cuando me di cuenta de la suerte que tenía. Mi mejor amiga me demostraba su amistad en los peores momentos, dándome a entender que ningún hombre se interpondría entre nosotras.

Tres horas después, un médico salió en nuestra busca, pero solo me nombró a mí y caminamos hasta él.

—¿Tú eres Noelia Torres? —me preguntó, y asentí—. Menos mal que estás aquí. —Fruncí el ceño—. Él piensa que estás muerta.

—¿Cómo? —Mi voz sonó atascada y la pena invadió mi cuerpo.

Recordé el momento del disparo, y me di cuenta de que lo que hice ocasionó una desorientación en Marcos. Él pensó en todo momento que fui yo la herida por la bala.

—No puede ser. Tengo que verlo.

—Vamos.

—Espere, doctor. ¿Cómo está mi hijo? —le preguntó Susana, preocupada.

—Tranquilos, él está bien. Solo ha tenido algunas contusiones y una costilla fracturada. Pero hemos tenido que sedarlo porque estaba muy nervioso.

Todos asintieron.

El médico y yo caminamos hasta la parte de urgencias y nos metimos por las puertas en la que había un cartel que rezaba: «Prohibido el paso. Solo personal sanitario». Mi corazón latía frenético, a punto de salirse por la boca, y lo único que necesitaba para latir con normalidad era abrazarlo y que supiera que estaba bien, que estaba viva.

Cuando llegamos, el doctor me dejó en la puerta y se marchó, dejándome sola ante la incertidumbre de saber cómo estaba. Puse la mano en el pomo y abrí despacio. Luego, con lentitud, entré. No quería hacer ruido, y más cuando lo encontré dormido. Caminé, más bien arrastré los pies hasta la cama, y cuando lo tuve frente a mí, un sollozo salió de lo más profundo de mi ser al

comprobar cómo lo habían dejado esos cabrones. Casi lo habían matado.

Tenía moratones en toda la cara, estaba magullado y, aunque me preocupase, al menos respiraba con normalidad. Cogí su mano y la llevé a mis labios, sintiendo su calidez, esa que me mataba, esa que añoraba en ese momento.

Poco a poco, sus ojos se abrieron y, al conseguir ver con claridad, me vio. Sus ojos se llenaron de lágrimas y, tirando de mí, me aferró a su cuerpo, donde juraría que podría morir sin ser consciente de ello.

No hablábamos, no nos mirábamos, solo podíamos estar así, en silencio y pegados. Escuché que su corazón latía al son del mío, creando una melodía casi perfecta. Mis lágrimas no dejaban de caer, y ya pensaba que me quedaría sin ninguna, pues hacía tiempo que no lloraba tanto.

Sus manos subieron hasta mis mejillas y las secó mientras hacía que me separase de él. Quería verme, comprobar que no tuviera ningún rasguño, y cuando por fin se cercioró de que era así, volvió a acercarme a él, pero esta vez para besar mis labios, dándome ese beso tan esperado, tan añorado por ambos.

Nuestras lágrimas se mezclaron entre caricias. Mi cuerpo estaba paralizado, anclado. Mi pecho dolía, dolía demasiado, porque, aunque yo me moría de ganas por estar con él, por ser feliz, ahora que ya nadie podría separarnos, había algo que sí lo hacía.

Que hubiese sido él quien conducía esa moto era una de las cosas que me alejaban. Pero esa no era la más importante, sino el hecho de que se hubiera marchado cuando más lo necesitaba y sin decirme la verdad, sin tener la confianza de darme una explicación. Y ahora que lo sabía, todo se complicaba, porque tuve que darme cuenta por mí misma y no porque él me lo hubiese contado.

Me separé de él y, con un gran nudo en el estómago que subía hasta mi garganta, le dije:

—Lo siento, Marcos, pero lo que ha pasado no cambia nada. Ahora mismo no puedo estar contigo.

—Pero ¿por qué? Yo te amo y tú me amas a mí, ¿por qué alejarnos por algo que solo fue un accidente? —mencionó.

Me di la vuelta para no mirarlo a los ojos.

—Si solo fue un accidente, ¿por qué me lo has ocultado tantos años? —murmuré—. Que no hayas tenido la valentía de hacérmelo saber es lo que me

separa de ti, no el hecho.

Salí sin decir nada más, dando por concluida una conversación que no daba para más argumento, finalizando una relación que, aunque corta, había sido la más bonita que había vivido en toda mi vida. Solo me quedaría con el recuerdo del que fue mi mejor amigo y mi primer amor.

Dos semanas después...

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —me preguntó mi tía, desconfiada.

—Sí, necesito conocerla, saber de ella. Además, el viaje me vendrá muy bien para..., ya sabes, aclarar mis ideas —le respondí, segura.

Estábamos en el aeropuerto, esperando el vuelo de mi próximo destino. Alemania era un país que tenía muchas ganas de conocer, pero no solo iba por eso, sino para buscar a mi madre, a esa que me abandonó cuando tan solo era un bebé.

Mi tía me abrazó justo cuando por los altavoces comenzaron a llamar a los pasajeros.

—Cuídate, cariño. Y ya sabes, no le hagas mucho caso a tu abuela —me recordó—. Y si te sientes mal o fuera de lugar, vuelve. Estaré esperándote con los brazos abiertos.

Asentí y, tras darle un beso, me giré para ir hasta la puerta de embarque. Miré hacia atrás varias veces, esperando que apareciera, pero no lo hizo, y aunque me moría de ganas por verlo, agradecí que me hiciera caso.

Las cosas entre nosotros no cambiaron y, aunque Marcos fue a verme todos esos días desde que salió del hospital para rogarme el perdón, no podía dárselo. Le demostré que no lo odiaba, pero tampoco podía estar con él. Una parte de mí quería quedarse y correr hasta sus brazos, pero la otra, la que me recordaba el motivo por el que lo había dejado, me alejaba cada vez más de él.

Llegué a la puerta indicada, le di a la azafata el pasaje y entré, para luego caminar por el túnel hasta llegar al avión. Estaba nerviosa, mucho. Desde que le pregunté a mi tía sobre mi madre, no había parado de investigar cualquier cosa que pudiera ayudarme en Alemania: calles, avenidas, carreteras..., cualquier cosa que me llevara hasta la casa de mi abuela materna. Fue una estupidez lo que hice, pues mi tía tenía la dirección y, al final, acabó dándomela a regañadientes.

En el avión, sentí mi pecho oprimido, y no era precisamente por miedo a volar, sino por no saber qué me esperaba en el lugar donde nació mi madre. El

viaje tenía una duración de dos horas, y ese tiempo lo utilicé para leer un poco lo que había escrito esas dos semanas en las que no había salido de casa. Solo lo hice el día de mi último examen y, al final, después de tanto esfuerzo, aprobé todas las asignaturas. Me había graduado, y estaba feliz de poder buscar una editorial que contratase ayudantes, aprendices o lo que necesitaran.

Cuando llegué, me bajé y esperé a que salieran las maletas. Solo llevaba dos pequeñas, pues no tenía intención de quedarme mucho tiempo, ya que mi próximo destino era Londres, y primero tenía que buscar un apartamento, para después pedirle a mi tía el resto de mis cosas.

No quería volver a Madrid y volver a sentirme oprimida, dolida. Estando allí, lo único que hacía era llorar por los rincones, maldiciéndome por no poder borrar el pasado y seguir adelante sin mirar atrás, pero no lo conseguía.

Al coger las maletas, fui hasta la salida. Cogí un taxi, escribí en un papel la dirección de mi abuela y se la di al conductor. Nuremberg estaba a casi dos horas desde el aeropuerto de Múnich, y ya me estaba arrepintiendo de haber cogido un taxi en vez del autobús.

Por el camino le mandé un mensaje a mi tía para decirle que había llegado a Alemania.

Noelia:

Tía, ya estoy en Alemania.

Cuando llegue a casa de tu madre, volveré a hablarte.

Lidia:

Está bien, cielo. Cuídate.

Siempre preocupada por mí. Sonreí al recordar cada momento que había pasado con ella, dándome cuenta de que realmente no necesitaba a otra madre que no fuera ella, pero no podía evitar querer saber algo más sobre mi familia alemana. Solo sabía que tenía una madre y una abuela, pero nada más. ¿Y si tenía hermanos? Necesitaba averiguar todo sobre ella, lo que pasó y por qué se fue de mi lado.

El taxista paró frente a una pequeña casa preciosa y acogedora después de una hora y media de trayecto. El recorrido me costó un ojo de la cara, pero un día es un día, ¿no?

Salí y caminé hasta la puerta. Estaba muy nerviosa, y ni siquiera me había dado cuenta. Sopesé durante unos segundos si tocar el timbre o irme para volver con el rabo entre las piernas, sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, la puerta se abrió. Frente a mí había un chico rubio con unos ojos

azules preciosos. No parecía ser mucho mayor que yo.

—*Hallo, ich suche Anette Weber.* —Lentamente, dije la frase que me había aprendido en el avión. Le había dicho que buscaba a mi abuela.

El chico me miró y sonrió.

—¿Eres española? —me preguntó, y solté todo el aire que no sabía que estaba reteniendo.

—Gracias a Dios que sabes español. No sabes lo que he tardado en aprenderme esa frase —le agradecí.

Soltó una carcajada.

—Hola, soy Adam. ¿Y tú eres?

—Me llamo Noelia.

Frunció el ceño a la vez que una mujer se acercaba a la puerta. Mi corazón latía frenético y, por un momento, pensé que se me saldría por la boca, pero pude guardar la compostura.

Llegó hasta nosotros hablando un perfecto alemán; claramente, no entendí ni media palabra. Cuando me vio, se quedó callada, estática en el suelo. Ella era mayor, pero no demasiado. Tenía el pelo rubio y la tez blanca, como yo, y los ojos verdes. Era preciosa.

—Abuela, esta chica te busca —anunció en español para que se diera cuenta de que era así como tenía que hablar para que me enterase de algo.

Mi abuela se puso frente a mí y unas lágrimas brotaron de sus ojos. No sabía si era porque me había reconocido —cosa que me extrañaba, ya que jamás nos habíamos visto— o porque le recordaba a ella, a mi madre. Sin decirme nada, me atrajo hasta sus brazos, donde me acunó como si fuese una niña perdida; en parte, así me sentía.

—No puedo creérmelo. Estás aquí... Estás aquí... —repitió sin soltarme.

—Abuela, ¿es ella? —le preguntó Adam, y le dijo que sí, llena de felicidad.

Se separó de mí unos milímetros para mirarme de arriba abajo y, cuando comprobó que era real y no un espejismo, tiró de mí para meterme en la casa. Me llevó hasta el salón y me instó a que me sentara.

—Ay, mi nieta querida. Noelia, la niña que más he ansiado conocer —dijo entre sollozos—. Dime, ¿cómo me has encontrado? ¿Cómo es que has venido?

—Tu hija Lidia me lo dijo.

—No puedo creerlo, mi hija... ¿Has oído, Adam? Lidia, ella la ha traído hasta mí —dijo emocionada.

Yo la miré con extrañeza. ¿Cómo estaba tan feliz por conocerme si jamás intentó hacerlo antes? Tenía demasiadas preguntas que hacerle, pero esperaría el momento.

—Hija, déjame que te presente a tu hermano.

Adam se acercó a mí y me abrazó. Tenía un hermano... Tenía un hermano y no sabía de su existencia. Aquello no podía ser real, y tampoco estaba segura de que mi tía no hubiese sabido nada de ellos en todos esos años. ¿Cómo era posible que me hubiese perdido tanto de mi familia? «Un hermano... Tengo un hermano...», me repetía una y otra vez en mi cabeza.

—¿En serio? ¿Eres mi hermano? —expresé, y él asintió—. ¿Cuántos años tienes?

—Veinte.

—Oh, vaya. Entonces soy tu hermana mayor —le indiqué, y él volvió a asentir.

Estuvimos un rato hablando sobre mí y lo que hacía, lo que había estudiado y dónde vivía, pero en ningún momento mi abuela me nombró a mi madre, y ya me estaba desesperando. Si yo había hecho aquel viaje era para saber de ella, conocerla y preguntarle el motivo de su abandono, pero no me lo estaba poniendo fácil.

Eran las siete de la tarde y prepararían la cena, momento en el que preguntaría por ella. Ayudé a mi abuela a prepararla mientras mi hermano — qué raro se me hacía decirlo— ponía la mesa para los tres. Cuando estuvo lista, nos sentamos.

—Anette...

—Por favor, llámame abuela. He soñado tanto con este momento que es lo único que necesito para poder morirme en paz.

Suspiré con una sonrisa y asentí.

—Abuela, quería saber sobre...

—Lo sé, cariño. Quieres saber sobre tu madre, y lo entiendo. Te contaré todo lo que quieras —me aseguró.

Enarqué una ceja.

—¿Dónde está ella? Pensé que la vería aquí.

Mi abuela y mi hermano se miraron con tristeza y luego se giraron para mirarme. Tragué saliva. No me gustaba la expresión de sus rostros.

—Noelia, tu madre murió hace veinte años.

—¿Cómo? —Me tensé, me cabreeé y hasta me regañé por haber ido y darme

cuenta de que ella no existía.

—Estaba enferma de cáncer y no soportó el parto. Murió para darle vida a su hijo.

—Pero, no lo entiendo.

—¿Qué no entiendes?

—Ella me abandonó. ¿Por qué lo hizo?, ¿por qué no quiso estar conmigo? ¿Acaso no me quería? —hablé atropelladamente.

Mi abuela cogió mi mano y la apretó para darme esa fuerza que ya no necesitaba, que ya no quería.

—Es cierto que te abandonó, y no hay cosa que me haya dolido más, pero el motivo fue su enfermedad. Ella no quería hacer sufrir a su familia, a tu padre y a ti. Sabía que le quedaba poco tiempo de vida, e hizo lo que pensó que era mejor para todos en aquel momento.

—Pero tuvo otro hijo. ¿Cómo se atrevió? —cuestioné—. No me malinterpretes, Adam, pero no lo entiendo.

—Tranquila, te entiendo —me respondió.

—Cuando volvió aquí, tuvo un romance con el médico que la trataba y de ahí nació Adam. No fue buscado, simplemente pasó.

—Esto es demasiado para un solo día. —Me levanté y caminé hasta la habitación que ocuparía esa noche.

No pensaba quedarme mucho más tiempo, pues el viaje, además de haber sido una pérdida de tiempo, era absurdo. ¿Cómo pudo tener otro hijo cuando me había abandonado a mí? No lograba entender que una madre hiciera eso con un hijo.

Me acerqué a la maleta, de donde saqué un pijama, y cuando me lo puse, me metí en la cama. Lo único que necesitaba era dormir durante horas y despertar por la mañana en mi habitación, dándome cuenta de que solo había sido un sueño, uno que no tendría que haber averiguado, uno que tenía que olvidar para siempre.

Antes de cerrar los ojos, sonó mi móvil y lo cogí para verlo. Era un mensaje... de Marcos.

Marcos:

Hola, Noe. ¿Cómo te está yendo el viaje? Espero que vuelvas pronto... Te echo de menos, y te quiero.

Mis ojos se humedecieron al leerlo, al saber que aún me seguía queriendo, aun después de haberlo tratado tan mal esos días. Comencé a teclear para

responderle.

Noelia:

Estoy bien. Gracias por preguntar.

Yo también te extraño, y te quiero.

No sabía por qué le había puesto «Te quiero», pero era lo que sentía por él, aunque no pudiera estar a su lado. No me entendía, no me creía ni mis palabras. No podía estar con él, pero me moría por estarlo.

Marcos:

Dime que vaya, e iré donde tú me digas...

Solo dame la oportunidad para demostrarte lo mucho que me importas.

A ese mensaje no respondí. ¿Quería que se presentase en Alemania? No estaba segura de ello, por eso era mejor consultarlo con la almohada y por la mañana vería si quería que Marcos fuese hasta allí para hacerme más fácil el viaje.

Por la mañana, me desperté sobre las once; raro en mí, pues era de las que madrugaban para aprovechar bien el día, pero estaba tan cansada que mis ojos se negaron a abrirse antes.

Me desperecé y me levanté de la cama para ir al baño a asearme. Luego, me vestiría y saldría, ya que quería ver un poco de Alemania, conocer el país de mi madre y disfrutar un poco del viaje, aunque lo que realmente me apeteciera fuera volver a mi casa.

Me dirigí al baño y, mientras me lavaba los dientes, escuché una voz conocida. Fruncí el ceño a la vez que mis ojos se abrían de par en par, despertándome por completo. Me enjuagué la boca y fui hasta el salón. Y allí estaba él, sentado con mi abuela, con esa sonrisa de chico malo que no lo era tanto. Estaba guapísimo, y me dieron ganas de correr hasta él y abrazarlo hasta dejarlo sin aliento, hasta que los dos nos quedásemos pegados para siempre.

Cuando se percataron de mi presencia, Marcos se levantó y, sin borrar su sonrisa, se acercó a mí para estrecharme entre sus brazos.

—Por fin te has despertado —susurró en mi oído—. Te he echado de menos —dijo, y pegó sus labios a los míos en un casto beso.

—¡Ay, qué bonita pareja hacéis! —exclamó mi abuela, feliz de la vida—. Le decía a tu novio que había sido toda una sorpresa tu visita. Y ahora viene él, que es un encanto.

Me separé de él, enarcando una ceja, y se disculpó en silencio, como si no le hubiese quedado otra que decirle a mi abuela que era mi novio. ¡Ja! Se creía que era tonta, por lo visto.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

Él se encogió de hombros.

—Te echaba tanto de menos que no he podido resistirme. Además, tenía muchas ganas de conocer Alemania, y qué mejor que con la mujer que amo, ¿no?

Negué cabreada y me di la vuelta para terminar de vestirme. Que Marcos hubiese aparecido sin mi consentimiento no me hacía gracia, y no dejaría que me manipulara para que lo perdonase. Era cierto que me moría de ganas por estar con él, pero del dicho al hecho había un trecho.

Cuando me había besado, había sentido ese cosquilleo que me recorría de pies a cabeza, y no podía permitirlo. Ya lo odié una vez, así que ¿por qué no hacerlo ahora? Sin embargo, ¿por qué precisamente ahora mi corazón no me dejaba hacerlo? «Porque estás enamorada de él, tonta», me dijo mi subconsciente. Como si fuera tan fácil...

Me puse unos vaqueros, una camiseta simple, me calcé mis botas y, tras ponerme la cazadora, me eché un poco de colorete, rímel y recogí mi cabello en una cola de caballo. Me miré en el espejo y sonreí. Estaba guapa, me gustaba lo que veía. Hacía mucho tiempo que no me sentía segura de mí misma en lo que al aspecto se refería. El corazón, me andaba dando tumbos.

Salí y me encontré a Marcos en la puerta. Sus ojos repararon en mi cuerpo. La ropa que había elegido se me ceñía por completo y lo vi tragar saliva, nervioso. Cogí su mano y lo metí conmigo para hablar con él. Tenía que explicarme qué hacía allí.

—¿Se puede saber a qué has venido? —le pregunté, sentándome en la cama.

—Necesitaba verte, Noelia. No puedo estar más tiempo sin ti —me confesó—. No como, no duermo. Mi cabeza no para de trabajar, de pensar en ti, de recordar cada momento juntos. Te quiero, y he venido a conseguir tu perdón.

Suspiré con pesar y, después de contar hasta veinte, lo miré de nuevo.

—No puedes venir aquí para eso. No es un buen momento... El viaje era para aclarar mis ideas, y contigo aquí, no voy a aclararme mucho, ¿no crees? —Se encogió de hombros—. Además, no se trata de perdonarte o no, sino de poder olvidar que tú fuiste él y no me lo dijiste —le recriminé, reprimiendo las lágrimas que estaban a punto de salir.

No quería llorar, no más, no ahora, pero parecía inevitable.

—Está bien. Entiendo que debería haber esperado a que tú me pidieras que viniera, y lo siento. Te prometo que no te molestaré.

—Marcos, llevas aquí... ¿cuánto?, ¿una hora?, y ya mi abuela piensa que eres mi novio. Si eso no es molestar, que venga Dios y me lo diga —le dije, simulando estar cabreada.

—Ella fue la que se hizo esa idea en la cabeza cuando pregunté por ti. Yo solo he querido que no se llevase una decepción. ¿Has visto cómo está conmigo? Me adora —ironizó.

Sonreí al ver a mi amigo, a ese que hacía tiempo que no veía. Me levanté y

me acerqué a él más de lo permitido para dejarle un par de cositas claras.

—Está bien, delante de ella seremos novios, pero pobre de ti como me toques un pelo cuando estemos a solas. —Alzó una ceja burlona—. En serio, Marcos, ahora no necesito al chico que me hace vibrar en la cama. Necesito a mi amigo, a ese que me hacía reír a cada segundo con sus ocurrencias, el que hace tiempo que no veo.

Levantó las manos, derrotado, y me dio un beso en la mejilla. Se quedó unos segundos ahí, con los labios en mi piel. Cerré los ojos para disfrutar del momento, muriéndome por dentro, porque su boca estuviera contra la mía, pero debía ser fuerte y hacer que él luchase por mí, que esperase si tanto me quería... Necesitaba a esa persona que no tenía secretos conmigo, a mi mejor amigo primero, antes de que diera paso de nuevo al hombre de mi vida.

—Está bien, a partir de ahora, seré tu mejor amigo, pero eso no borrará lo que siento por ti, lo que sentimos. Y yo, óyeme bien, Noelia, te amo. —Se dio la vuelta y salió de la habitación.

Me dejé temblando, con las piernas hechas gelatina. Solo una maldita frase provocaba eso en mí. Estaba claro que aquello no iba a ser fácil, que él no me lo iba a poner fácil, y cada vez que tuviera ocasión, estaría pegado a mí, besándome. Sabía cómo era mi amigo, lo conocía muy bien, y se aprovecharía de cada momento. Sonreía sabiendo que estaba perdida, pero al menos no estaba sola.

Salí de la habitación y nos despedimos de mi abuela. Iríamos a dar una vuelta, conoceríamos un poco ese lugar como amigos, y al caer la noche volveríamos a la casa, cogidos de la mano, como novios. Iba a ser muy divertido, y siendo sincera, lo disfrutaría.

Marcos y yo caminamos por las calles de alrededor de la casa, y podría jurar que jamás había visto nada igual de bonito. Parecía una pequeña ciudad antigua que te transmitía paz. Te imaginabas estando en ese lugar en otra época. Se me erizó la piel con solo pensarlo. Nos encontramos un pequeño bar y, entre risas, disfrutamos de un desayuno. No paramos de carcajearnos cada vez que teníamos que explicarle al camarero lo que queríamos comer, porque, claro, yo no era la única negada en el idioma. Incluso podría decir que Marcos era peor que yo.

Cuando terminamos de desayunar, cogimos el metro y fuimos hasta Berlín este para ver el muro. Llegamos y caminamos, viendo todo a nuestro alrededor, enamorándonos de lo precioso que era. No podía creer que

estuviera viviendo algo tan perfecto, conociendo otros lugares, y qué mejor que hacerlo en su compañía.

—Venga, Noe, ponte para hacerte una foto —me pidió, y me puse delante del muro—. Sonríe un poquito, que eres preciosa.

—Vamos, Marquitos, deja de piropearme —me quejé, sonriendo.

Me echó como cinco fotos iguales, supuestamente para elegir la que más me gustara. Entonces, una mujer pasó por donde estábamos y le pedí como pude que nos hiciera una foto juntos. Ella asintió amable y, tras ponernos juntos, pasando Marcos su brazo por mi cintura, nos la hizo. La señora ya se iba, pero él le pidió otra, y me miró a los ojos y besó para salir en la foto dándonos un perfecto beso. Nos quedamos así, bloqueados, sin poder separar los labios, y no supe si fue la magia del momento o que yo también lo necesitaba, pero no quería alejarme. La mujer se acercó a nosotros, tocó mi brazo para darme la cámara y, con una sonrisa, se fue. Marcos y yo nos miramos. Iba a besarme de nuevo, pero me alejé antes de que lo hiciera y comencé a caminar con él pisándome los talones.

—Bueno, ¿y dónde quiere ir ahora la señorita? —se burló, y le pegué un puñetazo en el brazo—. ¡Oye! ¿Siempre tienes que estar maltratándome?

—Sí, si sigues haciendo lo que te da la gana —le respondí, riéndome. Marcos me sonrió y, guiñándome un ojo, me adelantó. Ahora era yo la que tenía que correr detrás de él.

Volvíamos a coger el metro y fuimos hasta Isartorplatz para ver la puerta de Isar. No quería perderme nada, y veríamos tantos monumentos como nos diera tiempo.

En cada sitio que pisábamos nos hacíamos fotos; algunas solos, otras juntos, y en casi todas, Marcos me sorprendía con un beso. No me quejaba. Para nada. Me lo estaba pasando mejor que nunca. Parecíamos una pareja. Caminábamos agarrados de la mano y me gustaba la sensación de ir así con él, siendo normales, viviendo una vida normal y no la que teníamos antes. Podría acostumbrarme a estar de esa manera.

Vimos la Puerta de Brandeburgo, la Columna de la Victoria, la Torre del Holocausto y el Jardín del Exilio. Comimos en cualquier bar que nos encontrábamos en el camino y, al caer la noche, volvimos a la casa. Estábamos agotados, y necesitaba darme una ducha urgentemente. Además, caería en la cama y no me movería de allí en mil horas si hacía falta.

Cuando llegamos, mi abuela nos tenía preparado un bizcocho de vainilla

que olía de maravilla. A veces cenaban eso con un vaso de leche, y no se lo rechacé. Me senté en el sofá, me quité las botas y puse los pies en el suelo. Los estiré mientras ella se reía por verme así.

—Tienes la misma costumbre que tu madre —mencionó, y la miré—. Ella también llegaba a casa y lo primero que hacía era descalzarse y estirar los deditos de los pies. Te pareces tanto a ella... —Suspiró.

Sonreí mientras arrugaba la nariz. Mi abuela se sentó a mi lado y cogió mis manos.

—Noelia, quiero pedirte perdón por lo que ella hizo y por no buscarte yo misma para conocerte —me dijo—. La última vez que quise acercarme a ti, tan solo tenías dos años, pero tu tía Lidia no me lo permitió. Odiaba tanto a su hermana que pensó que yo haría lo mismo que ella. Luego os mudasteis y no supe dónde buscarte.

Que me estuviera diciendo aquello ahora solo alteraba más mi dolorido corazón, me ponía las cosas más difíciles. Aunque, por otro lado, saber que sí me buscó, que quería saber de mí, en parte me llenó ese pequeño vacío que sentía por no saber nada de mi familia materna.

—No te preocupes, abuela. Ahora no perderemos el contacto —le aclaré.

Besó mi frente. Se había emocionado, y yo misma también lo estaba. Había recuperado a mi abuela, tenía un hermano y estaba conociendo dónde nació mi madre. Y para guinda del pastel, tenía a mi lado a Marcos para hacerlo más perfecto. ¿Qué más podía pedir? Estaba con él, era perfecto. Eso era lo que le pedía a mi corazón. Quería abrírselo por completo y que pudiera entrar para quedarse dentro para siempre.

Unos días después...

Llevábamos casi una semana en Alemania y me estaba acostumbrando a la rutina de aquel sitio. Marcos, después de la última charla que tuvimos en la que casi nos acostamos, me dejó ese espacio que necesitaba, y lo agradecí. Volvió a ser mi amigo el payasete, el que me hacía reír, y no el chico al que amaba.

El viaje estaba llegando a su fin y en tan solo un día volvería a Madrid. Mi abuela me dijo que podía quedarme el tiempo que quisiera, pero, en realidad, mi vida estaba allí, al menos hasta que me fuera a Londres, donde quería vivir de verdad.

Conseguí que mi abuela y mi tía hablaran, que se dijeran todo lo que llevaban guardando durante más de veinte años, y me sentí orgullosa de esa mujer que me crio como una verdadera madre, pues le dio la oportunidad a su propia madre y le prometió que iría a verla.

Ese día, mi hermano y mi abuela prepararon una cena especial. Como sería la última noche que pasaría allí, querían que fuera perfecta. Yo me dediqué a guardar mis cosas en las maletas. No recordaba que hubiese traído tanto, aunque, claro, si en cada salida me dedicaba a comprarme más ropa y algunos regalos para mi tía, era normal que necesitara otro compartimento.

En ese momento, entró Marcos a mi habitación y, al abrir, un olor repugnante entró en mis fosas nasales. Me dieron náuseas y corrí al baño para vomitar. Él fue detrás de mí y, cogiendo mi cabello, me ayudó a agacharme delante del retrete para expulsar todo lo que ese día había desayunado. Cuando me sentí mejor, me senté en el suelo y Marcos se sentó a mi lado.

—¿Estás mejor? —Asentí—. ¿Qué te ha pasado? ¿Te duele algo? ¿El estómago tal vez? —Negué, secándome la boca con una toalla.

—No sé, pero cuando has abierto la puerta de la habitación, me ha venido un olor asqueroso. ¿Qué está cocinando mi abuela? Seguro que hay algo podrido en la nevera.

Marcos frunció el ceño.

—Está haciendo salchicha escaldada alemana. Bratwurst, creo que me ha dicho —me explicó—. Son de cerdo.

Al oír la palabra cerdo, las náuseas reaparecieron y tuve que volver a vomitar.

—¿Seguro que estás bien? Tienes mala cara —se preocupó Marcos, y asentí.

—Sí, seguro que me ha sentado algo mal esta mañana. No te preocupes, ¿vale?

—Bueno, si quieres, le digo que te haga un caldito o algo. No sé si es buena idea que comas esas sal...

—¡No lo digas! Qué asco —le pedí, abrazada al váter.

Marcos salió por petición mía y, cuando me sentí mejor, me lavé los dientes y salí para almorzar, aunque no tenía mucho apetito. Mi abuela me miró preocupada y me hizo recostarme. Se encargó de llevarme a la cama un cuenco con un caldo de pollo que me supo a gloria, y hasta que no me lo acabé, no quiso irse.

—Noelia, ¿estás mejor? —me preguntó, entrando de nuevo.

—Sí, mucho mejor. Gracias por la sopa.

—Nada, no te preocupes. Quería preguntarte una cosa. ¿Te suele pasar muchas veces esto? Me refiero a las náuseas por una comida en particular. —Negué, extrañada por su pregunta—. Ya, está bien.

Entonces me di cuenta de por dónde iba su pregunta, y no, no era eso. Estaba segura... Estaba muy segura... ¿En serio lo estaba? Claro que lo estaba, no podía ser eso.

—Abuela, no estoy embarazada si es lo que estás pensando —le aseguré.

Ella se encogió de hombros.

—¿Estás segura de ello? Es decir, ¿cómo sabes que no es eso? —insistió, y yo no tenía respuesta para eso—. ¿Desde cuándo no tienes el periodo?

Puse los ojos en blanco, pensando en silencio para poder concentrarme más en las cuentas y dar en el clavo, pero en ese momento ese maldito clavo parecía haberse perdido. No me salían las cuentas y, para ser sinceros, con todo lo que había pasado, no me había percatado. Tenía un retraso de dos meses, pero yo estaba tomando la píldora. Aunque...

Mis ojos se abrieron desorbitadamente y me incorporé con rapidez. No, no podía ser real... Eso no estaba pasando.

—Pues creo que ya te has respondido tú.

Me levanté y comencé a dar vueltas por la habitación, de un lado a otro, sin percatarme de que mi abuela seguía allí. Maldije en silencio, sin expresar

realmente lo que mi mente quería gritar, sin procesar exactamente todo lo que se me venía encima.

No, aquello no podía estar pasándome a mí, no ahora. ¿Cómo pude olvidar tomar la píldora? ¿Cómo dejé que eso pasara? Dios, Marcos. ¿Qué diría él? Aquello era un caos, y no sabía cómo iba a ponerme ante él y decirle: «Eh, Marcos, que yo tomaba la píldora, pero por intentar vivir al límite, me olvidé de tomármela y, claro, tú y yo no hemos parado de follar como conejos, así que estoy embarazada».

Negué, negué y negué mil veces más. Mi abuela salió de la habitación sigilosamente y me dejó sola con mi preocupación, con mi quebradero de cabeza.

Pasé lo que quedó de día sin salir del cuarto y no dejé que Marcos entrara, aunque estuvo pegado a la puerta durante más de una hora, intentando pasar para estar conmigo. Mis sollozos no se lo estaban poniendo fácil, pero en ese momento no tenía el coraje de ponerme frente a él para decirle que seríamos padres en unos meses. ¿Cómo se le dice eso a la persona con la que te mueres por estar pero tu rencor no te deja estarlo? Él no había parado de hacerme feliz esos días, siendo los más maravillosos que podía regalarme, y aun así no fue suficiente para que yo le diera esa oportunidad que tanto me pedía.

Sobre las nueve de la noche, salí para comer algo, pues estaba hambrienta. Fui buscando bizcocho de vainilla, y cuando llegué a la cocina, mi hermano estaba sentado, comiéndose un trozo.

—Hola, ¿puedo comerme uno contigo? —le pregunté. Él asintió sin responder.

Nuestra relación era algo inestable. No éramos unos hermanos normales, y todo gracias a mi reacción cuando supe que por él mi madre dio su propia vida. Por supuesto, no le echaba la culpa de aquello, pero no podía remediar sentirme mal, desplazada, como si mi madre lo hubiese preferido a él antes que a mí.

Quería conseguir llevarme bien con él. Si quería irse conmigo a Madrid una temporada, sería genial, y estaría encantada de que así fuera.

—Oye, Adam, no quiero que nos llevemos mal —expresé, cogiendo el bizcocho—. Sé que ha sido mi culpa y que no debí ponerme así. Lo siento. ¿Podrás perdonarme?

—Claro que te perdono... He esperado tanto el momento de estar así contigo, de conocerte, que ahora no veo la necesidad de estar enfadado

contigo. Y entiendo tu reacción, no te preocupes.

—Entonces, ¿por qué has estado todos estos días tan serio? Pensé que era por eso —me interesé.

—Porque me he centrado tanto en no pensar en que tu visita solo era para una semana que no he disfrutado del tiempo que has estado aquí —me explicó. Me dio pena verlo así.

—Mi avión sale al mediodía, así que tenemos toda la mañana para nosotros. ¿Quieres que hagamos algo solos tú y yo? —le propuse.

Sonrió complacido.

—En realidad, sí hay algo que me gustaría hacer contigo antes de que te vayas.

Y después de pasar un rato con él, me fui a la cama antes de que Marcos se diera cuenta de que había salido de mi encierro. No estaba preparada aún para ponerme frente a él. Ya tendríamos tiempo de hablar y ver qué hacer con lo que nos vendría a partir de ese momento.

Por la mañana me desperté temprano, pues había quedado con mi hermano para hacer algunas cosas que a él le apetecían. Ni siquiera me atreví a llamar a Marcos para decirle que me iba y que volvería justo cuando teníamos que irnos al aeropuerto. Durante unos minutos, frente a su puerta, estuve tentada de entrar en su habitación. Pensé en hacerlo, pero me di media vuelta y salí de allí con el corazón encogido. Estaba segura de que estaría cabreado conmigo por ignorarlo, por no dejar que me viera, por no decirle lo que me pasaba realmente.

Entré en la cocina. Mi abuela estaba sirviéndole a Adam un vaso de zumo. Se acercó a mí y, tras darme un beso, me sirvió otro, casi obligándome, pues supuestamente necesitaba vitaminas.

—¿Preparada para pasar la mañana con tu hermano? —me preguntó, y asentí, mirándolo.

—Lo vamos a pasar genial —expuso Adam, provocando mi desconcierto.

—Cuidado, Adam. Ella no puede hacer esfuerzos.

—¿De qué esfuerzos estáis hablando? —me interesé.

Ellos me miraron.

—Tranquila, hermanita, todo se andará.

—Está bien.

Me levanté y cogí una magdalena para el camino. Mi abuela se acercó a mí y tocó mi vientre, poniéndome nerviosa, pues aún ni siquiera era consciente de

que una vida podría estar creciendo en mi interior.

—¿Ya se lo has dicho a Marcos? —Negué, arrugando la nariz—. ¿Cuándo?

—No sé, supongo que cuando lleguemos a Madrid. Antes quiero estar segura de que es cierto y no solo una falsa alarma.

Ella seguía tocando mi vientre, y por un momento cerró los ojos, como si así me estuviera viendo por dentro. Era algo muy extraño, pero no me importó tenerla así. Abrió los ojos y asintió convencida. Arrugué la frente, poniendo la boca de piñón, ya que no sabía qué decir ante semejante espectáculo.

—Lo siento, cariño, pero estás embarazada —me dijo bajito.

—¿Cómo? —escuchamos la voz de Marcos.

Después de todo, no lo había dicho tan bajito.

Marcos me miraba incrédulo, y yo no podía ni mirarlo a los ojos. Entonces, Adam llegó a la cocina y, como si fuera mi vía de escape, salí corriendo con él y nos metimos en el taxi que ya nos esperaba en la puerta.

—¡Noelia, espera! —gritó, corriendo tras de mí.

Pero lo ignoré. Necesitaba un poco más de tiempo para hacerme a la idea antes de poder hablarlo con él.

—¿Estás bien? —se interesó Adam, cogiendo mi mano.

Asentí, mintiendo descabelladamente. No, no lo estaba. Y sí, lo necesitaba a él. ¿Por qué tenía que complicarme la vida tanto? Con lo fácil que sería decirle: «Sí, te quiero y quiero estar contigo»; sin tener que huir, sin tener que pensar en nada ni recordar nada que me hiciera infeliz. Solo él y yo. Bueno, y ahora nuestro garbancito.

«Ay, Dios, ya le he puesto hasta un mote», pensé, y sonreí mirando mi barriga.

El camino lo hicimos en silencio. Aún no sabía a dónde me llevaba, solo que estábamos alejados de la casa.

—Bueno, espero que no te enfades por la parada que haremos antes de..., de donde quiero llevarte —me dijo nervioso, y me encogí de hombros.

El taxista paró y miré a mi alrededor para saber dónde estábamos, hasta que vi el nombre: Friedhof Alter Südfriedhof.

Me quedé estática en el taxi, sin reaccionar. Tenía el cuerpo en tensión. No me atrevía a ir a un lugar en el que estaban los restos de mi madre, de una mujer que no conocí. Mi hermano salió primero y me esperó unos segundos hasta que me decidí a acompañarlo. Me bajé del taxi y ambos caminamos despacio, como si ese encuentro fuera algo inusual; al menos para mí lo era.

—Si no quieres, no tienes por qué entrar —expresó nervioso.

—No te preocupes. Te he dicho que vendría contigo.

—Sí, pero porque no sabías a dónde irías primero. Siento si te he tenido un poco engañada, pero llevo algunos años sin venir, y qué mejor que volver con mi hermana, ¿no?

Asentí a la vez que me encogía de hombros para restarle importancia. Era importante para él ir a ver a nuestra madre juntos, cosa que no podía discutirle. Aunque no me sintiera cómoda, no podía negarle nada, y menos ahora que acabábamos de conocernos.

Marcos

Estaba preocupado por ella. Ni siquiera me había dejado entrar en la habitación para comprobar su estado, y no la culpaba. Cada vez que tenía oportunidad, la envolvía entre mis brazos y la besaba como tanto me gustaba, pero ¿qué podía hacer? Estaba enamorado de ella como un auténtico gilipollas, y nada de lo que hiciera podría separarme, alejarme. Ya lo hice una vez, y fue lo peor que hice en mi vida.

Un millar de veces estuve a punto de llamarla, a punto de volver a Madrid y decirle que la amaba. Desde que la vi por primera vez fue como un flechazo, pero jamás pude ser sincero con ella para no joder nuestra maravillosa amistad. Y la sinceridad era lo que ahora me tenía apartado de ella.

Cené con la abuela de Noelia y su hermano, ya que ella seguía indispueta. Había veces en las que me quedaba mirándolos, pues eran tan parecidos a ella que no podían negar que eran familia.

—Marcos, ¿y tú a qué te dedicas? —me preguntó Anette.

—En este momento estoy en unas minivacaciones. Acabo de volver a casa después de cinco años, aunque mi padre es arquitecto y me ofreció un puesto en la empresa —le expliqué.

Ella abrió los ojos, sorprendida.

—Vaya, qué bien, muchacho. Eres un buen partido para mi nieta.

Sonreí al escuchar eso. Yo también lo pensaba.

Cuando acabamos de cenar, Anette entró a verla y yo me quedé en la cocina con Adam. Estuve tentado de entrar, aunque me lo negara, pero pensé que sería mejor dejarla descansar e irme a dormir. El día siguiente sería un día lleno de emociones y teníamos que volver a Madrid.

Me acosté para intentar descansar, pero no dejaba de pensar en ella, en lo que teníamos, en las veces que le había hecho el amor y las ganas que tenía de tenerla entre mis brazos, de hundirme en su interior. Suspiré, dándome cuenta de que tenía una maldita erección que ni con agua fría se me bajaría. Decidí que sería mejor cerrar los ojos y obligarme a dormir antes de cometer una locura.

Por la mañana me desperté sobre las diez, y lo primero que hice fue ir al

baño para asearme lo más deprisa posible e ir a buscarla. Tenía tantas ganas de verla como de comérmela a besos. Solo esperaba que no se opusiera ni a una cosa ni a la otra. Cuando terminé de vestirme, salí de la habitación después de haber dejado mi mochila preparada para irnos.

Escuchaba la voz de ella. Hablaba con su hermano, y parecía que tenían planes. Entonces, llegué hasta la puerta y la vi de pie junto a su abuela. Esta le tocaba el vientre, y mi corazón se paralizó al escuchar lo que Anette le dijo:

—Lo siento, cariño, pero estás embarazada.

—¿Cómo? —pregunté en un murmullo.

Me quedé anclado al suelo, sin poder decir nada más, mirándola a los ojos y al vientre, de hito en hito. No podía creer lo que acababa de escuchar. ¿Embarazada? No, no podía ser cierto.

Cuando al fin reaccioné, fui a acercarme a ella, pero Adam entró, y como si Noelia estuviera esperando la manera de salir corriendo, salió de la cocina como alma que lleva al diablo.

—¡Noelia, espera! —grité, corriendo tras ella.

Cuando salí, ya estaba montada en un taxi que la llevaría a quién sabía dónde. Me quedé mirando a la nada, creyendo que le pediría al taxista que diese la vuelta, pero no lo hizo, y su abuela fue la que me dijo que volviera dentro. Arrastré los pies con cansancio, porque así estaba: cansado. Ya no sabía qué más hacer para que volviera a mis brazos sin rencores, sin recuerdos atormentados, sin necesidad de cabrearse porque salía a relucir el accidente de su padre, el maldito accidente que lo cambió todo. Si ella supiera por qué ese día corría de esa manera, seguramente me miraría con otros ojos. Pero como no me dejaba explicárselo, allí estábamos, sin llegar a nada en concreto.

Ese día tuve una pelea con Daniel, y todo por defenderla. Lo escuché hablar con Damián, otro corredor que tampoco me gustaba. Estaban apostando quién de los dos se acostaría antes con ella, y sentí cómo la sangre me hirvió. Me acerqué a ellos y le pegué un puñetazo a Daniel, quien no se lo esperaba. Como eran dos, no me quedó otra que irme corriendo y subirme en la moto, pero venían detrás de mí y me crucé con el coche del padre de Noelia, con tan maldita mala suerte que el accidente fue mortal para él.

En ese momento, no supe quién era el accidentado, pues ni siquiera me di cuenta del coche. No fue hasta que llegué a mi casa cuando mi madre me lo dijo. Se lo conté al instante y quise ir en busca de Noelia, pero ella no me lo

permitió. Comenzó a meterme el miedo en el cuerpo, diciéndome que iría a la cárcel por matar a una persona, por imprudencia. Mi carrera se iría a la mierda y la empresa de mi padre caería en picado cuando sus inversores se enterasen de que tenía un hijo encerrado. Fue por eso por lo que me marché a Cádiz, pedí plaza en la universidad y solo regresé cuando acabé la carrera. Pensaba que si ella me escuchaba, si me daba la oportunidad de explicarme, todo sería más fácil.

Anette me puso una taza de café y se sentó frente a mí. Era una mujer honesta, y se notaba el gran amor que tenía hacia su nieta; su nieta querida, como la llama.

—Bueno, ahora que sabes lo de mi niña, ¿qué piensas hacer?

Su pregunta me pilló desprevenido y no supe qué responderle. Tenía que ir con tacto para que no creyera que no me importaba su nieta lo más mínimo.

—La noticia me ha desubicado un poco, no quiero engañarle, pero jamás le haría daño a su nieta, y mucho menos la dejaría sola en esto. Yo estoy enamorado de ella, y lo que más deseo es hacerla feliz. Y si vamos a ser padres, pues adelante.

La sonrisa de Anette fue tan grande que sus dientes me deslumbraron.

No había mentido en lo que acababa de decirle. Era cierto que estaba cagado de miedo, pero no podría dejarla sola cuando más me necesitaba. «Ya lo hiciste una vez, capullo», me insultó mi subconsciente.

Me levanté y fui hasta mi habitación para esperar a que la mujer de mi vida volviera y poder irnos. Me recosté en la cama y comencé a pensar. No podía dejar de hacerlo, de darle vueltas a que íbamos a ser padres, y más a nuestra edad. No éramos unos críos, pero aún nos quedaba mucha vida por vivir, y aunque quería que fuera juntos, no dejaba de ser una locura hacerlo también con un bebé.

Deseaba llevármela de viaje a todas partes, pues le gustaría visitar todos los países del mundo, y eso era lo que yo ansiaba darle. Sin embargo, tendría que cambiar el chip y ser consciente de que seríamos tres para todo, incluso para viajar. Sonreí, lleno de ilusión, una que nunca había experimentado.

—Padre... Voy a ser padre... —me repetí una y otra vez.

Por un momento, mi mente comenzó a inventar un futuro, soñando despierto, viendo a Noelia con un bebé en brazos mientras me esperaba en el porche de nuestra casa. Yo llegaba, le daba un beso en los labios y otro en la cabecita de mi hijo. Un hijo. Y por la noche, cuando nuestro pequeño estuviera

dormido, le haría el amor, disfrutaría de ella, de nuestra vida juntos, de ese futuro que comenzaba a ser una realidad.

Tenía que luchar por ella con más intensidad. Tenía que abrirle los ojos y el corazón, entrando en él y cobijarme ahí para toda la vida, al igual que ella se cobijaría en el mío, porque no sería capaz de echarla.

Me quedé dormido soñando despierto, y comencé a soñar con los ojos cerrados.

Escuché un murmullo y mis ojos comenzaron a abrirse lentamente. Miré a mi lado y cogí el móvil para saber la hora. Mis ojos terminaron de abrirse de golpe y casi me caí de bruces contra el suelo cuando me levanté con rapidez. Teníamos que irnos al aeropuerto o llegaríamos tarde. Perderíamos el vuelo. Cogí la mochila y salí al salón, donde Noelia se despedía de su abuela y su hermano. ¿Acaso pensaba irse sin mí?

Ella me vio y se quedó mirándome durante unos segundos, pero rompió el contacto cuando vio mis intenciones de acercarme a ella.

—Bueno, abuela, ha sido la semana más perfecta que he pasado en mucho tiempo. —La abrazó.

—Ay, mi niña, mi pequeña Noelia... Para mí ha sido un sueño hecho realidad.

—Va, venga. No os pongáis ñoñas —intervino Adam, y sonreí al escucharle.

—Enano, ven aquí. —Lo atrajo hasta ella y lo abrazó—. Has sido todo un descubrimiento, y no lo cambio por nada. Todavía no me he ido y ya te echo de menos. —Sollozó—. Ya sabes que en Madrid tienes tu casa y puedes venir cuando quieras. Bueno, podéis venir cuando queráis. —Miró a su abuela.

Anette se percató de mi presencia y se acercó a mí para darme un efusivo abrazo.

—Me ha encantado conocerte, Marcos. Eres un buen hombre que sabrá qué hacer —habló, separándose de mí.

—Para mí también ha sido un placer, abuela.

Posteriormente, me acerqué a Adam y, tras darle un abrazo, nos fuimos hasta el taxi que ya nos esperaba en la puerta, y podría jurar que era el mismo en el que Noelia se había ido con su hermano hacía apenas tres horas.

Entramos en silencio, y con la ayuda de Adam, pudimos decirle al conductor que íbamos al aeropuerto. Noelia iba a mi izquierda, mirando por la ventanilla, suspirando cada dos segundos. Me picaban las manos por tocarla.

Me estaba muriendo por dentro, por poder abrazarla y decirle que todo estaría bien, que yo estaría con ella, a menos que ella no quisiera que lo hiciera. Entonces, ahí se iría a la mierda mi jodida vida.

Entramos en el cementerio y, en silencio, caminamos hasta la lápida de mi madre. Mi corazón latía tan fuerte que parecía ser lo único que se escuchaba en el cementerio. Ni siquiera los pájaros cantaban en ese maldito lugar.

Mi hermano me guio hasta la derecha. Caminamos un poco más y me paró, poniéndome ante una lápida de mármol cuyo epitafio ponía: «Aquí yace Gabriela Bauer Meyer. Hija, madre y hermana. Todos te añoraremos». Inconscientemente, mis ojos se llenaron de lágrimas al ver la foto que reposaba encima de esta. Me agaché y la cogí con manos temblorosas, como si hacerlo fuera interrumpir su largo sueño, como si no me correspondiera esa imagen.

—¿Estás bien? —se interesó Adam. Negué, secándome las lágrimas—. Siento haberte traído aquí, pero era la única manera de venir a coger la mejor foto que tengo de ella... Quiero que la tengas tú.

—¿En serio? ¿Y tú?

—Yo tengo muchas fotos...

—Pero esta es tu favorita —lo interrumpí.

—Sí, lo es, pero no por la imagen, sino por lo que pone detrás de ella.

Fruncí el ceño a la vez que le daba la vuelta a la foto. Había algo escrito. Apenas se entendía bien, pero algunas palabras sí que podía leerlas.

—¿Quieres que te ayude a leerla? —me propuso Adam, emocionado—. La he leído tantas veces que ya me sé de memoria lo que escribió.

Asentí. Nos sentamos en un banco que había cercano. Mi hermano cogió un momento la foto, supuse que para recordar un poco cómo comenzaba, y posteriormente me la devolvió para que la leyéramos juntos.

—«Para mi hija, mi bebé».

Me emocioné al de darme cuenta de que lo que había escrito iba dirigido a mí. Adam me pasó un pañuelo y me sequé las lágrimas que, sin querer, iba derramando. No quería llorar, no tenía que llorar por ella, pero lo hacía. Y, sinceramente, no sabía por qué.

Esta imagen vale más que mil palabras, y quisiera que alguna vez fuera tuya, mi pequeña princesa. Primero, te pido perdón por irme así, por dejarte. Créeme, no fue una decisión fácil de tomar, pero era la más acertada para todos. Yo solo quería que fuerais felices, y estar pendiente de una moribunda solo os habría hecho la vida más triste. Siento que mi

tiempo se agota, pero antes tenía que dedicarte estas palabras. Quizás lleguen tarde o quizás no. Solo te pido, mi niña, que seas feliz, que agarres la vida con fuerza y la disfrutes al máximo, que te enamores y seas madre... Esos son mis deseos para ti.

Te ama, tu madre.

Me la imaginé escribiéndola, y la lucha por retener las lágrimas fue en vano. En la foto se la veía feliz, montada en una moto, con una cazadora de cuero. Nos gustaba lo mismo: las carreras. Y era cierto, una imagen valía más que mil palabras escritas de su puño y letra.

—En casa tengo la cazadora —me reveló mi hermano.

—¡No hablas en serio! —exclamé emocionada.

—Es toda tuya.

Lo abracé con todas las fuerzas que mi alma me dejaba y él me estrechó entre sus brazos. Adam era más o menos de mi misma altura. Tenía un cuerpo definido y unos brazos fuertes trabajados en el gimnasio. Pero lo más bonito que tenía era los ojos y el corazón, que era más grande que toda Alemania.

Me levanté y le cogí del brazo para que hiciera lo mismo. Salimos del cementerio, no sin despedirme antes de mi madre, y cogimos un taxi para ir a comer a algún lugar antes de volver a la casa. Mi hermano quería llevarme a unas carreras en *cars*, pero se nos fue toda la mañana en el cementerio y de camino al bar donde almorzamos.

Sobre las tres de la tarde, regresamos. Mi abuela nos esperaba en el salón. Adam fue hasta mi habitación para coger mis maletas y la cazadora de mi madre mientras yo abrazaba a mi abuela como si no fuera a verla más en la vida. Nos quedamos abrazadas lo que pareció un tiempo eterno. No éramos capaces de alejarnos la una de la otra. Solo había estado con ella una semana y ya me dolía en el alma dejarla; a ella y a mi hermano, que había entrado en mi corazón, ganándose un hueco, poniéndose cómodo ahí dentro.

Escuché unos pasos y, pensando que se trataba de mi hermano, miré hacia el pasillo. Marcos se quedó en la esquina del salón. Me miró y yo lo miré. Deseé que se acercara para poder envolverme en sus brazos, pero preferí dejarlo para otro momento.

—Bueno, abuela, ha sido la semana más perfecta que he pasado en mucho tiempo. —La abracé.

—Ay, mi niña, mi pequeña Noelia... Para mí ha sido un sueño hecho realidad.

—Va, venga. No os pongáis ñoñas —intervino Adam, entrando de nuevo en

el salón.

—Enano, ven aquí. —Lo atraje hasta mí y lo abracé—. Has sido todo un descubrimiento, y no lo cambio por nada. Todavía no me he ido y ya te echo de menos. —Sollocé—. Ya sabes que en Madrid tienes tu casa y puedes venir cuando quieras. Bueno, podéis venir cuando queráis. —Miré a mi abuela.

Mi hermano me tendió la cazadora y la cogí con sumo cuidado, como si fuera una reliquia familiar. Mi abuela aprovechó ese momento para acercarse a Marcos y despedirse de él, quien ya la llamaba abuela también.

Posteriormente, Marcos se despidió de mi hermano mientras yo salía para ir entrando en el mismo taxi que nos había llevado de vuelta. Marcos se sentó a mi derecha y Adam le indicó que íbamos al aeropuerto.

En el trayecto fuimos en un completo silencio. Yo miraba por la ventanilla. Tenía miedo de mirarlo a él y de tirarme a sus brazos. Suspiré durante más de dos minutos, al menos unas diez veces. Y una hora después, en la que Marcos ni siquiera se había acercado a mí, cosa que me puso mucho más nerviosa todavía, llegamos. Le pagamos al taxista y, con la ayuda de Marcos, cogimos las maletas y un carro que nos ayudara con ellas. Entramos y fuimos directos a la cinta para dejarlas y poder ir cómodamente.

Apenas tardamos veinte minutos. Nos dirigimos a la puerta de embarque, pasando por el control. Caminábamos sin mirarnos. Tenía ganas de patearle el culo por no dirigirme la palabra. «Lo dice la embarazada que no es capaz de aceptar que tiene al padre de su bebé justo al lado». Cómo no, mi cabeza tenía que hablar por mí.

—Está bien, se acabó —dijo de pronto, poniéndose frente a mí.

—¿Qué se acabó? —Me hice la tonta.

—Esta gilipollez de ignorarme todo el tiempo. Joder, que parece que soy un desconocido.

Me quedé callada unos segundos, hasta que rompí en carcajadas. Estaba tan frustrada que no podía dejar de reír. Era mirar su cara de desconcierto total y seguir riéndome.

—¿Es en serio? ¿Te pasas todo el maldito viaje sin mirarme, sin hablar conmigo, y ahora te ríes en mi cara? —escupió, notablemente cabreado.

Respiré profundamente y pensé las cosas unas tres veces antes de responderle y que me mandara a la mierda.

—Lo siento, no he querido reírme de ti, pero es que pensé que eras tú quien no quería hablar conmigo —declaré.

Él comenzó a negar.

—¿Cómo has podido pensar eso? Llevo todo el viaje intentando acercarme a ti, tener la relación perfecta que teníamos, pero tú me lo pones cada vez más difícil. Ya no sé qué hacer para que me perdones y vuelvas a mirarme con ese amor con el que me mirabas antes. —Me acerqué a él—. Sí, así mismo, como me estás mirando ahora...

Pasé mis brazos por sus hombros y crucé los dedos detrás de su nuca. Necesitaba tenerlo entre mis brazos, y había llegado el momento de hacerlo. Marcos me miraba nervioso. Tragó saliva, pero no dudó ni un segundo en pasar sus brazos alrededor de mi cintura y apretarme contra su pecho. Acerqué mi rostro al suyo y pegué nuestros labios en un dulce beso, uno de esos que están llenos de promesas, llenos de momentos que quedan por vivir, llenos de amor. Al separarnos, me miró a los ojos.

—¿Esto significa que..., que me perdonas? —titubeó nervioso.

—Esto significa que te amo y que no quiero pasar ni un segundo más de mi vida lejos de ti. Esto significa que he llegado a odiarte tanto que me he enamorado de ti sin darme cuenta. Porque del odio al amor solo hay un paso, ¿no?

Él sonrió complacido.

—Me gustabas más cuando me odiabas —se burló.

—En ese caso, te odiaré hasta que te quiera.

Llegamos a Madrid sobre las siete de la tarde. El vuelo se me hizo cortísimo, y todo gracias a él. No podía ser más perfecto, cariñoso y amoroso. Estaba enamorada de él hasta el punto de olvidar cualquier cosa y vivir mi vida junto a él, siendo felices de una vez.

Cogimos las maletas y nos dirigimos hasta la entrada, todo sin poder alejarnos más de lo estrictamente necesario. Al salir, mi tía y el padre de Marcos nos esperaban. Corrí hasta ella y, como si llevara un año sin verla, la abracé con tanta fuerza que se quejó de dolor.

—Veo que me has echado de menos —me dijo al separarse de mí.

Me miró de abajo arriba y un silencio inoportuno se instaló entre ambas. Mi tía comenzó a llorar y tocó la cazadora de mi madre. Me la puse cuando mi hermano me la dio, y no había fuerza absoluta que consiguiera arrancármela del cuerpo.

—¿Es la cazadora de tu madre? —me preguntó, pero parecía más una afirmación.

Asentí, secándome las lágrimas.

Nos recobramos y saludé a Mauricio. Marcos cogió mi mano y salimos del aeropuerto para volver a casa al fin. Estaba tan cansada que, al llegar, iba a necesitar dormir al menos unas tres horas.

De camino a la casa, Marcos le pidió a su padre hacer una cena esa misma noche, pues quería que formalizáramos nuestra relación, y la mejor manera era hacerlo con nuestra familia apoyándonos. Mauricio le dijo que era buena idea, pero que sería mejor dejarlo para el día siguiente, ya que ellos tenían que hablar de algo importante.

—¿Tiene que ver con que mamá no haya venido a recibirme? —se interesó Marcos.

—Lo hablaremos en casa —le respondió su padre, pero él no se quedaría tranquilo.

Mauricio y mi tía iban delante y Marcos y yo detrás. No pude evitar observar los movimientos del padre de mi novio, como si quisiera coger a mi tía, aunque quizás eran imaginaciones mías. Marcos no se daba cuenta, pues estaba tan tenso y tan distraído pensando en lo que su padre quería hablar con él que no podía ver más allá de lo que mis ojos curiosos sí veían.

Cuando llegamos, Mauricio nos dejó en nuestra casa, y Marcos, después de darme como cinco besos y prometerme que iría por la noche para cenar conmigo, se fue con su padre. Los vi alejarse en el coche y, con la ayuda de mi tía, arrastramos las maletas hasta el interior de la casa. No quería coger mucho peso por si acaso estaba realmente embarazada. Aún me costaba creérmelo, pero era algo que no podía descartar por el momento.

Las dejamos en la entrada y fuimos hasta la cocina, donde mi tía me sirvió un vaso de agua bien fría y se sentó frente a mí en la isla de la cocina. Quería contarle todo con pelos y señales, pero antes tenía que preguntarle lo que había estado carcomiéndome durante todo el camino hasta la casa:

—¿Qué tienes con Mauricio?

Mi tía Lidia me miraba con el ceño fruncido, aunque no estaba tan sorprendida por mi pregunta como yo esperaba.

—No sé a qué te refieres —intentó disimular.

Enarqué una ceja.

—Sí que lo sabes. Hay algo muy raro aquí —comenté—. La madre de Marcos no ha venido y Mauricio estaba bastante extraño. Además, te rozaba la mano en el coche.

—Noelia, el coche es pequeño. Es normal que haya roces —me aseguró.

Solté una carcajada.

—¿El coche de Mauricio pequeño? ¿Hablas en serio? —ironicé, esperando una respuesta más coherente.

Se levantó y fue a la nevera para sacar comida y empezar con la cena. La conocía muy bien, por eso sabía cuándo me estaba mintiendo. Parecía que lo que ocultaba no era algo fácil de contar, así que tendría que esperar a que ella misma se sintiera preparada para hacerlo, aunque me hacía una idea de qué se trataba. Mientras ella seguía con la cena, subí a mi habitación para darme una ducha y ponerme cómoda. Estaba agotada, y me moría de ganas por tirarme a la cama y dormir durante horas. Al subir, saqué mi móvil del bolso y le mandé un mensaje a Adam para decirle que habíamos llegado bien.

Noelia:

Hola, hermanito, hemos llegado bien. Ya te echo de menos.

Su respuesta no tardó en llegar.

Adam:

Nosotros también te echamos mucho de menos, incluso al tarugo de tu novio.

Solté una carcajada cuando leí eso. De pronto, escuché unos toques en la puerta y, tras indicarle a la persona que estaba detrás que pasara, se abrió. Marcos entró y fue hasta mí para abrazarme. Parecía serio.

—Hola, ¿ya estás aquí? Pensé que querrías descansar un poco —le dije, apretándolo contra mí.

—Estaba harto de estar en mi casa sin ti —me confesó.

Besé sus labios con dulzura.

—¿Seguro que solo es eso? Pareces preocupado.

Cogió mi mano y me llevó a la hamaca, donde nos sentamos. Me miró y

suspiró unas tres veces. En definitiva, algo le pasaba, y seguramente era algo sobre su madre y la razón por la que no fue al aeropuerto a recogerlos junto con su padre y mi tía.

—Mis padres se van a separar.

Bufé, cabreándome con mi tía. Mis sospechas eran ciertas, y no quería pensar que ella era al motivo de esa separación.

—Lo siento, amor. —Lo abracé de nuevo.

—No pasa nada. Yo sabía que ellos estaban pasando por un mal momento, aunque llevan así desde... —Se calló.

—Tranquilo, ya no sufro al escucharlo —expresé nerviosa—. Y no pienses que volveré a dejarte, porque eso no pasará.

—Gracias por estar a mi lado —me agradeció, acariciando mi mejilla.

Marcos se recostó en mi cama mientras yo me duchaba. Raro, sí, no fue conmigo, pero necesitaba descansar, y casi lo obligué a hacerlo. Cuando terminé, salí del baño y me lo encontré dormido. Una sonrisa se dibujó en mi rostro. Me acerqué y lo arropé con una sábana.

Me vestí y volví al baño para peinarme. Una vez que estuve lista, bajé a la cocina para ayudar a mi tía, aunque solo fuera para poner la mesa. Aprovecharía el momento a solas para poder decirle lo que me ocurría. No sabía cómo se lo iba a tomar, pero con su aprobación o sin ella, tendría una familia con Marcos.

Cuando entré en la cocina, me la encontré sentada y con una copa de vino entre las manos. Estaba decaída, y ella no solía estar así, cosa que me preocupó. Me acerqué y toqué su mano, pues no se había percatado de mi presencia. Me miró y sonrió apenada. Me senté a su lado y esperé a que, por fin, ella misma me contara lo que la tenía así.

—No he tenido nada que ver con la separación de Susana y Mauricio, si es lo que te preocupa —me anunció.

Resoplé hacia arriba, moviendo mi flequillo.

—Entonces, ¿qué te pasa? —me interesé

—Nada, déjalo.

—Tía, por favor —insistí.

Bufó exasperada y me miró.

—Mauricio y yo nos hemos estado viendo. —Asentí—. Susana y él estaban mal desde hacía mucho tiempo, y ya sabes que siempre nos hemos llevado bien. Me pedía consejo, y una cosa llevó a la otra, pero no tengo nada

que ver con eso.

—Pero mi padre le está pidiendo el divorcio a mi madre por ti, Lidia.

La voz de Marcos nos sobresaltó. Mis ojos fueron de él a mi tía. Aquello era un problema mucho más grave que mi embarazo, y hasta que ellos no estuviesen bien, yo tampoco lo estaría.

—Lo siento, Marcos... No sé qué puedo decirte para hacerte ver que no es así —le dijo ella—. Tu padre lleva mucho tiempo queriendo pedirle el divorcio a tu madre, desde que te fuiste, y yo solo le aconsejaba que le diese otra oportunidad, pero no ha salido bien.

Él se encogió de hombros y se sentó a mi lado. Sabía que la separación de sus padres no le hacía gracia y, aunque ya era un adulto que haría su vida pronto, no dejaba de doler por eso. Pero si sus padres estaban mal juntos y la solución era aquella, tendría que apoyarlos y ver qué era lo mejor para ellos.

Al caer la noche, los tres nos sentamos a cenar. Pensé que Marcos le tendría algún rencor a mi tía, pero acabó reconociendo que ella no era culpable y aceptando la realidad de su familia. Sus padres ya no se querían, y para eso, ya no había arreglo.

Marcos estuvo toda la cena haciéndome señales, instándome a contarle a mi tía lo del embarazo. No obstante, sin que ella se percatase, le decía que no con la cabeza. No era el momento de hacerlo. Suspiró con pesar y algo cabreado, pero tenía que aceptar mi decisión de contarlo a su debido tiempo, al menos hasta que lo confirmásemos con el doctor.

Cuando terminamos de cenar, me sentía agotada. Marcos me obligó a irme a la cama, prometiéndome que él se quedaría recogiendo con mi tía, así que le hice caso. Al caer en la cama, mis ojos se cerraron y caí en un profundo sueño.

Los días pasaron y, tras pedir una cita con el ginecólogo, llegó el momento de saber con certeza mi estado. Durante los tres días que llevábamos en Madrid, estuve solo un día con malestar. Mi tía estaba preocupada, tanto que incluso quería faltar al trabajo para quedarse conmigo, pero no la dejé.

Eran las diez de la mañana. Marcos iría a recogerme para ir al médico. Cuando lo vi aparecer, solté una carcajada, pues se me hacía raro verlo conducir un monovolumen. Parecía estar metiéndose en el papel de padre.

—¿Qué? ¿Pensaste que vendría a recogerte en la moto? —me preguntó con las cejas levantadas.

—No sé, me habría gustado.

—Nena, a partir de ahora, se acabaron las motos para ti —sentenció,

acercándose a mí.

—Y para ti —le rebatí, y sonrió.

Me abrazó y besó mis labios con pasión, con posesión, haciéndome temblar. Estaba deseando vernos en la cabaña y dar rienda suelta a nuestro amor, pero con todo aquello y los malestares no habíamos podido hacer nada. Solo un toque por aquí y unos besos por allí, pero nada de sexo, y era frustrante.

Estábamos de nuevo en esa nube que nos llevaba hacia el cielo, donde ningún problema nos aturdiría. Cuando decidí darle la oportunidad de estar juntos, pensé que Marcos no querría, pues había sido demasiado dura con él. Pero ahora estábamos allí, en el coche de su padre y de camino al hospital para saber si realmente estaba embarazada o no.

¿Cómo había podido cambiarme la vida en tan poco tiempo? ¿Cómo y cuándo me di cuenta de que me había enamorado de mi mejor amigo? Se suponía que los amigos no se enamoraban, que solo estaban para poner un hombro en el que llorar, pero él siempre me demostró otro tipo de amistad, otro tipo de amor. Pese al odio que había llegado a tenerle, el amor que sentía era mucho más fuerte.

Media hora después estábamos en la sala de espera del hospital. Estaba cagada de miedo, aunque no era la única.

—¿Estás nervioso? —le pregunté, y asintió.

—Un poco. —Suspiró—. Sé que ahora no es el momento, pero pase lo que pase, seguiré a tu lado.

—Eh, ¿por qué me dices eso?

—Porque desde que me enteré de que podrías estar embarazada, no hemos hablado de ese tema, y creo que no debemos alargarlo más. Lo que quiero decir es que probablemente no estemos preparados para ser padres tan jóvenes, pero juntos nos comeremos el mundo.

Sonreí como una loca enamorada. Mis ojos brillaban cuando lo miraban, cuando se daban cuenta de la suerte que tenían por ver algo tan bello. Me abracé a él, tirándome a sus brazos como la que se tira a la piscina. Marcos me recibió con cariño, y sus besos no se hicieron esperar. Entonces, cuando estuvo a punto de besarme con toda la pasión que poseía, una enfermera me llamó. Tenía que entrar en la consulta.

Ambos la miramos, nos levantamos y caminamos hasta ella. Entramos en la consulta y una mujer de unos cuarenta años se levantó para saludarnos.

—Hola, soy la doctora Robles. Veo que es vuestra primera visita —nos dijo, ojeando unos papeles.

Nos sentamos frente a ella. Teníamos las manos agarradas, y ella, en alguna ocasión, nos miró con una sonrisa.

—Bueno, Noelia, lo primero es hacerte un análisis. Toma este tarrito y ve con la enfermera para que te saque sangre.

—¿Tardarán mucho los resultados? —intervino Marcos.

—No, tranquilo, solo media hora.

Salimos de la consulta y, tras hacerme todo, nos quedamos en la sala de espera. Estaba muy nerviosa y las manos me sudaban. No es que quisiera ser madre a esa edad, pues tan solo tenía veintidós años, pero ahora que creía que sí estaba embarazada, me dolería mucho recibir un negativo. Me estaba haciendo ilusiones, y supuse que Marcos también.

Los minutos pasaban muy muy lentos, tanto que parecía que lleváramos en el hospital un día entero. Cada vez que miraba el reloj, solo había pasado un mísero minuto.

—¿Qué haremos si da positivo? —Marcos me sacó de mis pensamientos.

—No sé —le respondí sincera.

—Yo te diré lo que haremos sea cual sea el resultado, pero no ahora.

Arrugué la frente a la vez que mi ceja se levantaba. A veces pensaba que Marcos estaba loco, pero aquel día me lo estaba demostrando.

Llegó el momento de saber la verdad. La enfermera volvió a llamarnos y entramos. Volvimos a sentarnos. La doctora estaba mirando algo en el ordenador. Marcos carraspeó y ella alzó la mirada.

—Lo siento —se disculpó—. Bueno, Noelia, acabo de ver tus resultados... Estás embarazada.

—¡Sí! —gritó Marcos, poniéndose de pie.

La doctora y yo nos miramos y sonreímos al ver la felicidad de mi novio. Marcos me miró y, cogiendo mi mano, me levantó para luego estrecharme entre sus brazos. Mis ojos se llenaron de lágrimas por algo que aún no había asimilado pero que ya quería con toda mi alma. Estaba embarazada, seríamos padres. Dios, todo estaba siendo perfecto, y cada vez me sentía más feliz.

Posteriormente, la doctora me indicó las vitaminas que debía tomar a partir de ese momento y me dio una nueva cita para hacerme una ecografía. Salimos de la consulta y nos fuimos a la casa. Ya había llegado el momento de contárselo a mi tía y a sus padres y rogar porque no pusieran el grito en el

cielo, aunque nos diese igual lo que pensarán.

—No puedo creerlo, seremos padres, Noe. ¡Padres! No sabes cuánto te amo y lo feliz que me estás haciendo —declaró.

Aparcó el coche delante de la cabaña y nos bajamos. Vino hasta mí, me cogió en volandas y me dio un beso que me dejó temblando.

—¿Es posible tanta felicidad? —me preguntó—. A veces pienso que todo es un espejismo que yo mismo me he creado, porque no concibo entender que tú me quieras.

—Entonces yo estaré soñando también, porque tampoco me lo creo —afirmé—. Cuando te fuiste...

—No, por favor. No recuerdes eso —me interrumpió.

—Déjame hablar, Marquitos. —Suspiró—. Cuando te fuiste, pensé que no volvería a verte y que había perdido a mi mejor amigo. Nunca pude olvidarte, y cuando mi tía me dijo que habías vuelto, mi mente me decía que tenía que odiarte, pero mi corazón me demostró lo contrario cuando me abrazaste.

—Yo ya te amaba antes, pero nunca te lo dije, y ahora que te tengo entre mis brazos, no me lo creo, pues siempre fue un sueño para mí.

Mis lágrimas volvieron a aparecer. Me estaba convirtiendo en una chica sensible, en una mujer frágil. La Noelia dura se había ido al garete cuando su amigo volvió y puso su mundo patas arriba.

Estaba claro que mi corazón había elegido a quién amar al fin, y no se equivocaba al creer desde el principio que era el hombre perfecto, demostrándome con cada beso, cada caricia y cada te quiero algo que para mí ya sería eterno.

Meses después...

—Noelia, ¿estás lista?

Mi tía entró en mi habitación y me miró con el ceño fruncido. Yo estaba sentada en la cama intentando atarme las sandalias, pero no había manera. No llegaba, la barriga no me permitía agacharme. Soltó una carcajada al verme frustrada.

—¿Necesitas ayuda? —se burló.

Solté un suspiró, asintiendo.

—No sé cómo haré cuando esté más gorda. ¡No podré hacer nada! Solo estoy de cinco meses y ya no puedo.

Caminó hasta mí sin borrar la sonrisa, se agachó y me las ató. Teníamos una cena en la empresa de Mauricio. Iban a nombrar a Marcos presidente de esta y estábamos todos muy emocionados y felices por él. Mi chico estaba luchando mucho para que tuviéramos un futuro. Pronto viviríamos en nuestra casa, con nuestra pequeña.

Hacía un mes que la doctora nos dijo que tendríamos una niña y, la verdad, no había cosa que me hiciera más feliz. Marcos, en cambio, prefería un niño, pero aun así estaba encantado.

—Lista —dijo mi tía, ayudándome a levantarme de la cama.

Salimos de la casa y nos montamos en el coche. Nosotras íbamos por nuestra cuenta, muy a su pesar, ya que estaba empeñado en llegar a la empresa con su mujer, como él decía. Esa sería su noche y la disfrutaría al máximo, y a mí me tendría a su lado de todas las maneras posibles. En ese momento tenía a mi tía, que me ayudaba en todo, y lo agradecí, pues, al fin y al cabo, para ella sería su nieta.

Cuando le contamos que estaba embarazada, al principio no se lo tomó del todo bien, ya que, según ella, aún era demasiado joven para ser madre, pero acabó aceptándolo y apoyándome, como siempre. En cambio, Mauricio, estaba feliz por ser abuelo de su único hijo. ¡Sería abuelo! Ese fue el grito que pegó cuando se lo dijimos en la cena que preparó en su casa. De la única que no sabíamos nada era de Susana. La madre de Marcos, cuando firmó el divorcio, se fue lejos, tanto que ni su hijo sabía dónde estaba. Era algo que le dolía

mucho. ¿Qué más podría hacer? Era su decisión y no podía hacerla cambiar de idea.

Entramos en la recepción de la empresa de Mauricio: Aguirre & Company. Todas las miradas fueron a mi cuerpo y me sentí abrumada al ser el centro de atención. Entonces me di cuenta de que Marcos ya había gritado a los cuatro vientos que iba a ser padre, y no lo culpada.

Caminamos entre la multitud, buscando a Mauricio y a Marcos, hasta que los vimos cerca del escenario que había al final de la sala de eventos. Esa sala era tan grande que cabrían fácilmente unas quinientas personas. Marcos me vio y clavó sus ojos en mí. Lo miré y sonreí. En ese momento, ya no existía nadie más que nosotros.

Caminamos acercándonos, viviéndolo a cámara lenta, aunque en realidad fuéramos a toda prisa para encontrarnos. Cuando acertamos la distancia, me abrazó con delicadeza pero con una firmeza que me puso la piel de gallina. Mi cuerpo temblaba entre sus brazos, pero me sentía afortunada por tener tanto sin merecérmelo.

—Estás preciosa —murmuró en mi oído.

Cogió mis mejillas con ambas manos y depositó un dulce beso en mis labios.

—Estoy gorda —ironicé al separarnos, y sonrió.

—Eres perfecta y la más guapa de toda la fiesta. —Cogió mi mano y tiró de mí con suavidad—. Ven, voy a presentarte a algunas personas.

Caminamos hasta donde estaba su padre junto a mi tía, de quien no se separaba ni un milímetro, pues la relación que tenían era de total amor. Desde que Mauricio firmó los papeles del divorcio, ellos afianzaron la relación que con tanto cuidado habían llevado. Y yo estaba dichosa por ellos, sobre todo por mi tía. Ella merecía esa felicidad después de la muerte de mi padre.

Cuando llegamos, me quedé estática en el sitio. No podía mover los pies, y no porque las personas de las cuales Marcos me estaba hablando fueran desconocidos, sino todo lo contrario. Mi abuela y mi hermano estaban al lado de mi tía. Mis labios se curvaron en una gran sonrisa cuando por fin ellos me vieron. Mi abuela fue hasta mí y me abrazó tan fuerte que casi me partió en dos.

—Mi niña, mi pequeña Noelia. ¡Mira qué preciosa estás! El embarazo te está sentando fenomenal —dijo, levantando mi brazo para después darme una vuelta.

—Abuela, Adam, ¿qué estáis haciendo aquí?, ¿cuándo habéis llegado? — les pregunté atropelladamente.

—Esta mañana, Marcos nos llamó hace dos días y nos invitó a esta maravillosa fiesta. Estamos encantados de estar aquí con vosotros.

Me acerqué a mi hermano y, tras darle un abrazo de esos que podrían durar horas, me separé para mirarlo. Estaba guapísimo con el esmoquin. Marcos nos guio hasta la mesa que ellos ocuparían y nos sentamos. Enseguida servirían la cena y su padre subiría para agradecer a todos los presentes su presencia.

La mesa era para unas diez personas. Era grande y redonda, adornada con rosas blancas y rojas a juego con la mantelería y las fundas de las sillas. Miré a mi alrededor, observando cada rincón, admirando cada detalle. Las paredes estaban llenas de fotos de los trabajadores, y solo los jefes tenían una foto en solitario. Al final de la pared estaba Marcos y, en la siguiente, su padre y su abuelo, el fundador de la empresa.

Sentí la presencia de alguien sentado a mi lado. Me giré y vi a mi novio. Estaba tan deslumbrante, tan hermoso y tan feliz que me contagiaba. Estaba muy orgullosa de él, del hombre en el que se había convertido.

—¿Qué miras? —me preguntó burlón.

—A ti. ¿Puedo?

—Lo que quieras. Soy tuyo, y puedes mirarme y hacerme lo que quieras. Pero, de momento, guárdalo para tu mente calenturienta. —Le di un pellizco en el brazo—. ¡Oye! Me has hecho daño.

—Te lo mereces, por bocazas.

—Me encantas.

—Y tú a mí —le respondí.

Cenamos en armonía; si es que era posible, escuchando las bromas que mi hermano y Marcos se hacían constantemente. Los demás empresarios que nos acompañaban en la mesa se lo estaban pasando de maravilla y eran muy simpáticos. Héctor, el secretario de Mauricio, era un hombre de unos cuarenta años que llevaba en la empresa más o menos los mismos años que Mauricio. Y luego estaba Raúl, la mano derecha de Marcos, un chico joven que llevaba en la empresa un año. Llegó antes que Marcos, pero estaba encantado trabajando con él.

Cuando terminamos la cena, la cual estuvo exquisita, Mauricio subió de nuevo al escenario para dar paso a la presentación de su hijo. Estaba tan dichoso, tan orgulloso de él... Se le notaba cada vez que miraba a su hijo,

cada vez que hablaba con él.

—¡Buenas noches a todos de nuevo! —habló por el micrófono—. Esta noche es muy especial para mí, y lo sabréis enseguida. Como ya muchos sabéis, mi hijo Marcos entró a trabajar en la empresa hace apenas tres meses, y ha trabajado tan duro que estoy feliz por él... Jamás me habría imaginado a mi hijo haciendo este trabajo, pues siempre tuvo gustos..., ¿cómo decirlo?..., diferentes. —Todos reímos y miramos a Marcos—. Hijo, ¿quieres subir aquí, por favor?

Asintió y, antes de irse, me dio un beso en los labios. Subió las escaleras y llegó hasta su padre, poniéndose a su lado. Se veía imponente encima de esa tarima. La luz que alumbraba era azul, del mismo color que sus ojos, y cada vez que miraba hacia arriba, notablemente nervioso, sus ojos se mezclaban con ese color, haciendo que se viera más guapo. Suspiré, y mi tía pasó una mano por mi barbilla.

—Deja de babear —se burló.

—Yo no babeo.

—Sí que lo haces, hermanita —intervino Adam, y lo fulminé con la mirada. Luego le sonreí, asintiendo a la vez que tapaba mis mejillas. Me había sonrojado.

—Esta noche, mi hijo acepta otro cargo, uno que cambiará su vida y la de su futura familia. —Todos me miraron. Yo seguía sin poder quitarme las manos de las mejillas—. Antes, Marcos Aguirre era un trabajador más. Hoy, esta noche, os presento al presidente de Aguirre & Company.

Todos los presentes nos levantamos y aplaudimos. Mis ojos se llenaron de lágrimas, unas lágrimas que tenían otro significado, unas lágrimas de felicidad absoluta.

—Gracias a todos —habló cuando por fin dejamos de aplaudir—. Nunca pensé que un día me subiría a este escenario para ser nombrado presidente de la empresa de mi padre. Y veo que las cosas cambian, la vida cambia, y con ese cambio llega la madurez. —Alzó una ceja—. Cuando digo que nunca me habría imaginado que esta noche se celebraría mi ascenso es porque antes no tenía pensado trabajar aquí, aunque mi padre haya luchado para que aceptara. Pero ahora que estoy aquí, que formo parte de esta gran familia que es Aguirre & Company, me siento feliz de haber escuchado a mi cordura y aceptar este trabajo.

Mi abuela me tendió un pañuelo para poder secar mis lágrimas. No dejaba

de llorar. Ver todo lo que había conseguido, todo por lo que estaba luchando, me emocionaba, porque si miraba atrás, lo único que veía era sufrimiento: un chico enamorado de una vida que no era suya y que no le llevaba a ningún lado; una vida de la cual yo formaba parte. Ambos dejamos esa vida para seguir adelante, para ser felices de diferente manera.

—Pero esta noche no solo celebramos mi ascenso, sino también algo que es muy importante para mí, para mi familia. —Cogió el micrófono—. Algunas personas ya saben algo que me está pasando, algo que me ha cambiado la vida. ¿Puedes subir, Noelia? —Me miró, y en ese momento me sentí pequeña—. ¡Vamos! Ven aquí, cariño.

Me levanté bajo la atenta mirada de todos. Las piernas me temblaban, pues no me esperaba para nada aquello. Marcos me ayudó a subir las escaleras como si fuera una inválida. No entendía que solo estaba embarazada de cinco meses.

Sin soltar mi mano, llegamos al centro del escenario. Miré abajo, al frente, intentando no mirar a las personas que me observaban.

—Os presento a mi novia, Noelia Torres. Como veis, está embarazada... En tan solo cuatro meses seremos padres de una niña, a quien, por cierto, aún no le hemos puesto nombre. —Asentí, encogiéndome de hombros—. Ah, ¿sí? —Asentí de nuevo—. Bueno, me dice que sí, que ya nuestra pequeña tiene nombre. ¿Y cómo se llamará?

—Gabriela —le respondí emocionada.

Le pondría el nombre de mi madre. Siendo sinceros, no le había consultado a Marcos si le gustaba, pero sabía que no se negaría y que le encantaría ese nombre para nuestra hija.

—Gabriela —murmuró—. Me encanta. —Besó mis labios, importándole muy poco que fuéramos el centro de todas las miradas, y después se dirigió a los presentes—: Ya veis, mi hija tiene nombre —anunció nervioso—. Bueno, pero no solo te he hecho subir aquí para eso.

Soltó mi mano y vi cómo descendía hasta hincar una rodilla en la tarima. Mis manos comenzaron a sudar y mis nervios se incrementaron. No podía creer que Marcos estuviera haciendo aquello delante de todos durante la noche celebrada en su honor. En su noche. Cogió mi mano y, con la otra, sacó de su bolsillo una sortija sencilla de oro blanco, con un diamante engarzado en el medio.

—Noelia Torres, nos conocemos desde hace... muchos años. No recuerdo

cuántos, pero lo único que sé es que cada vez que miro atrás, te veo a ti. En cada rincón de mi casa, en cada pensamiento estás tú, y no quiero que eso acabe. Quiero que cada momento sea junto a ti, ya sea bueno o malo. ¿Quieres casarte conmigo?

Marcos estaba nervioso, mucho, pero no tanto como yo. Mis ojos derramaban lágrimas sin parar, aunque no había dejado de hacerlo desde que lo había visto subido a la tarima. Todo el mundo estaba en silencio, pendiente de mi respuesta, y me sentía tan abrumada que no me salían las palabras. Eso provocó que él se inquietara. Por un momento, me quedé prendada de él, mirando cada facción de su rostro, congelando el momento para grabarlo a fuego en mis retinas. Escuché un carraspeo y desperté de mi ensoñación.

—Sí, claro que quiero casarme contigo —le respondí, segura de mí misma, segura de él y de lo nuestro.

Todos estallaron en un gran aplauso mientras Marcos se levantaba y me cogía en volandas. Al bajarme, me besó con dulzura, con esa dulzura que hacía temblar cada parte de mi cuerpo.

¿Eso era sentirse feliz? ¿Así latía mi corazón al estar junto a él? La verdad es que no me disgustaba sentirme de esa manera, y más cuando era gracias a él, gracias a ese chico que conocí con apenas trece años, a ese chico que se convirtió en mi todo. Era mi mejor amigo, mi confidente, mi hombro en el que llorar, mi diario secreto y, a partir de ese momento, el hombre de mi vida.

Porque fue muy fácil odiarlo hasta que llegué a quererlo.

Epílogo

Tres años después...

Los años habían pasado demasiado deprisa, casi sin darnos cuenta, pero era así como iba nuestra vida desde que tuvimos a Gabriela. Nos volvía locos, y estábamos tan agotados que caíamos todas las noches rendidos. Nuestra hija tenía ya casi tres años y era muy inquieta. No paraba de corretear por el jardín.

Marcos y yo nos mudamos a la cabaña. Le hicimos algunas obras para hacerla más grande y que así nuestra pequeña tuviera su espacio. Nos quedó irreconocible. Delante de la casa construimos un porche, donde por las noches nos relajábamos sentados en el banco mientras mirábamos las estrellas; eso si Gabriela estaba dormida, claro.

El trabajo le iba perfectamente bien a Marcos. Se sentía realizado haciendo algo que una vez pensó que no le agradaría. En cambio, yo no cumplí mi sueño de ir a vivir a Londres, aunque Marcos me llevó en nuestra luna de miel.

Nos casamos un mes después del nacimiento de Gabriela, en una boda sencilla, donde solo tuvimos de invitados a nuestros familiares y a los amigos más cercanos. Adam y Celia fueron los padrinos y mi tía y Mauricio, los testigos. Fue la boda más bonita que había visto en toda mi vida, nada convencional, pues en vez de tener un coche para cuando saliéramos de la iglesia, Marcos y yo nos fuimos en moto al convite. Todo tal y como nos gustaba a nosotros.

Lo único que sí hice fue armarme de valor, ese que tanto me había costado sacar, y envié la novela a una editorial. Nunca olvidaré el día que la editora me llamó por teléfono para concertar una cita conmigo. Casi me dio un infarto cuando me dijo que querían publicar la historia, y cuando le dije que era mi historia, la de mi vida, todo por lo que había luchado para estar en ese momento allí sentada frente a ella, le encantó. Y el título no podía ser otro que *Te odiaré hasta que te quiera*.

Así que en ese momento tenía todos mis sueños cumplidos; todos, y algunos que no tenía, se me cumplieron sin saberlo. Estaba casada con el hombre al que amaba con toda mi alma y con el que tenía una hija preciosa, tan

parecida a su padre físicamente y tan loca como su madre.

—Nena, ¿no vienes a la cama?

Marcos entró en mi despacho y caminó hasta mí para ponerse detrás. Estaba sentada frente al ordenador, escribiendo algo nuevo. Me estiré un poco y él pasó sus manos por mis hombros para hacerme un masaje. Estaba muy tensa y me dolía bastante la espalda. Pasaba muchas horas respondiendo a los mensajes de las redes sociales, lectoras que me hablaban pidiéndome más historias y un sinfín de correos que no me daba tiempo a contestar. Y eso, teniendo una hija pequeña, era complicado.

—Ya estaba acabando, amor —murmuré, cerrando los ojos.

El contacto de sus manos en mi piel erizaba todo mi cuerpo y era el mejor momento del día. Adoraba cuando Marcos me tocaba, cuando me besaba en cada rincón.

—Creo que deberías descansar —susurró en mi oído—. Estás muy tensa.
—Besó mi cuello.

Giré la cabeza a la derecha para dejarle total acceso a mi cuello. Comenzó a besarlo desde el lóbulo de la oreja hasta la clavícula. Suspiré removiéndome despacio, necesitando de una vez que me desnudara. Me levanté y lo senté en mi silla.

—Deja que me destense, amor —expresé con una sonrisa ladina, y él entrecerró los ojos.

Me agaché, poniéndome de rodillas frente a él, y comencé un reguero de besos desde sus rodillas, subiendo por sus muslos, quedándome unos segundos frente a su erección, deseando metérmela en la boca, pero negué divertida y seguí mi camino, besando su ombligo, su estómago, su pecho. Me puse de pie y, quitándome la ropa, despacio, delante de él, lo escuché bufar exasperado. Yo sonreí con malicia. Cuando me quedé desnuda, lo ayudé a quitarse la parte de abajo y volvió a sentarse.

—¿Qué me vas a hacer? —me preguntó con la voz ronca.

Me senté encima de su erección, metiéndomela hasta lo más profundo de mi ser. Ambos soltamos un gemido silencioso, de esos que solo podíamos escuchar nosotros por miedo a despertar a nuestra princesa.

Comencé a moverme a la vez que él cogía mis pechos y se los llevaba a la boca. Los chupó y mordió a su antojo, volviéndome loca; él ya lo estaba. Siempre me decía que estaba loco por mí. Sabía lo que provocaba en él que yo llevara las riendas y sabía que se moría de ganas de cogerme y hacérmelo

en cualquier rincón de aquel despacho, pero aquella noche lo quería así, sumiso, siendo yo la que lo hiciera morir de placer.

Mis movimientos cada vez eran más fuertes, más rápidos, y cada vez que gritábamos, pegaba su boca a la mía, tragándonos ese deseo que nos mataba. Sentía que me caía desde mucha altura cuando Marcos me besaba. Era como flotar en el aire y descender a la velocidad de la luz. Así me sentía.

Estaba llegando al límite, sintiendo cómo iba creciendo en mi interior ese deseo de explotar, de liberar esa tensión, esa pasión contenida durante el día mientras lo miraba desde mi sitio. Poco a poco, ambos llegamos al éxtasis, besándonos, enroscando nuestras lenguas hasta el punto de que ellas se hacían el amor entre sí.

Agotada, escondí la cabeza en el hueco de su cuello, y así, Marcos se levantó. Tras salir de mi interior, me cogió en brazos y me llevó a la cama, donde después de besarme de nuevo en cada rincón de mi piel, nos quedamos dormidos.

Por la mañana, el llanto de mi pequeña nos despertó. Era sábado y Marcos no tenía que trabajar, así que le tocaba a él cogerla y darle el desayuno, aunque realmente nos levantábamos los dos y desayunábamos juntos. Mientras él iba a coger a Gabriela, yo fui a la cocina para prepararlo todo.

—¡Mira quién está levantada! —anunció, entrando a la cocina.

Me di la vuelta y mi hija, al verme, echó los bracitos para que la cogiera y la envolviera entre mis brazos.

—Buenos días, princesa de mami.

—Buenos días, mami —dijo con su media lengua.

Me la comí a besos en ese instante, y en todos los momentos que pasaba a su lado, viéndola crecer, conmigo, con nosotros. Porque yo sabía que, aunque la vida me cambiara de la noche a la mañana, nunca los abandonaría, siempre estaría a su lado... Y siempre velaría por ella.

Terminamos de desayunar y, tras vestirnos, caminamos hasta la casa grande, donde mi tía y Mauricio vivían juntos desde hacía ya un año. Al vivir tan cerca, no teníamos que coger el coche para nada. Llegamos y tocamos el timbre. Escuché la voz de mi tía gritar, y en menos de dos segundos estaba cogiendo a mi hija.

—Mi niña, mi preciosa y hermosa princesa. ¿Cómo has dormido? —le preguntó, babeando.

—Hola, tía Li... Lidia.

A mí pequeña aún le costaba hablar con claridad, pero me encantaba escucharla, pues era ver su niñez y despertar en mí la niña que llevaba dentro.

—¿Te vas a quedar conmigo?

Mi tía seguía besándola y hablándole, teniendo esa conversación de todos los sábados, que era el día que Marcos y yo cogíamos para pasar la mañana y parte de la tarde juntos, haciendo lo que más nos gustaba.

Gabriela negó y se encogió de hombros al mirarme. No le gustaba separarse de nosotros, pero nos constaba que después de que mi tía se ponía a jugar con ella, se olvidaba de sus padres.

—Yo *quiedo idme* con mami y papi —expresó, haciendo pucheros.

—Cariño, ya sabes que volveremos antes de que nos eches de menos —le respondió Marcos besando su mejilla, haciéndole cosquillas con la barba que empezaba a crecerle.

—Vaaaleeee. —Suspiró frustrada.

Nos despedimos de ellas y fuimos hasta el garaje, donde, después de ponernos las chupas de cuero y los cascos, nos subimos a la moto. Marcos arrancó y aceleró bajo la atenta mirada de nuestra hija, que ya jugaba con mi tía al pillapilla. Le dije adiós con la mano y salimos de la parcela.

El camino hasta nuestro lugar favorito fue rápido, como siempre. Llegamos al descampado y nos quitamos los cascos. Entonces, Marcos volvió a arrancar y aceleró. Aceleró tanto que el viento chocaba con nuestros rostros. Me sentía libre cada vez que hacíamos esas escapadas.

Era en esos momentos cuando me decía que había hecho lo correcto, cuando dejaba la mente en blanco y recordaba cada minuto, cada cagada de mi pasado y cada acierto para mi futuro. Y Gabriela y Marcos eran mi acierto y mi futuro. Porque la vida me dio una segunda oportunidad, regalándome esos preciosos momentos con las personas que más amaba en mi vida, porque, aunque un día tiré la toalla y pensé que no volvería a ser la misma, allí estaba yo, siendo totalmente yo: Noelia, la loca y enamorada de ese chico que un día logró que lo odiara, así como logró que lo amara.

FIN

Sobre la autora

Priscila Serrano nació el día 11 de noviembre de 1985 en la ciudad de Málaga, España. Es una mujer de 33 años, casada y con un hijo al que adora.

Toda su vida ha estado dando tumbos sin saber qué hacer, hasta que un día, y sin pensarlo dos veces, decidió adentrarse en el mundo de la literatura, convirtiéndose en autora de romántica y new adult.

Títulos publicados: *Mi oscura identidad*. Y próximamente saldrá a la venta su nuevo proyecto, *Un amor para siempre* con Selección Bdb (Peguin Random House)

